



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

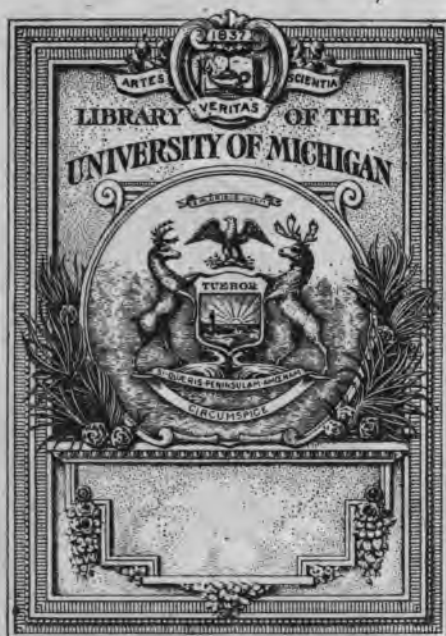
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

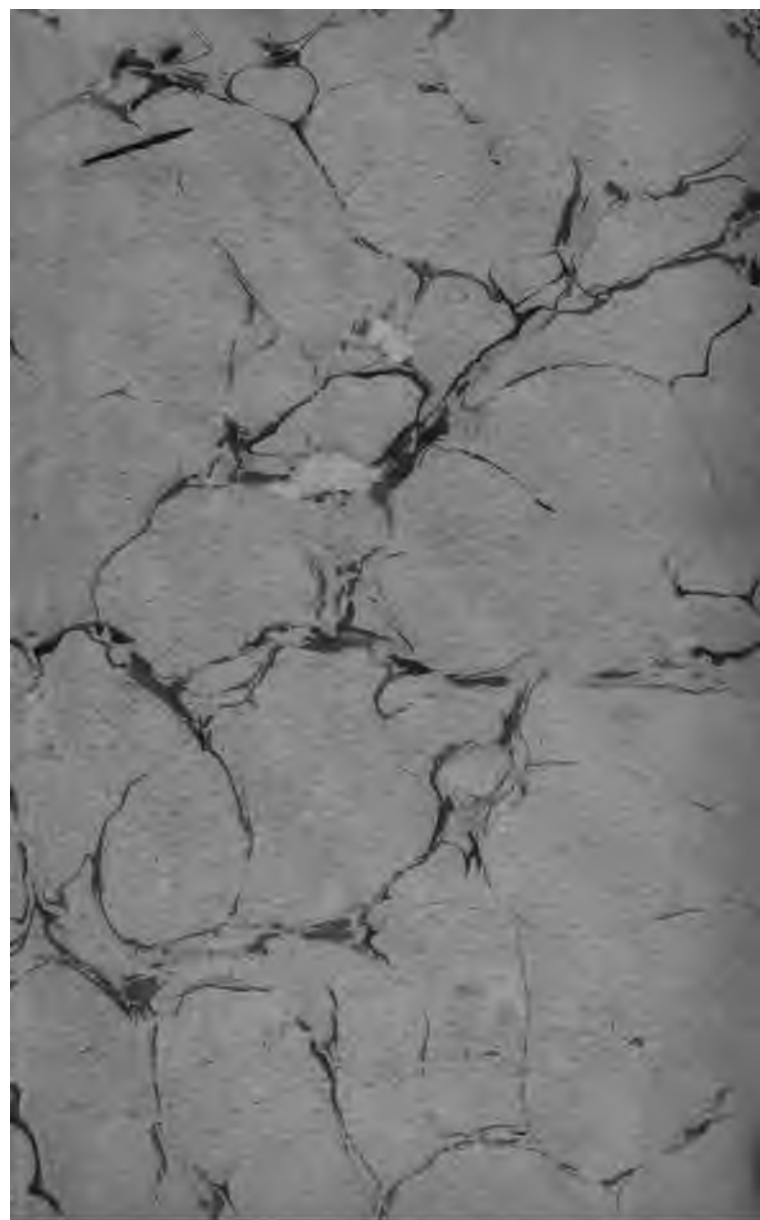
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

A

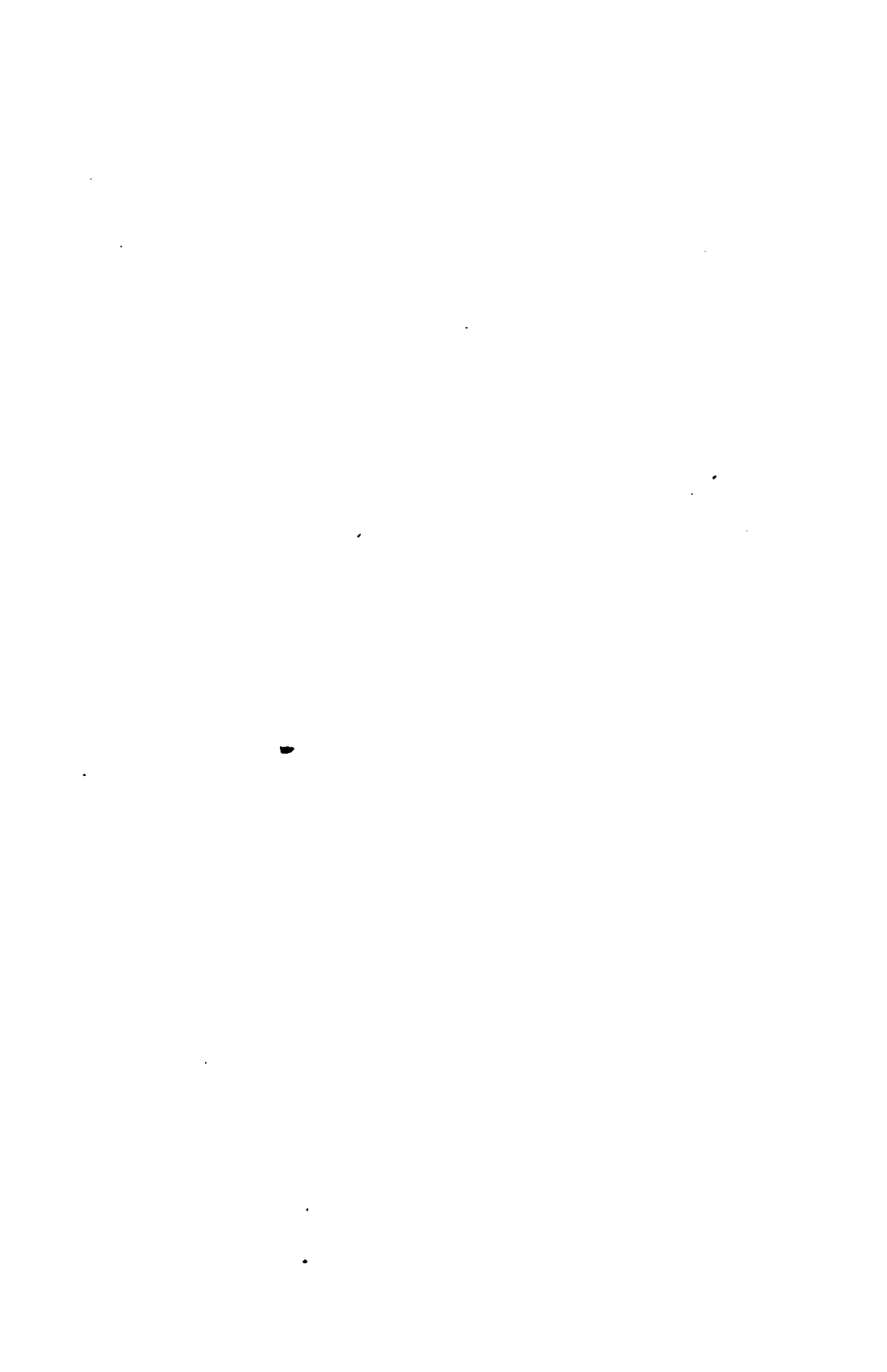
977,891



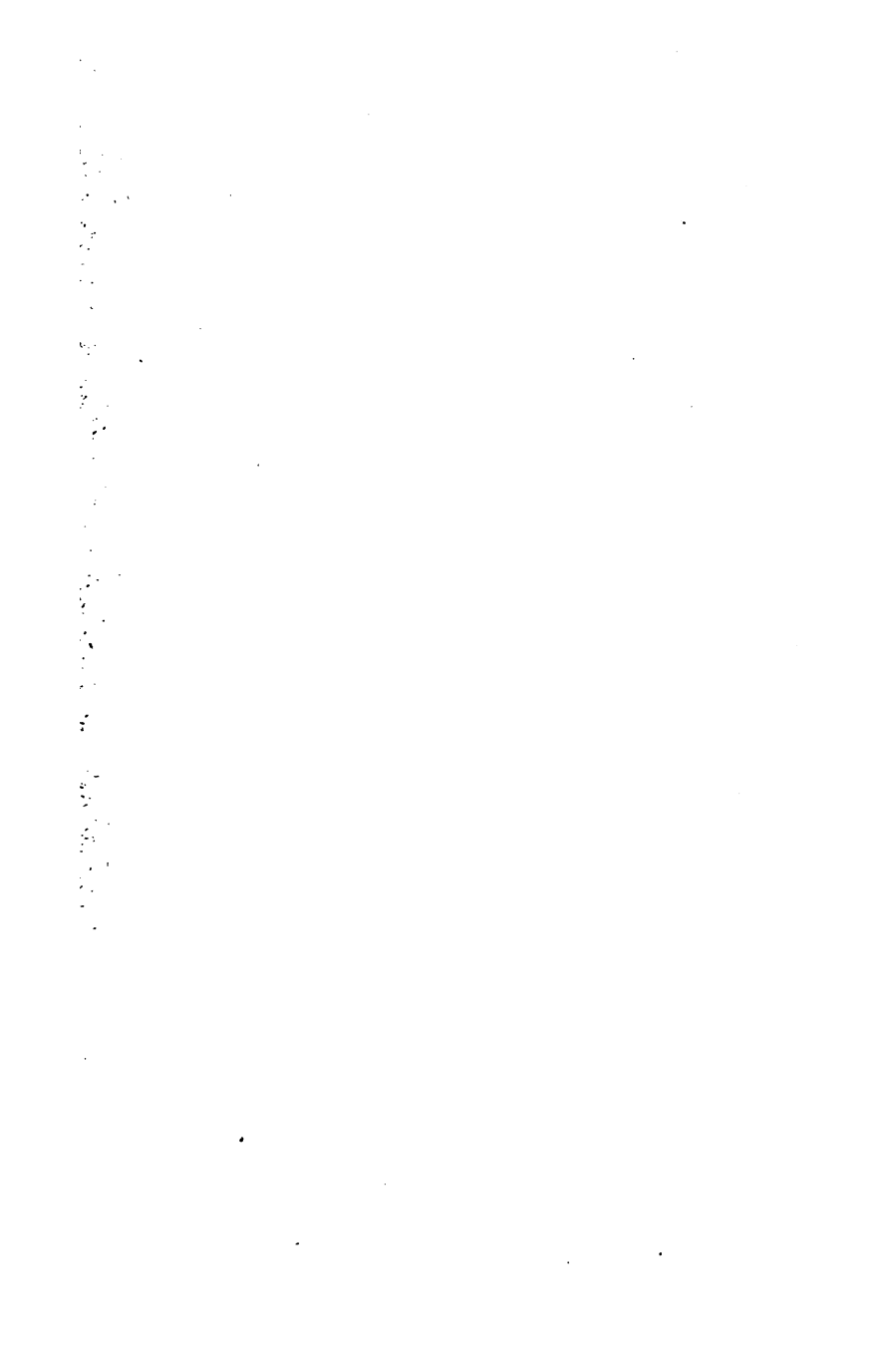




C380



AZOTES Y GALERAS



MARIANO DE CÁVIA

AZOTES Y GALERAS

DIBUJOS DE ÁNGEL PONS

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA



MADRID

Librería de Fernando Fé.

CARRERA DE SAN JERÓNIMO. 2

1891

14

ES PROPIEDAD

Imprenta de Enrique Rubinos, plaza de la Paja, 7 bis.



Azotes y galeras.

447



—Pero, hombre, ¿por qué no colecciona usted sus artículos?

Si todas las personas que desde hace algunos años vienen haciéndome esa pregunta, compran tanto el volumen presente como los ausentes—es decir, los que han de venir en pos del que tienen ustedes á la vista—bien puedo pedir á mi editor albricias extraordinarias y asegurarle que va á hacer un negocio redondo.

Solamente esa pregunta, cuya repetición

ha vencido mi irresoluto espíritu, *non vi sed sæpè cadendo*, y esta otra circunstancia de haber hallado un espíritu valiente que me diga: "¡Vengan artículos!", con la decisión del que decía: "¡Vengan ratas!", han podido moverme á reunir unos cuantos trabajillos, de los cuales diría que andaban por ahí *descarriados, y quizá sin el nombre de su dueño*, si no fuera irreverencia citar palabras de Cervantes á propósito de cosas tan flojas y baladíes como las que se contienen en estas páginas.

Por mi cuenta (y no digo por mi riesgo, porque aquí el que corre el riesgo es el lector) nunca me hubiera arrojado á la audaz empresa de recalentar guisotes, volviendo á poner sobre la mesa *Platos del día* que ya probó el público; pero hay quien los pide y quien los sirve nuevamente, y allá van, no sin que yo, á fuer de cocinero pulcro, me lave antes las manos, convertido en Pilatos de mí mismo.

Un artículo de periódico vive lo que viven las rosas, según Malherbe.

—Pues ¿por qué se recogen—se dirá—cosas que sólo duraron el espacio de una mañana?

Por lo mismo que se recogen y conservan las rosas secas entre los cartones de un aficionado á la botánica. Estas colecciones

vienen á ser colecciones de herborista literario.

Y aun recogidos á título de curiosidad, ¡qué pocos se aprovechan en semejante clase de herborización!—La actualidad, monstruo más insaciable que el Minotauro de los antiguos, anula y esteriliza infinidad de esfuerzos del ingenio y del trabajo. Cosas que en determinados momentos lograron feliz éxito, y hasta hicieron ruido, son inservibles para el libro. Otras, en cambio, que pasaron inadvertidas en la prensa, hacen mejor papel al verse reunidas, y no resultan del todo rancias. Y no hablo de las innumerables que, ni llamaron la atención en el periódico, ni merecen los honores, con ser éstos tan humildes, de coleccionarse en un tomo. De todas suertes, el tanto por ciento que cobra el capital periodístico en el libro, es tan pequeño, que sólo puede apreciarse mediante el cálculo infinitesimal.

Con que ya lo sabe el lector, y no se llame á engaño. A lo que le convido es á *Azotes y galeras*, que, según Pellicer, en una de sus notas al *Quijote*, es frase que equivale á la de “hacer penitencia,”; y según el Diccionario oficial, se aplica comúnmente (este *comúnmente* es muy académico) á la comida ordinaria que nunca se varía.

Atengámonos á la definición del comentarista cervantino; porque si mi comida es pobre, procuro, en cambio, que sea un tanto variada. No soy un Lúculo ni un Trimalción. Gracias si llego á ser un mediano cultivador del *Arte de aprovechar las sobras*.

Agosto de 1890.



UN BRILLANTE

I

DETÉN el paso, devoto, curioso ó escéptico, que has venido á este palacio episcopal á edificarte, entretenerte ó divertirti con la exposición de ofrendas al papa León XIII, y escucha una historia breve, pero curiosa.

Como mía, se distingue por la múltiple variedad de facetas y cambiantes.

II

Nací, es decir, cristalicé en tierra brasileña.

Fuí llevado en bruto á París, y allí entré en quintas; esto es, me tallaron.

Perfectamente educado, léase pulido, trajéronme á la capital de las Españas, y me montaron—¡ay!—en casa de Ansorena.

Lamartine ha dicho que todos los corazones de veinte años son republicanos, y yo empecé mi vida pública siendo liberal, muy liberal...

¡Con qué orgullo brillaba yo, entre otras piedras preciosas, en el riquísimo puño del bastón de mando ofrecido por los demócratas de Barcelona á uno de los ilustres caudillos de la Revolución de Septiembre!

Cuando llegamos á manos del bizarro General, yo irradiaba luces vivísimas y lanzaba fulgurantes destellos.

—¡Vanidoso!—decía á mi lado una amantista, amoratada por la cólera.

—¡Beata, hipócrita, *neal*!—le respondía yo, sabiendo que procedía de un anillo episcopal.

En cambio, nos alegraba con su rojizos reflejos y ocurrentes observaciones, un

rubí de ideas muy radicales, que había figurado en una botonadura de Curro Cúchares.

¡Felices días aquellos de mi juventud, y trágico momento aquel en que supe que mi dueño, el intrépido adalid de las libertades públicas, acababa de perder la vida á manos, no sé si de fanáticos reaccionarios ó de ciegos demagogos!

III

Muerto el General, pasó el bastón, como recuerdo de familia, al poder de una hermana suya, de opiniones hartó opuestas á las del gran combatiente.

La buena señora no veía más que por los ojos de sendas turbas de clérigos y monjas, con quien se acompañaba de continuo, y el famoso bastón no era para ella sino un odioso testimonio de la guerra declarada á las venerandas tradiciones de sus mayores.

Un día nos sacó de la caja en que yacíamos; hízonos brillar á la luz de unos cirios encen-



didos ante no sé qué imagen, y la oímos decir:

—Nada, nada, padre Servando, estoy resuelta. El alma de mi pobre hermano está muy necesitada de la intercesión de Nuestra Señora... Diga usted á sor Desposorios que todas estas piedras las destino al manto que ahora están bordando en aquella santa casa para la Virgen de las Congojas.

Yo palidecí de rabia; la amatista tarareó un *Tedéum* con acompañamiento de *jay, ay, ay, mutillac!*, y el rubí dijo:

—Voy á estar muy á gusto en ese manto... Las noches las pasaré cantando el himno de Garibaldi, y los días echando requiebros á las devotas guapas que vengan á rezar á nuestros pies.

IV

Íbame acostumbrando ya, aunque en un principio me dió fuertes jaquecas el olor de la cera y el incienso, á lucir mis irisados cambiantes en el manto de la Virgen de las Congojas, cuando de pronto, por los sermones que predicaban algunos curas belicosos y por las conversaciones que oíamos en la sacristía, donde se nos guardaba, nos

enteramos de que había estallado la guerra civil en el Norte y Cataluña.

Y estalló también en nuestro manto.

Estaba yo tan quemado con las bravatas de la amatista y con las pláticas de sacerdotes y sacristanes, que varias veces anduve á punto de perder mi naturaleza de brillante, convirtiéndome en humilde carbón.

Por fortuna, salí de aquel nido de odios y rencillas, aunque pasando, antes de abandonarlo, por trámites bien vergonzosos...

Todas las joyas que enriquecíamos el manto de la Virgen, fuímos arrancadas subrepticamente y sustituidas por un puñado de piedras falsas que habían figurado en las preseas de una tiple del teatro Real.

Desde las manos del capellán encargado de realizar la operación, pasamos á las de un banquero judío.

¡Nos habían vendido para allegar recursos con destino al ejército carlista!

V

Cada cual tiró por su lado.

Mi nuevo dueño, el barón Weinrebber, me destinó á formar parte de una espléndida *rivière* con que obsequió á su esposa; y he aquí—¡oh peregrinas mudanzas de la

suerte!—cómo, después de haber sido objeto del culto católico en las sagradas galas de la Madre de Jesús, me encontré brillan-



do á la profana luz de los saraos y los festines, sobre el desnudo seno de una alta dama israelita.

A despecho de mis ideas avanzadas y de mis aficiones radicales, puedes creer, amigo oyente, que me sentí humillado y envilecido por semejante cambio. Los destellos

de mis facetas eran casi todos rojos...—Es la manera que tenemos los brillantes de ruborizarnos.

Hermosa es la baronesa de Weinrebber, y con sobrada justicia figura como estrella de primera magnitud en el firmamento de las bellezas madrileñas. La airosa corrección de su busto es célebre y el modelado de su garganta es clásico... No obstante, ¡cuántas veces, al brillar en las fiestas del gran mundo sobre aquellos nácares vivientes, vi fijarse muchas miradas en mí y en mis compañeros de *rivière* con más codicia que en los encantos de la Baronesa!

Pasé algunos años en su poder, y fui dueño de todos sus secretos. Con los más interesantes podría componerse un volumen que de fijo eclipsaría ese de *La France Juive*, que tanta impresión ha causado entre cristianos y judíos.

No sé si inquieto y azorado por las cosas de que era testigo, llegué á encontrarme inseguro en mi engarce y á punto de desprenderme el día menos pensado... — Lo cierto es que, efectivamente, me caí.

Me caí de la *rivière*, estando una noche la Baronesa para salir de su *boudoir* y marcharse al baile de la Embajada alemana, en compañía de Diego Díaz de Vivar, marqués de Cardeña, descendiente del mis-

mísimo Cid Campeador, y *cavaliere servente* de la opulenta israelita.

Vióme caer el magnate castellano, me recogió, y con galante frase, exclamó:



—*Isménie, il s'enfuit jaloux de ta beauté.*

—*Oh, cher Dieguito! Je t'en fais cadeau... Tu le mettras dans une bague...*

Claro es ¡oh clarísimo oyente! que dejo el diálogo en francés para mayor claridad.

VI

Todo esto aconteció á principio del invierno pasado.

Mi señor el Marqués, á pesar de su alta posición y de su desenfado en punto á aceptar dádivas judías, debía de andar bastante tronado; porque sin aguardar á ponerme en sortija alguna ni curarse más del deseo manifestado por la de Weinrebber, me llevó al día siguiente al Monte de Piedad.

Y allí, sufriendo duro cautiverio y meditando sobre los caprichos de la fortuna, he pasado nueve meses de mi vida.

Diego Díaz de Vivar es diputado de la minoría conservadora, y del grupo Pidal, por añadidura.

Fervoroso creyente, á despecho de sus contubernios semíticos, desempeña la presidencia honoraria de la Juventud Católica de Orbajosa, cuyo distrito representa en el Congreso.

—Hay que hacer un regalo al Papa—dijeron aquellos estimables mestizos—con ocasión de su jubileo sacerdotal.

Y acordaron enviarle un par de zapatillas.

Cada una de ellas debía llevar un rico brillante.

—¿Quién los costeará?— se preguntaron los fieles de Orbajosa.

—¡Nuestro diputado!—se contestaron á sí mismos.

Pero el de Cardeña, poco dispuesto á arruinarse en beneficio del supremo Jerarca de la Iglesia, no les envió más que un brillante.

Ese he sido yo, y aquí, oyente pacientísimo, me tienes en esta quinta fase de mi existencia, formando el adorno más preciado de la zapatilla izquierda del Pontífice.

VII

Y puedes creer, devoto, curioso ó escéptico que has venido á este palacio episcopal á edificarte, entretenerte ó divertirte con la exposición de ofrendas al Papa León XIII, que al recordar los salones, los teatros, los altares, las revistas guerrerás, el bastón del caudillo revolucionario, el manto de la Virgen, la escultural garganta de la mujer de mundo y los oscuros armarios del Monte de Piedad, no me despido con un adiós eterno, sino con esta frase:

—¡Hasta la vista!



Madrid 13 de Noviembre de 1887.



CHUECA

SR. D. J. YXART.

en Barcelona.

No; no tema usted que vaya á hablarle de la crisis agraria, ni de la decadencia del Carnaval, ni de la hecatombe de Río Tinto, ni de la Patti y sus pasos de agilidad, ni de las demás cosas que llenan la prensa en estos días.

Nada de eso; si algún lema pudiera yo

gastar. sería este lema periodístico-tipo-gráfico:

—¡Guerra al *cliché*!

Trátase, pues, de cosa de *más substancia*, como nos manda escribir la Academia; y ahora que Federico Chueca está en ese archivo de la cortesía....

(Y permítame usted que, á propósito de eso del archivo, encuentre más pintoresca que justa y exacta la famosa frase de Cervantes, convertida ya en *cliché*; pues si lo archivado es lo que se guarda y conserva lejos del continuo y libre alcance de las gentes, no resulta el concepto del inmortal humorista muy halagüeño que digamos para la ciudad de los Condes y los Concelleres, donde, bien al contrario, en vez de estar archivada la cortesía, se puede decir de ella lo que dicen los franceses de su *esprit*, cuando afirman *qu'il court les rues*.)

Satisfecho este escrúpulo, vuelvo al tema; y ahora que Federico Chueca está en Barcelona, pienso y digo:

¡Hermosa página la que podrá usted dedicarle, cuando en Enero de 1889 recoja usted en su libro *El año pasado* las impresiones y recuerdos del que ahora corre!

¡Hermosa página! Desde aquí me la imagino, tan viva y gráfica como saldrá de manos de usted, porque conozco ambos á

dos el sujeto y el objeto—como diría un “opositor á cátedras,”—esto es, la curiosa personalidad artística del actual huésped de Barcelona y el luminoso espíritu crítico con que usted estudia y trata todo lo que al cabo del año desfila por ese magnífico pedazo de tierra española que se extiende desde el Besós al Llobregat y desde Monjuich al Tibidabo. Del cual pedazo están á la sazón presente muy envidiosos casi todos los madrileños, no ya por lo grato del clima, lo ameno del campo, lo sano de la montaña y lo espléndido del puerto, pero únicamente por ser Barcelona, y no Madrid, quien disfruta las primicias de una obra de Chueca.

¡Qué digo los madrileños! No há muchos días que un simpático eúskaro, venido de las orillas del Nervión á pasar aquí breve temporada, me decía:

—Encuentro á Madrid como triste y silencioso... Y es que no se hace ahora cosa



alguna de Chueca en los teatros. Madrid; sin Chueca, *no me suena*.

Observación análoga á la que habría hecho un extranjero si al visitar París en la última década del Imperio, no hubiera oído en teatro alguno música nueva, vivita y co-leando, de Offenbach.

París sin Offenbach, ¿á qué habría sonado en aquellos años que transcurrieron desde los triunfos de Magenta y Solferino á los desastres de Metz y Sedán?

El Mozart de la mueca y Beethoven del desplante acertó á caracterizar en sus melodías cosquilleantes y ultrarregocijadas la sociedad parisiense de entonces; así como nuestro Offenbach de Lavapiés y Maravillas viene dando, desde la Restauración acá, la nota exacta, chispeante, nueva y típica de la vida madrileña, desde lo señorial á lo soez, desde los colorines charros y chillones de la plebe á las desmayadas tintas de la burguesía cursi, satirizando de pasada las audacias todas del vicio y la picardía, á par de todos los culpables descuidos de los malos gobernantes.

De donde se podría deducir lo siguiente, en forma de proporción matemática:

Madrid : París : : Chueca : Offenbach.

Chueca : Restauración : : Offenbach : Imperio.

Imperio + Offenbach : París : : Restauración + Chueca : Madrid.

Y ni el uno ni el otro, ni el que pudiéramos llamar Wagner de la carcajada infinita, ni el que puede gallardearse como Meyerbeer de la chulapería, vinieron de Conservatorios ni aulas en donde se midan aptitudes con compás y se garanticen con etiquetas.

Ambos pueden decir, cada cual en su esfera y en su época, lo que decía una noche en el Ateneo viejo un fogoso orador de la extrema izquierda:

—¿De dónde venís vosotros? De las escuelas, de las universidades, de las academias, de los seminarios, de las logias, de los alcázares, de los cuarteles... ¿De dónde venimos nosotros? ¡De la calle!

Con la diferencia entre ambos de que el primero, como simio burlón, saltó desde el arroyo hasta las regiones de los dioses, los héroes, las princesas y los caballeros legendarios, en tanto que el segundo—falto quizá de un Meilhac y un Halevy que le guien—de la calle viene, y en la calle se queda, á vueltas con sus *ratas*, sus chulas, sus toreros, sus cesantes, sus cocheros de punto, sus serenos, sus fregonas y sus mendigos.

Explane y extienda usted, señor Yxart, para aceptarlas ó combatirlas, las indica-

ciones que me permito ofrecer á usted, y cate usted trazadas las líneas principales de esa hermosa página, á propósito de la estancia de Chueca en Barcelona, que vislumbro ya en el libro que á principios de 1889 publicará usted, recogiendo impresiones y recuerdos del año que ahora corre (*).

¿No le parece á usted?

Muchas y anuales ediciones de *El año pasado* desea á usted, en bien de los coleccionistas y de las letras patrias, su antiguo compañero en periodismo catalán,

M. DE C.

18 de Febrero de 1888.



(*) Chueca se ha quedado sin esa página en el libro de Yxart, porque éste prefirió contestarme hablando de Eche-
garay y del estreno de su drama *Lo sublime en lo vulgar*.

ARMONÍAS

(SIN H)

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

AYER sábado recibí la siguiente carta:

“Muy señor mío: La Cuaresma está ya en sus postrimerías, y aún no ha sido usted para servir á sus lectores un *Plato* piadoso. Si mañana, que es Domingo de Pasión, quiere usted hacernos ese religioso obsequio, ahí va la primera materia. *¿Podemos los fieles confesarnos por teléfono?* Agradeceré á usted que saque de dudas á su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M. — *Serafin García Bemol.*”

Acepto reconocido este piadoso tema, pero

el primer violín
del Circo de Pol

— porque supongo yo que



será el de *La gallina ciega* — toca más bien el violón en el presente caso, pues ignora que en materias litúrgicas soy *el primer oficial lego del mundo*, y no ciertamente en el sentido en que daba este dictado D. Pedro de Luna al Justicia de Aragón.

¿Por qué no se ha dirigido mi buen comunicante á *Un clérigo de esta corte*, á Juan Vallejo, á Pepe Nakens, ó á cualquier otra autoridad en la materia?

Sin embargo, los periodistas, lo mismo que los poetas, estamos obligados á saberlo todo, y cuando no, á presentirlo, como decía el inolvidable D. Manuel Fernández y González.

Presintiendo, pues, la consulta del señor García Bemol—que es una consulta de tres bemoles—habíame armado de toda clase de armas, aparejándome con sendas noticias que había hallado en periódicos de Roma y de París, acerca de un folleto publicado en la primera de ambas capitales por un señor Eichbach, padre él, en la acepción sacerdotal de la palabra.

El padre Eichbach, á pesar de su apellid tudesco, es francés. Dirige el seminario que tienen los franceses en Roma; y, por lo visto, es persona práctica, porque se le ha ocurrido la misma, exactamente la misma pregunta del Sr. García Bemol:

—*¿Pueden los fieles confesarse por teléfono?*

No puede darse en estos tiempos una cuestión más seria, más ardua ni más trascendental...—Ante ella, pierden toda su importancia la crisis agraria, la crisis económica, la crisis política, la crisis social, y demás pequeñeces de la vida moderna.

Una idea práctica de los ingleses parece ser la que ha dado origen al tema tratado por el padre Eichbach.

Se les ha ocurrido á aquéllos, al ver la tristeza y aislamiento en que están en los hospitales los enfermos de males contagiosos, colocar un teléfono á la cabecera de cada cama. De esta suerte, siéntense aquellos infelices menos abandonados, y los consuelos de la conversación con sus amigos y parientes hácenles más llevadera su desdicha.

De ahí la pregunta:

—En un caso de apuro, ¿no se podría usar del teléfono para dar y recibir el sacramento de la Penitencia?

Las ventajas de esta nueva "harmonía," entre la religión y la ciencia serían muy grandes, no sólo en casos de urgencia física, pero también en los de grave aprieto espiritual.

Figurémonos un usurero—naturalmente

devoto—que acabara de realizar una de sus “operaciones,” y quisiera ponerse inmediatamente en paz con Dios.

—¿Central?

—¡Central!

—Comunicación con la parroquia de San Ginés.

—En seguida.



Y pocos minutos después, absuelto el pecador sin moverse de su despacho, procedería á guardar, sin la menor turbación en la conciencia, el documento usurario que hubiera arrancado á su víctima.

Lo propio digo, si en vez de pecador fuese pecadora la que apelase al santo tribunal del

teléfono...—Pasado “el cuarto de hora de Rabelais,” y arrepentida en el acto de su momentánea debilidad, se dirigiría al teléfono sin salir del teatro del crimen, y quedaría pura y sin mácula, limpio el espíritu de polvo y paja, antes de haber cambiado el traje de brega por el de paseo, como diría un aficionado á toros.

Eso sí. La medalla cuyo ventajoso anver-

so acabo de diseñar, tiene un reverso peligroso.

Figurémonos la confesión de una dama sinceramente piadosa.

—Hay que conservar, hija mía, ese sincero espíritu de contrición, y fortalecerlo por los medios que he señalado á usted.

—Así lo haré, padre.

—¿Quedamos en eso?

—Sí, remonono.

Mañana en Fornos la Nieves y yo.

—¡¡Señora!!

—Adiós, monín.

Y se volverían locos el clérigo y la penitente antes de que se pusiera en claro lo del cruce... ¡Un cruce con el teléfono del Veloz-Club y el de Paquita la Chanchullera!

¿Y cuando el indiscreto, el impertinente, el importuno cruce descubriera á un marido secretos espantables, que estuviera



descubriendo su esposa á un sacerdote?

Estos inconvenientes no deben significar gran cosa para el padre Eichbach; porque tras prolijas razones—que apenas pueden interesar al mismo Carulla—viene á parar en que los fieles pueden confesarse por teléfono, pero no recibir la absolución.



Para este viaje no se necesitan alforjas místicas ni telefónicas.

¡Se ha lucido el padre Eichbach!

Pero como hay presbíteros eminentemente reformistas — y no aludo á los que dicen misa por cuenta del general López Domínguez—es de esperar que alguno proclame y sostenga doctrinas opuestas á las del padre Eichbach; y ¿quién sabe si esta cuestión de la confesión telefónica será origen de algún cisma como el del *omousios* y el *omoiusios*, que ensangrentó antaño el Oriente y el Occidente?

¡Hay tanta filoxera en la viña del Señor!

Marzo de 1888.



MODAS



Lector, ¿no ha recibido usted ninguna cajita misteriosa, con encargo de que usted, y sólo usted, ha de abrirla y examinarla?

Pues si todavía no le han hecho ese agasajo, dispóngase usted á recibirlo de un momento á otro, porque así lo dispone la moda.

¡La moda de las cajitas!

En el extranjero la han extendido y divulgado los fenianos, nihilistas, anarquistas y

otros *gentlemen* más ó menos *fashionables*; pero aquí, donde este nuevo género de *chic* está á la orden del día, no hemos tenido para qué seguir el estilo de París y Londres.

Archidona se ha hecho célebre con esta nueva clase de *pschutt*, y Peris Mercier ha eclipsado con su invento á los mismísimos Brummel, Orsay, Grammont y Morny, reyes de la elegancia europea.

Vivir en la *high-life*—ó en sus inmediaciones—y no haber recibido á estas fechas una cajita misteriosa,

siniestra y seductora juntamente,

es una de las mayores amarguras que puede experimentar una persona verdadera-

mente distinguida... — Sé de alguien, que no pudiendo sobreponerse á semejante derrota en su amor propio, se ha enviado una cajita á sí mismo por el correo interior, y está aguardándola con mucha ansiedad,



para remitirla inmediatamente al Laboratorio Municipal, como las que estos días han dado tanto que decir á los desocupados, y tanto que hacer al Sr. Garagarza.

¿Obedece el envío de las cajas misteriosas al humor bromista y chancero que domina en tal ó cual Casino y en tal ó cual tertulia, donde el espíritu maleante de los madrileños busca víctimas á quien sacrificar en los altares del Ocio y de la Risa?

Si es broma, puede pasar, como dijo el poeta; pero es el caso que luego viene Garagarza y dice al embromado:

—¡De buena se ha librado usted!... La cajita contenía tantos gramos de pólvora, y tantos otros de esta y aquella sustancia fulminante, y tantos balines de este ó aquel calibre.

El embromado se estremece, y si es algo leído y escrito, piensa que la civilización moderna va adelantando por el camino que señalaba el tétrico y ceñudo Hartmann, cuando decía:

—La vida es una broma pesada que nos da la Naturaleza, y de la cual debe librarse la humanidad de una vez, volando el globo terrestre.

No se trata, pues, de una moda insulsa, como la de los caramelos de pega y otras que tanto entretenían á nuestros candorosi-

simos abuelos, sino de un nuevo *sport* que está á la altura de nuestra refinada época.

Es cruel y peligroso; pero ¿qué *sport* deja de serlo?—De los perros, caballos, toros, venados, palomas, y otros animales sacrificados despiadadamente en los otros deportes á que se entregan las razas más cultas, hemos pasado á nuestros semejantes, y ya nos da lo mismo ir al *tir aux pigeons* y á la Plaza de Toros, que enviar una caja explosiva al vecino de enfrente.

La cuestión consiste en estimular nuestras amortiguadas sensaciones, y en no dejarse vencer por el bostezo, mueca impropia de la digna y bien compuesta fisonomía del hombre moderno.

Desde este punto de vista, la moda de las cajitas misteriosas es de un perfecto y exquisito buen gusto.

Claro es que esto, como todo lo que ahora se inventa, sufre indecorosas falsificaciones... —¿Recuerdan ustedes la *contresafon* de que fué víctima Camacho?

El terror que produjo la caja enviada al famoso hacendista, tan popular á ratos como impopular á veces, tuvo harto parecido con el de Sancho en la aventura de los batanes. El desenlace fué igual... Los elementos puestos en juego nada tenían que ver con las rosas y el ámbar.

Pero estas falsificaciones de la moda de las cajitas son propias no más de gentecilla baja y soez, como el Jesucristo que saca Zola en *La Terre*; y lo que se estila en la sociedad *very selected* es el bromazo auténtico, legítimo, y que esté sangrando.

O que deje sangrando, para mayor elegancia.

Si la moda sigue y crece, llegaremos á los más horribles extremos.

Desde los balines y sustancias fulminantes, pasarán las gentes á enviarse tomos de versos de D. Antonio Cánovas, y entonces sí que se nos hará del todo imposible la existencia.

Abril de 1888.



1. The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for arbitrary values of the parameters α and β . It is shown that the system of equations (1) has a solution for arbitrary values of the parameters α and β if and only if the condition

$$\alpha + \beta \geq 0 \quad (2)$$

is satisfied. If the condition (2) is not satisfied, then the system of equations (1) has no solution for arbitrary values of the parameters α and β .

2. In the second part of the paper the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for arbitrary values of the parameters α and β is solved. It is shown that the system of equations (1) has a solution for arbitrary values of the parameters α and β if and only if the condition

$$\alpha + \beta \geq 0 \quad (3)$$

is satisfied. If the condition (3) is not satisfied, then the system of equations (1) has no solution for arbitrary values of the parameters α and β .

3. In the third part of the paper the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for arbitrary values of the parameters α and β is solved. It is shown that the system of equations (1) has a solution for arbitrary values of the parameters α and β if and only if the condition

$$\alpha + \beta \geq 0 \quad (4)$$

is satisfied. If the condition (4) is not satisfied, then the system of equations (1) has no solution for arbitrary values of the parameters α and β .

4. In the fourth part of the paper the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for arbitrary values of the parameters α and β is solved. It is shown that the system of equations (1) has a solution for arbitrary values of the parameters α and β if and only if the condition

$$\alpha + \beta \geq 0 \quad (5)$$

is satisfied. If the condition (5) is not satisfied, then the system of equations (1) has no solution for arbitrary values of the parameters α and β .

5. In the fifth part of the paper the problem of the existence of a solution of the system of equations (1) for arbitrary values of the parameters α and β is solved. It is shown that the system of equations (1) has a solution for arbitrary values of the parameters α and β if and only if the condition



LENGUA SILBADA

¿Ustedes no saben que el lenguaje silbado, el que hablaron quizá nuestros *primates*, como lo hablan aún los monos más distinguidos y principales, subsiste todavía en territorio español?

Los habitantes de la isla de Gomera, en el archipiélago canario, se entienden y comunican á grandes distancias por medio de silbidos estridentes, cuyas inflexiones forman la base de un verdadero lenguaje, abundante y variado.

Así lo ha contado en la Academia de Cien-

cias de París—¡que siempre han de venir de fuera estas noticias!—el sabio viajero francés M. Verneau, cuya estancia en las islas Canarias ha durado cinco años, y le ha permitido recoger muchos y muy curiosos datos.

El almirante Jurien de la Gravière le preguntó durante la sesión si se había fijado en el famoso lenguaje silbado, y M. Verneau respondió:

—Existe efectivamente esa manera de hablar, y no se limita á la expresión de comunicaciones convencionales, sino que puede expresar todas las ideas. Es un lenguaje entero y verdadero, con el cual se comunican y entienden aquellos naturales á cuatro kilómetros de distancia.

De lo que no se habló en la Academia parisiense es de lo que ya conocíamos muchos españoles por noticias de Cuba. También en la gran Antilla se emplea el lenguaje silbado; pero con otro carácter. Lo usan los *Adñigos* como medio secreto y misterioso de entenderse entre sí, sin que se enteren los profanos.

El lenguaje silbado de los canarios tiene un carácter especial, que le designa, como un resto curiosísimo de tiempos primitivos, á la atención y estudio de los sabios; y como cosa usada y conservada en territorio espa-

ñol, al estudio y atención de los patriotas.

¡De los patriotas, sí!

¿No es verdaderamente providencial la subsistencia de ese lenguaje en tierras de España?

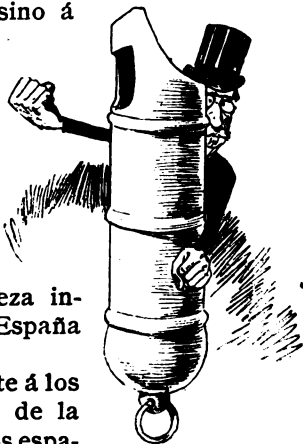
¡Son tantas las cosas y personas de que no deberíamos tratar en nuestras conversaciones sino á silbido limpio!

El silbido simple, rudimentario, tal como por acá se emplea, sin variedad, ni expresión, ni significación sistematizada—buena frasecita ¿eh?—no puede bastarnos, dada la riqueza inmensa que disfruta España en materia silbable.

Envidio sinceramente á los habitantes de la isla de la Gomera. Son los únicos españoles que están en disposición de hablar del Gobierno como se merece.

¡Felices ellos!

Tan felices, que su lenguaje no debe continuar siendo de su exclusivo y limitado dominio. Es preciso que nos den traslado de tales tesoros... Es menester que nos envíen



quien nos explique y enseñe ese lenguaje, fundando, para su mayor limpieza, fijeza y esplendor, una *Academia de la lengua silbada*, ó, ateniéndose al molde de la calle de Valverde, una *Academia silbada de la lengua*.

¿Quién sabe si la misma Academia Española encontraría en alguna obra representada por los indígenas de la Gomera, con arreglo á su lenguaje peculiar, elementos bastantes de belleza para otorgar un nuevo premio de cinco mil pesetas á aquel idioma, tan español, puesto que lo hablan españoles, como el castellano, el catalán, el gallego, el vascuence, el bable y el tagalo?

Desde luego puede afirmarse que hay académicos muy inteligentes en silbidos; y ahí está Catalina (D. Mariano), que no me dejará mentir.

Divúlguese el conocimiento del lenguaje silbado, y el nombre de *silbante* perderá la vana y enojosa significación que ahora tiene, adquiriendo, en cambio, un valor científico que vendrá muy bien á muchos individuos de la mayoría fusionista.

Por último, hay para la enseñanza y difusión de ese lenguaje razones de tal cuantía, que bien pueden pasar por razones de Estado.

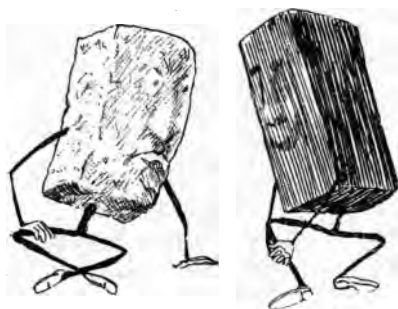
La protección que ahora se dispensa á to-

das las lenguas y dialectos españoles, merced á los pujos de federalismo *ad usum delphini* que prevalecen en ciertas regiones, debe alcanzar en igual grado y medida al lenguaje silbado.

Bueno será entenderlo, por si llega la ocasión de oirlo.

Mayo de 1888.





ADOQUINES Y TARUGOS

EL ADOQUÍN.—¿Conque es verdad? ¿Conque se le acabó la cuerda á la regia prerrogativa?

EL TARUGO.—Sí, amigo mío. El turno pacífico de los pavimentos exige que el adoquín ceda su puesto al tarugo.

EL ADOQUÍN.—¡Imposible! El país no nos ha retirado su confianza.

EL TARUGO.—Se la retiran á ustedes otros poderes que para los tarugos de orden tienen más importancia que el país... ¿Cuál no será el descrédito de ustedes cuando hasta Abascal les retira su protección?

EL TARUGO.—No asome usted la punta de su oreja demagógica. Ya se conoce que han servido ustedes muchas veces para hacer barricadas.

EL ADOQUÍN.—Por eso quizá se nos despiden; se nos expulsa; se nos elimina... ¿Eh?

EL TARUGO.—No diré que no. Los altos poderes necesitan tomar precauciones. Madrid está sobre un volcán.

EL ADOQUÍN.—¿Y encima de ese volcán ponen madera las autoridades? ¡Eso es añadir leña al fuego! Los tarugos son eminentemente combustibles, y si al apoderarse de ustedes las turbas, dan en rociarlos con petróleo...

EL TARUGO.—¡Calle usted, adoquín! ¡Me horrorizan sus palabras!

EL ADOQUÍN.—Más le horrorizará á usted ver á la plebe, transida de frío, levantarlos á ustedes y prenderles fuego en medio de la vía pública, para calentarse á costa del Municipio.

EL TARUGO.—¡Calle usted por Dios! ¡No tiene usted entrañas!

EL ADOQUÍN.—Las tengo de peña, y por eso no me conmueve nada, sino, á lo sumo, la ingratitud del Ayuntamiento de Madrid. Ya se acordará de nosotros, los impasibles, los imperturbables, rígidos y consecuentes adoquines, cuando ustedes los inflamables y

adoquín. Puede ser que les concedan á ustedes una jubilación decorosa, un retiro honroso... Quizá vayan ustedes á parar al Consejo de Estado; acaso al Consejo de Instrucción pública; probablemente á la Academia...

EL ADOQUÍN.—No lo diga usted en broma, que de menos hizo Dios á muchos consejeros y académicos.

EL TARUGO.—Lo digo en serio, señor adoquín; tan en serio, que ya me contentaría yo, cuando caduquen mis servicios en el pavimento de Madrid, con ir á hacer compañía á ustedes los adoquines en alguna de aquellas ilustres corporaciones.

EL ADOQUÍN.—Gracias; pero creo que serían ustedes más útiles yendo á formar parte de alguna mayoría parlamentaria.

EL TARUGO.—¡Imposible! Nos está prohibido volver al sitio de nuestra procedencia.

EL ADOQUÍN.—Y diga usted, puesto que parece verdadera la noticia: ¿por dónde empieza nuestra expulsión?

EL TARUGO.—Por la calle del Arenal.

EL ADOQUÍN.—Yo creí que sería por la calle de la Madera...

EL TARUGO.—Esa es una calle de poco más ó menos. Por la del Arenal, en cambio, se va á casa de Sagasta, y al Palacio Real, y...

EL ADOQUÍN.—Y á la estación del Norte.

EL TARUGO.—No asome usted la punta de su oreja demagógica. Ya se conoce que han servido ustedes muchas veces para hacer barricadas.

EL ADOQUÍN.—Por eso quizá se nos despide; se nos expulsa; se nos elimina... ¿Eh?

EL TARUGO.—No diré que no. Los altos poderes necesitan tomar precauciones. Madrid está sobre un volcán.

EL ADOQUÍN.—¿Y encima de ese volcán ponen madera las autoridades? ¡Eso es añadir leña al fuego! Los tarugos son eminentemente combustibles, y si al apoderarse de ustedes las turbas, dan en rociarlos con petróleo...

EL TARUGO.—¡Calle usted, adoquín! ¡Me horrorizan sus palabras!

EL ADOQUÍN.—Más le horrorizará á usted ver á la plebe, transida de frío, levantarlos á ustedes y prenderles fuego en medio de la vía pública, para calentarse á costa del Municipio.

EL TARUGO.—¡Calle usted por Dios! ¡No tiene usted entrañas!

EL ADOQUÍN.—Las tengo de peña, y por eso no me conmueve nada, sino, á lo sumo, la ingratitud del Ayuntamiento de Madrid. Ya se acordará de nosotros, los imposibles, los imperturbables, rígidos y consecuentes adoquines, cuando ustedes los inflamables y

elásticos tarugos se estiren, se encojan, se humedezcan, se sequen, crujan ó ardan...

EL TARUGO. — Cumpliremos como tarugos de honor.

EL ADOQUÍN. — ¿A que no? En cuanto empiecen á pasar por encima de ustedes buenas mozas, y ustedes se hagan cargo de la situación, ¡no hay tarugo que se resista á tales seducciones!

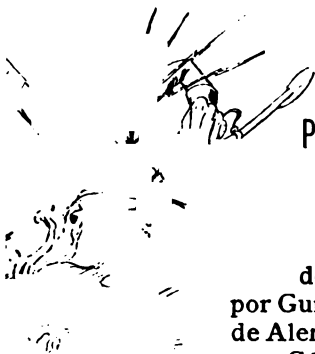
EL TARUGO. — (Este adoquín conoce el corazón humano de los tarugos.) Lo que ustedes sienten es perder tan buen punto de vista.

EL ADOQUÍN. — (Este tarugo conoce el corazón humano de los adoquines.)

Mayo de 1888.







PUCHERO DE ENFERMO

Elevemos al Todopoderoso nuestras preces por Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia.

—¿Cómo por Guillermo II? interrumpirá algún señor de los bancos de enfrente:—¡si el que se ha muerto ha sido Federico III!

Precisamente por eso no hay para qué rezar por su alma. Ha fallecido “en el seno,” de la Iglesia luterana, la cual no admite situaciones intermedias entre el cielo y el infierno, y sus fieles, por lo tanto, se salvan

ó se condenan desde el punto y hora del óbito, sin hacer parada y fonda en el purgatorio.

Quien há menester de preces sinceras y fervientes, á fin de que el Señor le tenga bajo su santa guarda, es el Monarca que reina á orillas del Sprée.

Aún no ha acabado de ceñirse la diadema imperial y real, y ya se ha puesto en movimiento toda la Europa... médica.

El advenimiento de Guillermo II—decían los colegas de Taviel y Andrade—va á ser la señal de una conflagración que se extenderá

desde el Pirene con sus nieves cano

hasta el Cáucaso sonoro, como dijo un poeta de casa y boca.

Hasta ahora, las únicas armas que se afilan y esgrimen son los bisturíes.

—¡A éll—gritan los doctores con una energía igual á la de los coraceros franceses en Reichshoffen.

Si es un hecho la alianza de Francia y Rusia, otro hecho no menos grave, y quizá más temible para el joven Monarca teutón, es el que señalan ya varios discípulos de Hipócrates, á quienes traían sin sosiego ni descanso las glorias alcanzadas por los Mackenzie, Wirchow, Bergmann y Bras-

chsman, en sus peleas con la terrible enfermedad de Federico III.



Mientras las gentes sencillas preguntamos por el programa del nuevo Emperador, los médicos contestan con voz sepulcral:

—¡La otorrea purulenta!

Es decir, que hemos salido de Málaga para entrar en Malagón; que hemos dejado de leer aquella amena retahila de pormenores referentes á la putrefacción del padre, para entrar en otra letanía, no menos amable y seductora, de detalles relativos á la putrefacción del hijo... ¡Bonito porvenir!

El doctor Boucheron, discípulo predilecto que fué del célebre Pablo Bert, ha soltado en *La Presse* un artículo titulado:

La enfermedad de Guillermo II.

Si *La Presse* fuera un periódico español, ya sabemos cómo lo pregonarían nuestros ciegos:

—¡El extraordinario al nuevo Emperador, con la enfermedad que le acaba de salir ahora!

La otorrea purulenta es, al fin y á la postre, una pequeñez.

Es un reuma de la oreja con flujo de pus... — Así lo dice M. Boucheron, y así lo digo yo, suplicando la indulgencia del respetable público.

A primera vista, parece que con unas hilas, bien empapadas en aceite de almen-
dras amargas, y un poco de



algodón en rama, podría S. M. Imperial y Real sobrellevar sin gran enojo su dolencia; pero el caso es que ésta—y aquí viene la pequeñez—produce, cuando los ataques son fuertes, grandes accesos de cólera, con tendencias á la destrucción, una irritabili-



dad excesiva, y hasta la posibilidad de la enajenación mental.

Lo dicho. Una pequeñez; ó si se quiere hablar con más propiedad, varias pequeñeces.

Sobre todo, cuando el que padece, más ó menos desarrolladas, todas esas frioleras patológicas, es uno de los Soberanos más poderosos del mundo, y á su carácter violento, á su temperamento belicoso y á los casos de locura que ya ha habido en su fa-

milia, une los apetitos de la ambición y las sugerencias de la gloria militar.

¡Están frescos los alemanes, y está aviada Europa entera, con la otorrea purulenta de Guillermo III!

Yo, si lo siento por algo, es por la gracia de Dios y por el principio dinástico. Son dos grandes cosas, fundamentos necesarios del orden social, y no puedo menos de estremecerme y horrorizarme considerando cuánto puede menoscabarse su prestigio si las gentes de buena fe van enterándose de que esas cosas de tan excelso origen y de tan soberana esencia, exponen á los pueblos á vicisitudes tan dolorosas y á peligros tan tremendos.

Hasta aquí era de temer el advenimiento de Guillermo II al trono, porque, estropeado de un brazo, se complacía en repetir:

—Aunque parezco manco, no lo soy.

Pero las alarmas se convierten ya en espeluznante seguridad desde el momento en que está averiguado que el nuevo emperador de Alemania se halla imposibilitado para la función más importante en política.

Es á saber: que lo que le éntre por un oído, le salga por otro.

La obstrucción de que S. M. padece hará que se le queden por allá dentro cosas harto molestas; y entre eso y los trastornos

cerebrales de que ha hablado el doctor Boucheron, ¡ayúdenme ustedes á sentir!

Lamento tener que escribir sobre semejante tema; porque dada la enfermedad de Federico II, al escribir yo estas líneas, á él le chillarán mucho los oídos.

Celebraré que S. M. se alivie, y que se alivie también Europa, atacada asimismo de otorrea, ó, mejor dicho, de *ottorrea*... (El canciller Bismarck se llama Otto.)

¿Habrá sido todo ello un *calembour* del doctor parisiense?

Por sí ó por no, roguemos al Todopoderoso para que *La trompa de Eustaquio*, que tanto nos hizo reir en tiempo de Arderíus, no nos haga llorar en tiempo de Guillermo II, trágico refundidor de aquella farsa.

Además, podría costarle muy cara á él mismo la representación, y Dios Nuestro Señor, *per quem reges regnant*, debiera persuadirle de que las trompetas bélicas son menos sanas que las trompetillas acústicas.

Pero ¡ay! verán ustedes cómo también Su Divina Majestad se hace el sordo á nuestros ruegos.

Junio de 1888.





OVACIONES POR TARIFA

CRÉANLO ustedes ó no lo crean—que en esto de creer cada cual es muy dueño de hacer con su capa un sayo—lo cierto es que ha caído en mis manos un prospecto que me apresuro á reproducir por lo que tiene de curioso para el público en general, y por lo

que pueda tener de interesante para algunos individuos en particular.

El documento es de los que no necesitan comentarios.

Si no lo he publicado antes, ha sido porque no se me atribuyeran intenciones aviesas y maliciosas.

Ahora que han pasado ya ciertas circunstancias, allá va, reproducido textualmente:

AGENCIA GENERAL

DE	SEÑOR DON...
OVACIONES	
Y	
RECIBIMIENTOS	Madrid... de... de... 1888.
ENTUSIASTAS	
—	MUY SEÑOR NUESTRO:
PUFF, CLAQUE Y COMP. ^a	

Reorganizada la sociedad PUFF, CLAQUE Y COMPAÑIA, que con tanto éxito viene funcionando hace años en esta corte, y ampliada notablemente la esfera de los negocios á que venía dedicándose, tenemos el honor de ofrecer á usted de nuevo nuestros servicios, y de participarle algunas de las reformas que hemos hecho en las secciones

de esta Agencia; sin perjuicio de remitirle á la mayor brevedad el Catálogo general de clases y precios.

Se aproxima, mejor dicho, ha llegado ya el momento en que los representantes de la nación visitan sus distritos, los del poder recorren las provincias, y los del arte taurómico van de pueblo en pueblo cosechando laureles y dinero, y no debemos demorar la publicación de la presente circular, cuyo objeto se reduce á enumerar las reformas siguientes:

SECCIÓN A.—En vista de ciertos contratiempos ocurridos recientemente á la casa HIJOS DE BOMBO Y PLATILLOS, que pretende rivalizar con la nuestra, hemos apartado completamente el personal de *Recibimientos entusiastas* del de *Ovaciones taurinas*, á fin de evitar que se repita lo ocurrido á aquella Agencia, que teniendo que servir en un mismo día á una Princesa y

á un matador de toros, acudió el mismo personal á lallugada de aquélla y éste, y á la Princesa le dijeron: *¡Olé la gente que se arrima!* y al matador: *¡Viva la flor de las madres!*

SECCIÓN B. — Hemos suprimido como cosa anticuada y cursi, el servicio de personas que se dejaban atropellar por el coche de nuestro cliente, á fin de hacer patente la aglomeración de la muchedumbre, y de dar ocasión á aquél para ostentar sus sentimientos caritativos. En cambio, hemos establecido un servicio nuevo de subalternos, así en los *Recibimientos entusiastas* como en las *Ovaciones taurinas*, que silben ó denuesten en momentos determinados á nuestro cliente, á fin de provocar acto continuo nueva explosión de aplausos y vítores.

SECCIÓN C. — También hemos reformado el *Negociado de preparativos*, suprimiendo

en ciertos viajes las máquinas exploradoras con prospectos y programas, teniendo en cuenta el abuso que ha hecho de ellas el célebre Barnum y lo mal acogido que últimamente ha sido por el público el empleo de las mismas por la Agencia Hijos DE BOMBO Y PLATILLOS. En su lugar hemos inventado el uso de petardos previos (*brevetés, s. g. d. g.*) que despiertan en la opinión reacciones favorables á nuestro cliente. El ensayo de este invento que acabamos de hacer en una importante capital de provincia, ha dado resultados excelentes.

SECCIÓN D.—A costa de grandes sacrificios y sin exagerar por eso los precios de nuestra tarifa, hemos alquilado en muchas poblaciones personas de ideas diametralmente opuestas á las de nuestro cliente, con objeto de que, asistiendo al recibimiento ó tomando respetuosa parte en

la ovación preparada por esta Agencia, resulte más brillante el triunfo. Esta innovación constituye uno de los mejores éxitos de la casa PUFF, CLAQUE Y COMPAÑÍA.

SECCIÓN E.—Hemos introducido notables mejoras en el personal que, colocado oportunamente en calles y plazas, saluda el paso de nuestro cliente con frases halagüeñas y exclamaciones simpáticas; y hemos contratado asimismo inteligentísimos profesores de dialectos y lenguas regionales, que en un par de lecciones enseñarán al cliente de esta Agencia frases familiares en catalán, valenciano, eúskaro, bable, etcétera, con que responder oportunamente á las de nuestro personal.

SECCIÓN F.—También poseemos una magnífica colección de palomas amaestradas, que al recibir libertad en las ovaciones, se dirijan al palco, tribuna ó balcón en donde se

halle nuestro cliente. Tenemos también á disposición de la clientela taurina un gran surtido de cigarros de pura apariencia, petacas de guardarropía y joyas de similor, que arrojarán á la plaza nuestros representantes, con obligación de devolverlas por parte del cliente. Para los personajes políticos, y principalmente para los de augusta estirpe, tenemos á precios bajísimos multitud de regalos, chucherías, zapatillas bordadas y Virgenes de plata, en combinación con los establecimientos más acreditados en el arte del reclamo.

SECCIÓN G.—Finalmente, hacemos liquidación, á precios baratísimos, de los pendones y faroles que tantos servicios han prestado en muchos recibimientos y ovaciones á los Sres. Moret y Romero Robledo, consocios de esta casa, así como también de los fraques y chaquetas negras que han servido en las últi-

mas recepciones, cuya contrata nos ha valido tantos plácemes.

Esas son las principales mejoras y reformas de que nos apresuramos á dar cuenta á usted, esperando que siga honrándonos con su confianza, y ordenando cuanto guste á sus afectísimos seguros servidores

Q. B. S. M.,

PUFF, CLAQUE Y COMP.^a

Ese es el documento que ha llegado á mis manos, y cuya autenticidad podrían comprobar los curiosos, si no creyera yo que mi afirmación lisa y llana debe bastar á los más incrédulos.

Junio de 1888.





CARLOS I EL HECHIZADO

No es errata.

Se trata de un Carlos I el Hechizado que le ha salido al modesto y tranquilo reino de Wurtemberg, ni más ni menos que aquel otro que le salió *in illo tempore* á nuestro intranquilo é inmodesto reino de España.

Pero los tiempos no son los mismos, y aunque la naturaleza de los hombres no varía gran cosa, el monarca wurtembergués está á la altura de su época, y en vez de un fray Froilán Dfáz, de la clase de embaucadores religiosos, tiene á su lado un mïster Jackson, de la clase de embaucadores espiritistas.

Con la diferencia de que el frailuco español no ha pasado á la historia como modelo de buenos mozos, en tanto que el espiritista llegado de Nueva York á Wurtemberg se hará famoso en las crónicas alemanas por la arrogancia de su figura.

Estos reyes del Norte, que á la gente del Mediodía se nos aparecen algo así como los Sigmundos, Sigfridos y Sigurdos de las leyendas y baladas, tienen muy poco de la virilidad clásica de los antiguos héroes germanos, y dan quince y falta en sus costumbres á ciertos personajes del *Satiricón* de Petronio y el *Asno de Oro* de Apuleyo.

¡Cómo está la sociedad!

Es decir, la sociedad de las testas coronadas; porque la otra, la de las testas sin coronar, está mucho mejor, á Dios gracias.

Después de aquel pobre Luis de Baviera, cuya fantástica existencia y trágica muerte parecían invención de un novelista calenturiento á lo Fernández y González, ha sa-

lido al redondel el rey Carlos de Wurtemberg, de quiense dicen cosas que dejan atrás las mil y una que se atribuyeron á aquel desgraciado orate.

Eso del redondel no es frase tan irrespetuosa como parece; porque la prensa alemana en general, y la berlinesa en particular, está toreando con tal ahinco y encono al rey Carlos, picándole, banderilleándole y preparándose á estoquearle, que el infeliz, huido y acobardado, ha concluído por tomar el olivo...

De Stuttgart se ha ido á Niza, y allí se está, en compañía de sus amigos particulares, aguardando á ver en qué pára la campaña emprendida contra él por la prensa bismarckiana.

Los diarios parisienses, arrimando el ascua á su sardina, pretenden que todo ello obedece á las intrigas del Canciller, interesado en ir desacreditando á los reyes feudatarios del de Prusia ante sus respectivos pueblos, y hacer perder de este modo á esos monarquillas de tres al cuarto—como diría el general de *La Gran Duquesa*—la insignificante sombra de autoridad que les queda todavía.

Serán muy fundadas tales presunciones, y responden de todo en todo á los antecedentes archiconocidos del político implaca-

ble, de quien se puede decir, parodiando á Quevedo,

que se rasca de Príncipes y Reyes
como de pulgas los demás humanos;



pero es lo cierto que Carlos I de Wurtemberg hace todo lo posible para que los periódicos y el vulgo lo pongan cual digan dueñas.

Nació en 1823 y empezó á reinar en 1854, sucediendo á su padre.

De joven le dió la manía por odiar á las mujeres y por adorarse á sí mismo, viniendo á ser, por razón de su nombre y de su manera de vivir, una especie de protagonista del célebre libraco francés *Charlot s'amuse*.

Habitaba en grandes salones adornados de espejos y más espejos, para contemplarse en todo género de posturas, y cuando salía á pasear por sus jardi-

nes, hacía colocar por donde quiera espejos y alfombras.

En España tenemos un torero—á falta de un Monarca tan talludito como el wurtembergués—á quien los envidiosos atribuyen una manía semejante.

Se detiene á cada momento delante de los grandes espejos que hay en sus habitaciones, y contemplándose con deleite, habla así á su propia imagen:

—¿Eres tú Fulano? Casi, casi lo dudo... La admiración no me permite creerlo... Pero sí; indudablemente eres Fulano. Ese que que está ahí, soy yo. ¡No me canso de asegurarme más y más!

Volvamos al rey.

Se casó, ó más bien lo casaron con la princesa Olga, hija del emperador Nicolás de Rusia, á la cual dió una vida de perros, como dice el vulgo, debiendo decir de reyes.

Murió la Reina sin sucesión, y S. M. ha continuado haciendo toda clase de extravagancias, hasta que han llegado las que en el actual momento histórico—ó, mejor dicho, histérico—están dando que hablar en las cortes septentrionales.

Hace unos años entró al servicio del rey el referido míster Jackson, que con la música por un lado, y con el espiritismo por otro, y con no sé cuántas habilidades más,

ha concluído por ser el amo, y no el servidor.

Como el personaje de la comedia que ahora se hace en el teatro de Mario, el Monarca tomó esta muletilla:

—¡Yo le pongo casa!



Y con efecto, el susodicho Jackson tiene á estas fechas todo un palacio, varias casas de recreo, trenes magníficos y una verdadera fortuna.

No contento con esto, ha querido hacer partícipes de sus bienandanzas—¡oh *yankee* generoso!—á dos compatriotas suyos, llamados Carlos Woodcock y Donald Hendry.



jóvenes fornidos,
fuertes... y muy

morenos, muy
feos.

Muy feos, sí, señor; y en Wurtemberg, como en España, debe de opinarse que el hombre y el oso, cuanto más feos son más hermosos, porque Carlos I ha perdido el

poco seso que le quedaba, y su intimidad con los referidos donceles ha llegado á tal punto, que siempre hay uno de ellos de servicio en la cámara del Rey, con él viajan, y habitan en un palacio que el Monarca les ha regalado y que tiene comunicación secreta con el alcázar regio.

¿En qué pararán estas misas?

Aquí pararían en que iríamos á la cárcel media docena de periodistas; pero Wurttemberg está lejos, y bien podemos recoger sin cuidado estos edificantísimos datos que con tanta elocuencia pregonan la bondad del principio monárquico, la eficacia de la gracia de Dios y las ventajas de la soberanía hereditaria.

Por lo demás, ó *pó lo emdz*,—como dice Cánovas—tienen tanta sal y pimienta las nuevas tendencias de los reyes del Norte, que bien merecen, para terminar, los honores de la “forma poética.”



¡Ni los Césares romanos
hacían más desatinos!
Digo á usted que están divinos
esos monarcas germanos
«oficiando» de latinos.

Noviembre de 1888.



CUBRANSE

USIEDES

DESDE el momento—dijo D. Onofre en la tertulia prehistóricamente literaria del café Suizo—desde el momento en que el silbato se ha convertido en instrumento político con un repertorio exclusivo de sonatas anticonservadoras, ¿cómo demostrará el público su disgusto en los teatros?

—¡Pateando! respondió el conocido crítico Pateta.

—Pateta, no sea usted atroz, prosiguió D. Onofre; recuerde usted cuántas veces ha condenado aquí mismo las "pateaduras," de los teatros como una manifestación grosera é inculta del desagrado de los espectadores.

—Es verdad; pero si se quita al público el derecho de la silba y se le niega también el del pataleo, ¿qué nuevo procedimiento adoptará?

—Esa es mi pregunta—repuso D. Onofre.

—No parece—dijo en esto un D. Laureano, que en aquella tertulia viene á ser algo así como esos personajes que en las comedias de Moratín y Dumas hijo suelen llevar la voz del buen sentido;—no parece, con tanto hablar de voces, silbidos y pateos, sino que los teatros son plazas de toros.

—A veces son algo peor.

—No negaré á usted, amigo Pateta, que entre un volaplé de *Guerrita* y uno de esos esperpentos que ahora privan en ciertos teatrillos, la Estética se halla de parte del primero; pero por eso mismo hay que aplicar á los que así envilecen el arte escénico, penas distintas de las que sufre un banderillero torpe ó un matador miedoso.

—Aún pedirá usted contra ellos la pena de muerte.

—No; bastaba con que se los llevara usted, Pateta.

—A pesar del dicho vulgar, me guardaré bien de aceptar semejante carga. Con que, á falta de esta solución, venga otra, D. Laureano.

—Lo que yo propondría al público es muy sencillo, muy cómodo y moderno.

—Venga de ahí.

—Dejemos el silbato á los enemigos de Cánovas, y el vocerío y el pataleo á sus amigos. Variemos la moda, que en la variación está el gusto. Vamos á ver: ¿por qué estamos descubiertos en el teatro?

—Por cortesía mutua. El teatro es un salón. Hay señoras...

—Pero, D. Onofre, ¿deja el teatro de ser salón en los entreactos?

—Puede ser que influya también en la costumbre de descubrirse el deseo de no ocultar á los demás la vista del escenario.

—Y el que está en el fondo de un palco ó en la grada más alta del paraíso, ¿á quién molesta? El acto de permanecer descubierta durante la representación es un tributo de respeto que se rinde al Arte, que habla en aquellos momentos á nuestro corazón, á nuestra inteligencia, ó simplemente á los más nobles de nuestros sentidos, cua-

les son el oído y la vista. Los espectadores del circo no obtienen tal honor, y el público masculino permanece cubierto, como en los toros y en los cafés cantantes. Y, sin embargo, el esfuerzo muscular de un gimnasta y la destreza ecuestre de una amazona son mucho más dignos de estima, y á veces más artísticos, y desde luego más decentes, que las cosas que han dado en decir algunos autores y las que han dado en hacer muchos cómicos... Cuando unos y otros se ponen al nivel del clown, ¿por qué guardarles consideraciones que no se dispensan á Tony Grice y Billy-Hayden?

—En los teatros de China y el Japón los espectadores manifiestan su desagrado volviendo la espalda al escenario.

—Esa costumbre, amigo Pateta, me parece de mal gusto, y sospecho que los actores chinos y japoneses se vengarán á su vez con tal cual gesto acomodado á la actitud de los espectadores... Es mucho más culto mi sistema. Con cubrirse, basta.

—¿Como los presidentes del Parlamento?

—Justamente. Por eso he dicho que mi solución es muy moderna, muy sencilla y muy cómoda.

—¡Sobre todo muy cómoda! A fe de Pate-

ta, que he de ponerla en práctica en cuanto se presente ocasión propicia. Con esto de la supresión del gas están bastante mal de calefacción casi todos los teatros de Madrid... A veces se huela uno, y cuando con la frialdad de la temperatura se junta la frialdad de la comedia... ¡ayúdeme usted á sentir... frío! Me cubriré, D. Laureano, me cubriré.

—Nada, nada; cúbranse ustedes, que si bien han pasado los tiempos en que la mosquetería arrojaba al escenario hortalizas podridas é inmundos proyectiles, y si bien las silbas y alborotos no se deben escuchar ya sino en la plaza pública ó en el circo taurino, tampoco es cosa de dejar impunes las mil y una atrocidades que ahora se llevan á los teatros. Escriba el autor cuanto se le antoje, y haga el comediante cuanto le dé la gana. De nada nos escandalizaremos ni nos espantaremos, porque ya estamos todos curados de espanto... Pero ¡que se nos obligue á dar muestras de respeto ante lo que no tiene nada de respectable!

—Bien dicho. Cuando se nos disguste ó se nos ofenda en el teatro, cubrámonos, aunque algún poeta chirle nos compare con el valentón de Ceryantes que se caló el chapeo.

—Y aunque algún cómico malo nos amenace, diciéndonos con el Segismundo de Calderón:

¡No he dejaros cabeza
en que se os tenga el sombrero!

Diciembre de 1888.





¡AQUELLOS TIEMPOS!

Permitame Morayta
que le usurpe el título
de un popular libro
suyo.

“Aquellos tiempos,”
de que me acuerdo yo
ahora, no son los que
él criticó con tan cáus-
tica intención, siguien-

do el camino abierto por el gran satírico Roberto Robert con *Los cachivaches de antaño* y *La espumadera de los siglos*.

Tampoco son "aquellos tiempos," que evocan los actores viejos y los aficionados vestustos, cuando dicen:

—¡Oh, la Concha Rodríguez! ¡Oh, Latorrel
¡Oh, Capraral ¡Oh, Grimaldi!

Ni son tampoco "aquellos tiempos," de que nos hablan los que conocieron *chaval* al *Buñolero* y vieron tomar la alternativa á Montes.

Los tiempos que recuerdo, con lágrimas en la voz, como Tamberlick en el *mai più ti revedró*, y con telarañas en los ojos como cualquier político español en el poder, son tiempos menos lejanos, pero tan históricos—puesto que han pasado ya á la historia—como los de los infantes de Aragón.

Me refiero á los tiempos de Arderfús.

¿Quién nos lo había de decir hace veinte años?

En el reloj de arena de Saturno ha "sonado," la hora—como diría M. Prudhomme—de que la posteridad hiciera justicia al pobre Paco, ó D. Paco, según se le llamaba ya en los últimos años de su vida, por unánime voto de las gentes.

Ha llegado el momento de que hasta los

mayores enemigos que tuvo el género bufo
suspiren por aquellas aberraciones... ¡y cla-
men por su restauración!

¿Cómo está nuestra escena en el año de
gracia de 1889?

Tan medrada y floreciente,
gloriosa, altiva y pujante,
que desde Oriente á Poniente
echa de menos la gente
Genoveva de Brabante.

(Esta quintilla "me ha salido," sin querer,
al revés de lo que les acontece á ciertos
autores de hogaño, que se ponen á hacer
versos y les sale prosa, y de la más vil.)

Con justicia ó sin ella, ningún empresa-
rio ni actor ha sido tratado con mayor du-
reza que Arderfús, ni género alguno litera-
rio y artístico ha merecido mayor cantidad
de anatemas.

Aquello era "la desolación de la abomi-
nación"—como dicen los franceses;—y, sin
embargo, escúchese ahora á los literatos y
artistas de gusto más acendrado y exqui-
sito.

¡Se relamen hablando de lo que tan mal
sabor de boca les dejaba entonces!

No vituperan lo que ahora se dice y se
hace en los teatros de segunda fila, como
vituperaban lo que se hacía y decía en los

tiempos de *El rey Midas* y *Francifredo*, porque habiéndose aquí empequeñecido y rebajado todo, hasta la nota de la censura se ha rebajado y empequeñecido también; pero ¿qué mayor censura de lo actual que el sentimiento con que recuerdan lo pasado quienes fueron sus más crueles enemigos?

—Aquello era escandaloso, pero tenía intención.

—Aquello era desvergonzado, pero tenía gracia.

—Y además de gracia, literatura.

—¡Digo! La prueba está en que la mismísima Academia Francesa ha abierto sus puertas de par en par ante Meilhac y Halévy, los dos pontífices del género bufo en Francia.

—¿Y dónde se deja usted á Offenbach?

—Ahí lo tiene usted recibiendo honores póstumos con sus *Cuentos fantásticos de Hoffmann*, en la propia escena donde estrenaron sus obras más famosas Boieldieu, Hérold, Auber, Adam, Gounod, Thomas y Bizet.

—Hoy bastaría á un músico para ganarse un renombre universal y una fortuna de las más saneadas, componer una sola de las tres partituras de *La bella Elena*, *Barba Azul* y *La gran duquesa de Gerolstein*. ¡Y me dejo en el tintero los mil y un primores

de *Orfeo en los infiernos*, *Los brigantes*, *Genoveva*, *La diva*, *La Périchole*, *Madame l'Archiduc!*...

—Párese usted, que ese es el cuento de nunca acabar. Ya nos contentaríamos con que nos mandaran hoy de Francia musiquita como la de *La soirée de Cachupín* y *El barón de la Castaña*.

—¡Y de España no hablemos! Offenbach encontró aquí dignos émulos.

—¡Claro! El género bufo tenía, en medio de sus extravíos y audacias, aspectos pintorescos, satíricos y originales, que supieron ver nuestros maestros. ¿No es una verdadera maravilla el *Robinsón*, de Barbieri?

—Y *El tributo de las cien doncellas*, ¿no es otra joya, por su frescura y originalidad?

—Supongo que no se olvidará usted del incomparable Arrieta, ni de su *Potosí submarino*.

—¿Cómo he de olvidar aquella deliciosa filigrana musical? ¡Y pensar que hemos reemplazado todo eso con un tango ramplón y unas coplillas ratoneras!

—No murmure usted de los tangos de moda, porque con ser lo que son, todavía son inmensamente superiores á la letra de las zarzuelillas al uso.

—¿Zarzuelillas? ¡A cualquier cosa llama usted zarzuelillas! Ya quisiéramos ahora para los días de gran fiesta, y así como una vez al año, los desatinos más descabellados que en el apogeo del género bufo escribieron Blasco, Santisteban, Puente y Brañas, y... el mismo Pastorfido.

—¿Pastorfido? Ni para descalzarlo valdrían algunos autores de los que ahora cobran más trimestres.

—En cuanto á los cómicos...

—En cuanto á los cómicos, no tiene usted más que fijarse en que sólo con los residuos de la inolvidable *troupe* que dirigió Arderius están viviendo casi todas las Compañías de segundo y tercer orden.

—Es verdad. Rosell en Lara, Escriu en la Zarzuela, Julio Ruiz en Apolo, Castilla en el Príncipe Alfonso, Suárez y Rochel en Martín, Orejón en América... Como los generales de Alejandro, se han dividido en veinte porciones el imperio bufo de Arderius.

—¡De aquel Arderius, á quien dijimos tantas picardías, acusándole de corruptor de la escena!

—Y á quien hoy recibiríamos casi casi como á un Mesías.

A esto, que se oye á turno impar en los círculos literarios, y á turno par en las ter-

tulias artísticas, hemos venido á parar al cabo de veinte años.

¿Quién nos lo había de decir entonces?

Podrá opinarse que aquellos polvos trajeron estos lodos; pero conste que echamos los polvos muy de menos.

Enero de 1889.





SANDWICH REGIO

Desde el rey Carlos I de Wurtemberg — último monarca que he tenido el honor de meter en estas mis calderas de Pedro Botero—me toca pasar hoy al rey Kalakaua, cuya soberanía sobre unas islas tan apetitosas como las que llevan el nombre de los emparedados á la inglesa, le designaba inevitablemente para servirme de estudio en mis trabajos cocineros.

Además, Kalakaua no es para nosotros

un extraño. Estuvo en Madrid hace siete años, á fines del estío, y los concurrentes á los Jardines del Buen Retiro pudieron apreciar que era un sujeto muy simpático, aunque monarca, y una persona muy distinguida, aunque salvaje.

Kalakaua estaba entonces á la altura de sus congéneres europeos. Hoy les sobrepaja y excede.

Sus viajes de Oceanía á América, y de América á Europa, le han convertido en un monarca archimoderno y archiadelantado.

¿Pasará con los reyes lo que con ciertos vinos? Si también las majestades se perfeccionan y mejoran cuando se las marea, habrá que convenir en que los pueblos obran muy cuerda-mente al aplicar ese procedimiento á sus monarcas.

El antecesor de Kalakaua, el popular Kamehameha VI se mareaba por cuenta propia... Tanto, que murió de una "pítima," verdaderamente soberana.



Ignoro si Kalakaua, como el abuelo de la
gran duquesa de Gerolstein,

tiene á gloria
ser famoso
bebedor;

pero indudablemente es hombre de grandes tragaderas, según las noticias de Honolulu, capital de las islas Sandwich, que nos trae la prensa de los Estados Unidos.

Kalakaua viajó por Europa para desarrollar su ilustración y cultura, y se le desarrollarían, en efecto; pero, á juzgar por las trazas, lo que se le ha desarrollado más ha sido el estómago.

Parece ser que poco antes de la revolución del año pasado—porque también allí se estila esa clase de festivales—el rey Kalakaua se dignó aceptar la suma de 71.000 duros que le ofreció un negociante chino llamado A-ki-a, á fin de obtener para sí el monopolio del estanco del opio en las islas Sandwich.

S. M. tomó la "guita," y como en Honolulu no están menos adelantados que en Madrid—salvo en los servicios municipales, que son peores en Madrid que en Honolulu—no faltarían de fijo oradores y periodistas que arreglasen, con las salsas propias del país, alguna metáfora por el estilo de

aquella famosa con que D. Cristino Martos, todavía republicano, habló del excelso



Júpiter á propósito del ferrocarril del Nor-oeste.

Pero tomar una propina por conceder un

monopolio, y concederlo efectivamente, es una vulgaridad propia solamente de naciones tan atrasadas como las europeas. Kalakaua trató al negociante chino como á tal, y en vez de otorgarle el privilegio consabido, se lo concedió á otro negociante chino que sin duda fué más generoso que el de los 71.000 duros.

A-ki-a se puso furioso; apeló "al tribunal de la opinión pública;" ésta se conmovió, y, por fin, estalló un movimiento popular.

¿Contra el rey?

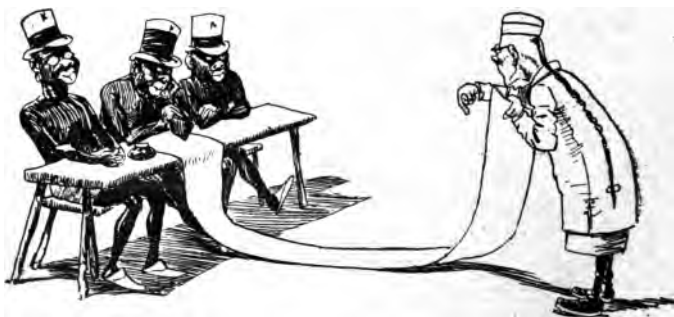
¡Quiá! Los súbditos de Kalakaua, orgullosos de estar gobernados constitucionalmente, toman todavía muy en serio eso de la irresponsabilidad regia, y se contentaron *à la bonne de Dieu*—que diría Martínez Campos—con que cayera, como cayó, el Gabinete en masa.

El chino se cortó la coleta, es decir, se murió; pero ha legado á sus herederos el cuidado de vengarle... y de cobrar.

Estos, ni cortos ni perezosos, han demandado ante los Tribunales á la que por acá llamaríamos Intendencia de Palacio, para recuperar los 71.000 duros, y aquí viene la parte maravillosa de esta historia de allende el Océano.

El Tribunal Supremo de las islas Sandwich, en lugar de premiar el laudable celo

de Kalakaua por aclimatar en aquellas latitudes el chanchullo, planta que con tanta esplendidez florece y fructifica en los jardines de las cortes europeas, ha pronunciado sentencia favorable á los demandantes y ha condenado al Sandwich regio á “desemparedarse,” y á soltar el *foie-gras*.



¡Ahora renieguen ustedes de la justicia histórica!

El que la enviará á todos los diablos será el rey Kalakaua, condenado á devolver los 71.000 duros, más los intereses devengados; pero ya se consolará S. M., diciendo:

—¡Y yo que creía reinar en un país suficientemente civilizado! ¡Todavía hay aquí restos de salvajismo!

Se le pasarán, de seguro, muy buenas

ganas de suprimir en su escudo de armas la noble divisa de su dinastía:

Ka mau ó ka aina i ka pono.

Que significa literalmente:

La justicia es la clave del Estado.

Nótese de paso que, al denominarse allí la justicia *ka mau*, anda muy cerca de convertirse en *ka mama*, ni más ni menos que en nuestros climas.

Sea de ello lo que fuere, y dejando á un lado este conato de filología comparada, mi admiración y mi devoción hacia todas las instituciones tradicionales me hacen suponer—á pesar de esas noticias—que la magistratura no estará en las islas Sandwich por debajo de la monarquía.

Y á través del tiempo y del espacio, me pregunto:

—¿Cuánto habrá costado á los herederos del chino la sentencia?

Enero de 1889.







¡Ni en Chicago!

La famosa ciudad del lago Michigan presentó hace pocos años un rasgo de audacia, que pasó entonces por la última palabra y el *nec plus ultra* del reclamo industrial y el desparpajo mercantil.

Cantábase la ópera *Fausto* en uno de los principales teatros; y aunque aquel público archiyankee (si se me permite la palabra) está curado de espantos y sorpresas, no fué pequeño el asombro de los espectadores al contemplar en el tercer acto, en

vez del torno de Margarita, una máquina de coser.

Salió la *prima donna*, se sentó ante el poderoso artefacto, le dió impulso, y acompañada por su ruido, entonó la suave y poética balada:

*C'era un re
di Thulé...*

Apenas hubo concluído la canción y resonaron los primeros aplausos, empezaron á llover prospectos desde el paraíso, pregonando las excelencias de las máquinas Howe, Singer, Wheeler-Wilson, ó quien fuera el fabricante de cuyo audaz magín surgió la idea de profanar la obra de Gounod con tan extravagante anuncio.

Aquí, donde no habíamos pasado del reclamo hecho por Eguílaz á *La Tutelar* (que Dios haya perdonado) en *La Cruz del Matrimonio*, y del que hicieron los autores de *El siglo que viene* al Bazar de la Unión, estábamos sumidos en un atraso verdaderamente vergonzoso, y era preciso dar una prueba fehaciente de nuestro modernismo y amor al progreso.

La hemos dado por fin, y de tal naturaleza, que ni en Chicago se ha ido tan lejos en esto del *puff* comercial.

Los periódicos hablaron ayer del estreno

en Martín de una obra exclusivamente destinada á anunciar un licor; y como en los estrenos de los teatros por horas se dan "rachas," tan pertinaces cuanto insufribles, ya podemos prepararnos para no ver otro género de piececillas durante un lustro, ó un *sextercio*, que dijo el otro.

Apuesto un frasco de la Emulsión Scott contra un tarro de ungüento de Holloway á que antes de quince días se da en Eslava la representación de *No más lombrices*, juguete farmacéutico-lírico, escrito para encomiar las grajeas del doctor Kamaming.

El nuevo género no dejará, al fin y al cabo, de ofrecer picantes atractivos y curiosas originalidades, en cuanto la competencia industrial comience á hacer de las suyas...—Ni habrá temor de que la comedia-anuncio contribuya á aumentar la decadencia del teatro por raciones; primero, porque es imposible que éste decaiga más; y luego, porque más vale que el carro de Téspis acabe pareciéndose á los coches de la Compañía Colonial, que á los carros de Sabatini.

Juntaremos lo útil con lo agradable, y aprenderemos, con música del maestro Nieto y letra del Sr. Sobrino, en dónde se venden los calzoncillos más ventajosos y la bufitarra más auténtica; cosa que, en resúmidas cuentas, no ha de contribuir tanto co-

mo otras que se ven por ahí al reblandecimiento cerebral de la generación presente.

Desde la pieza destinada á encomiar tal ó cuál clase de aguardiente, ó á recomendar unas ú otras ropas hechas, se pasará á la revista "multianunciadora," que abarque toda clase de productos y artículos, viniendo á ser un trasunto de la sección de anuncios de los periódicos.

Nada más fácil, gracias á las alegorías de mogollón y al símbolo de guardarropía que privan ahora.

Una idea se me ocurre, que me envidiarán, de seguro, más de cuatro truchimanes literarios. Se la regalo al que la quiera. De todos modos, me la habían de "timar," si me la oyeran en el café, en el saloncillo, ó en el círculo...

Título: *La cuarta plana.*

Asunto: los apuros del director de un periódico cuyos negocios van mal, y que no sabe á qué santo encomendarse para que vayan bien.

El santo aparece en el foro, con música en la orquesta y buen golpe de luz eléctrica, y resulta que no es santo, sino santa. (Digo, si se puede llamar santa á la tiple cómica, que sale muy exuberante de carnes y muy exhausta de ropas.)

Este personaje, ó *personaja*, es la Publi-

cidad, el hada que más milagros realiza en nuestros tiempos.

Para los *couplets* de salida, que han de traer mucha sal y pimienta — más pimienta que sal,—está indicado un estribillo por este estilo:

Soy, en fin, señores,
la Publicidad;
yo lo muestro todo,
yo lo exhibo todo,
yo lo enseño todo...
¡y á la vista está!

Con lo cual, y cuatro contoneos lúbricos, media docena de guiños alarmanes y las correspondientes desafinaciones, quedaría asegurado el buen éxito desde los primeros momentos.

Al tenor cómico le vendría como de molde el papel del *Reclamo*, personaje entremetido, soplón y zascandil, mientras el *Bombo* quedaba á cargo del bajo.



Intriga y acción, Dios las dé.

Ya se sabe que estas cosas no necesitan sino un par de números de música tomada

al oído en una zambra de ñáñigos ó en cualquier merienda de negros; unos cuantos chistes aderezados con picrato de potasa; un vestuario pintoresco y variado, pero inspirado principalmente

en el traje conciso
del primer figurín del
[Paraiso,



y una apoteosis final que sirva para demostrar cómo los mayores páparos no son los que vienen de Villamoral á Madrid.

En *La cuarta plana* podrían hacerse maravillas, personificando caprichosamente todos los productos que se anuncian en los periódicos, desde los Vinos de Arganda (coristas ebrios) hasta las Cápsulas de Co-paiba (coro de señoras); y ya que no éntre

en pormenores acerca del partido que se podría sacar del ramo de nodrizas, del de pupileras, del de prestamistas, etc., etc., permítaseme recrearme mentalmente con el feliz suceso que lograría Julio Ruiz, por ejemplo, cantando:

Soy, señores, el aceite
de hígado de bacalao;
yo soy el que fortifica
al que está *debilitao*.

Y como es sabido
que muchas chiquillas
gracias á mí tienen
buenas pantorrillas,
no digo ná
de cómo probaré
á la que está
debilitá;
¡chipé!

Si esto no arrebatava á los espectadores de buena fe y hacía enmudecer á los pícaros "reventadores," me dejo cortar las manos con que he aplaudido obras de igual jaez que han alcanzado y alcanzan todavía gran éxito en la villa y corte.

La cuarta plana marcaría el *summum* en semejante género, y si no gustaba á los señores, no por eso se perderían los principios, más respetables que todas las colonias.



Al día siguiente se leería en *La Correspondencia*:

“Las patatas arrojadas anoche á la escena en el estreno de *La cuarta plana*, revista de anuncios, procedían en su mayor parte del acreditado puesto de la Jesusa, sito en la plazuela del Carmen, rincón de la derecha.

„En cuanto á la tintura de árnica que se aplicó á los autores y artistas, sabemos positivamente que procedía del laboratorio del doctor Bulipén.”

Enero de 1889.





LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN



“El Carnaval ha muerto.”

He ahí el inevitable *cliché* que todos los años sale á relucir en los periódicos en estos días de Carnestolendas.

El Carnaval no se va. Lo que hace el Carnaval, como todas las cosas humanas y la mayor parte de las divinas, es transformarse; á lo cual viene más obli-

gado que ninguna otra institución, dado que es la institución de la máscara y el disfraz *per se*, aunque las demás instituciones lo sean también *per accidens*.

La transformación con que el Carnaval se nos ha aparecido hogaño á los madrileños, es tan pintoresca como inesperada.

Los barceloneses le habían concedido, al personificarle, honores regios y "mayestáticos," (adjetivo que pasmará á Commelerán), aclamándolo como á soberano absoluto, rodeándole de ostentosa corte, y hartándole de bufonescos homenajes; pero sin duda se ha cansado Su Majestad de ejercer de monarca á lo Carlos VII, porque este año le ha entrado la gana—lo mismo que á su carnavalesco colega el de Borbón—de hacer como que se liberaliza.

Así es que la desesperación ha venido á amargar los puros goces de los intransigentes é integristas, que también el Carnaval los tiene, y ahí están, sin ir más lejos, el hombre del higuí, el moro de Ferreras y los concurrentes al entierro de la sardina, fieles representantes todos ellos de nuestras venerandas tradiciones.

El Carnaval de puro hilo tradicionalista, sin mezcla de algodón moderno, se ha adulterado notablemente en Madrid por obra y gracia de las comparsas que de diferentes

provincias han venido este año á aumentar el tropel de pedigueños musicales que recorren nuestras calles, plazas y paseos.

Y es tanto el número de estas comparsas regionales, y tal su diversidad, que vienen á convertir al Carnaval, diversión propia de los pueblos sometidos al despotismo, en una especie de fiesta de la Federación.

Ignoro si este género de alegre propaganda será del todo grato al Sr. Pi y Margall, en cuyo programa no entra seguramente hacer el pacto

al son de las guitarras
y las panderas;

pero ello es que á los que, sin ser federales, tenemos vivo y despierto el espíritu de región, nos causa impresión muy agradable ver este revuelto conjunto de aragoneses, valencianos, andaluces, maragatos y gallegos, animando las calles de la capital con sus músicas peculiares y sus trajes característicos.

Y pese á Ricardo de la Vega, que en su nueva revista *El año pasado por agua* satiriza la federación, representándola en una



cacofónica confusión de los bailes de todas las regiones, el pintoresco conjunto que señalo aumentará grandemente en valor y ga-



narará en armonía cuando en años sucesivos, y vista la excelente acogida que Madrid tributa á esta representación del país— bastante más amena y genuina que la parlamentaria — alternen con las rondallas de Aragón, las comparsas andaluzas y las danzas leonesas, el *aurresti* de los eúskaros y la *sardana* de los catalanes.

Cuando Ticknor ó Washington Irving— no recuerdo á punto fijo cuál de estos dos escritores norteamericanos— estuvo en Madrid allá por el año 1828, lo que más hubo de sorprenderle y cautivarle la atención, fué el picante y extraño contraste que ofrecían en plena Puerta del Sol los pes-

caderos maragatos, con sus anchas calzas y rojos coletos, junto al valenciano, vendedor de naranjas ó de *agua e sebd*, con sus zaragüelles y su morisco pañuelo de seda; el traficante salamanquino, con su traje de charro, junto al aragonés, con el suyo de baturro; el catalán, con su barretina, pasando al lado del vascongado, con su boina; y el aguador gallego, que todavía usaba las prendas típicas de la tierra, marchando detrás del catalán ó del torero, que venía á hacer brillar bajo el cielo de Madrid la flor de la majeza andaluza.

Y advertiría probablemente el literato *yankee* que este pueblo, sin quererlo ni pensarlo, y sin comerlo ni beberlo, tenía bastante más de federal, bajo la brutal fórmula del rey Fernando, que la república de los Estados Unidos, organizada bajo un sistema basado en la convención más bien que en las leyes históricas y en la diversidad de condiciones.

Aquel espectáculo que hace sesenta años se veía á diario en la Puerta del Sol—y que ahora nos parecería



carnavalesco, porque ya no lo vemos más que en Carnaval — ha ido desapareciendo lenta, pero continuamente, ni más ni menos que le ha acontecido á la media luna, así en el continente europeo como en el redondel español.

Tan enmascarados y disfrazados andamos durante todo el año, fieles al axioma de Larra, que se necesita nada menos que la venida del Carnaval para aparecer tales como somos, disfrazándonos... de nosotros mismos.

¿A qué tiempos habremos venido á parar, y cuál no será el estado de perpetua falsificación en que vivimos, que sólo en Carnestolendas no es dado ver por ahí andaluces legítimos, aragoneses auténticos y castellanos de verdad?

Eso sí; lo mismo que el gallego del cuento, todos vienen *pidiendu*, ninguno viene *dandu*. De donde se deduce que si el Carnaval madrileño se va convirtiendo en una especie de fiesta de la Federación, esta federación viene á ser... la de la Necesidad.

Así, en días de máscaras, aparece España tal cual es bajo su actual régimen; y así, en cuanto vuelve el estado normal, recordamos nuestro pobre y maltrecho antifaz de supuesta potencia europea.

Marzo de 1889.





¿LA TIENE USTED?

No se oye otra cosa en el Madrid que "alterna," que "distingue," y que trasnocha.

La gente *comm'il faut* se saluda con esa interrogación; que parece una pregunta de aquellas de doble sentido que se hacen en los juegos de prendas.

Y si es usted verdaderamente *chic* y rigurosamente *pschutt*, ora perte-

nezca al sexo de las *professional beauties*, ora al de los brigadieres en activo, guárdese bien de contestar á la pregunta de moda:

—Yo, no.

Se le pondría á usted inmediatamente en entredicho, como reo de lesa elegancia.

Hay que tenerla, pues; y si no se tiene, hay que adquirirla á toda costa, antes de que este que ahora es signo del supremo "dandysmo," se convierta en señal de ordinariiez, ó, lo que es peor, de cursilería.

El lector que no esté en los toques y perfiles cortesanos—en nuestros "timos," como se dice ahora—tendrá ya curiosidad por saber en qué consiste ese signo infalible de la distinción madrileña.

Lo que hay que tener á la hora de ahora, para no hacer un papel ridículo en Madrid, es... la solitaria.

Hoy por hoy, es el más distinguido de nuestros bichos, y toda persona que no le da hospedaje *at home*, ó no prueba habérselo dado, es indigna de figurar en las huestes que han capitaneado los Brummel, los Orsay y los Morny.

Dice el padre Feijóo en su *Teatro crítico*, que la mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza, la cual por todo derecho debiera estar exenta de su dominio.



Y después de contar aquello de haber estado de moda en los hombres las piernas

muy carnosas, usándose luego las descarnadas, por donde pasaron de hidrópicas á héticas, refiere también el insigne benedictino que celebraba uno por grandes y negros los ojos de cierta dama; pero otra que estaba presente, y acaso los tenía azules, le replicó con enfado:

—Ya no se usan ojos negros.

Así, ahora, toda mujer delicada y elegante que se queje de los nervios, todo hombre de mundo que se duela de la diabetes, y todo respetable senador que reniegue de la gota, por haber sido esas las últimas dolencias *fashionables*, se exponen á que les responda cualquiera con desdeñoso acento:

—¡Qué atraso tan lastimoso! ¡Si nada de eso se usa ya!...

La ténia está á la orden del día, y triunfa en toda la línea, sobre hombres y mujeres, lo mismo que la serpiente Pitón antes de que la matase Apolo, ó el otro culebrón simbólico antes de que lo aplastase María Inmaculada.

Negro se ha visto estos días para atender á sus clientes el curandero mejicano señor Rodríguez, especie de zahorí que adivina si uno "la tiene," ó "no la tiene," con sólo mirarle á uno de hito en hito.

De ese modo se la ha descubierto á gran número de personas conocidas, y se la ha

expulsado después con victorioso éxito. Trazas llevaba de sacárnosla á todos los madrileños... Desgraciadamente, la autoridad "ha intervenido en el asunto," y ha prohibido al especialista mejicano el ejercicio de su profesión, por carecer de toda clase de títulos.

¿Sólo por esto?

Según parece, también "la tenía," una infanta de España; pero el curandero no ha tenido, al intentar extirpársela, tan buena fortuna como con los demás enfermos, y de ahí las iras oficiales.

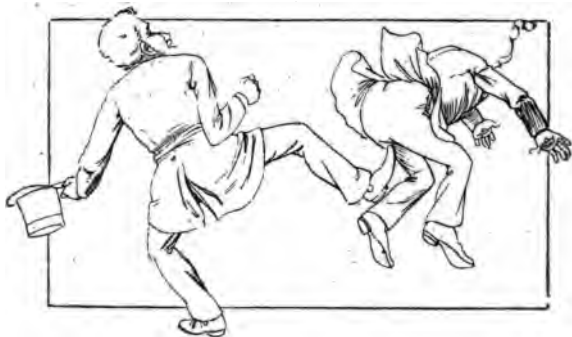
Se trataba, por lo visto, de una de nuestras primeras solitarias; de una tenía tenacísima. Siempre los parásitos de origen regio fueron los más difíciles de expulsar.

El que se ha librado del suyo, no sin gran trabajo, ha sido D. Práxedes Mateo Sagasta, á quien no se puede negar temperamento oportunista y acomodaticio.

—¡Vaya!—ha dicho;—puesto que todos echan su solitaria, echaré yo también la mía.

Y ha expulsado á Martos.

Verdad es que para ello ha empleado un remedio de los más eficaces que se conocen, y aún de los más "soberanos," dada la excelsa intervención de que se ha valido para cerrar las Cortes y quitar á D. Cristino la presidencia del Congreso.



Volviendo al curandero mejicano y su tropiezo, ignoro si éste influirá en el descenso de la moda; pero entretanto el hombre ha hecho un buen negocio, y el furor por tener la solitaria es todavía tan grande, que no desespero de ver en los periódicos algún anuncio por este estilo:

Se desea una ténia de buenas circunstancias y que tenga quien la abone.

Entretanto, ya hay personas que la ceden, con asistencia ó sin ella.

Un mi amigo, persona correcta y distinguida, me saludó ayer diciéndome:

—Tengo una hermosa solitaria á la disposición de usted.

—Mil gracias—le dije;—pero preferiría un hermoso solitario.

El que, aprovechando la moda, se dedica ahora á proporcionar ténias á domicilio, realizaría de seguro tan pingües beneficios como el que se dedica á extirparlas.

Este, ya que no le dejan ejercer aquí su especialidad, debiera cedernos el secreto á los españoles.

¡Qué de ténias nos devoran!

El cuerpo social sufre la ténia de las desigualdades inicuas y egoístas. La vida nacional, la ténia de la centralización mal entendida. La riqueza pública, la ténia de los gastos superfluos y los tributos exorbitantes. La administración, la ténia de la corrupción y los abusos. La justicia, la ténia de las tradiciones golillescas. El progreso, la ténia de la rutina. El sentido moral, la ténia del crimen impune y victorioso...

Y así sucesivamente, sin olvidar la ver-



dad y el sentido común; víctimas de una monstruosa—especie de *trifauce sabandija*, como diría D. Peregrín García Cadená—que se compone de esas tres grandes mentiras, disecadas por Max Nordau, sobre las cuales se basa nuestra decrepita civilización.

¡Apenas hay solitarias que arrojar!

Y éstas no son como las que ahora “se estilan,, sino que han pasado de moda; á pesar de lo cual, viven, y chupan, y engordan, y prosperan á expensas de los míseros humanos.

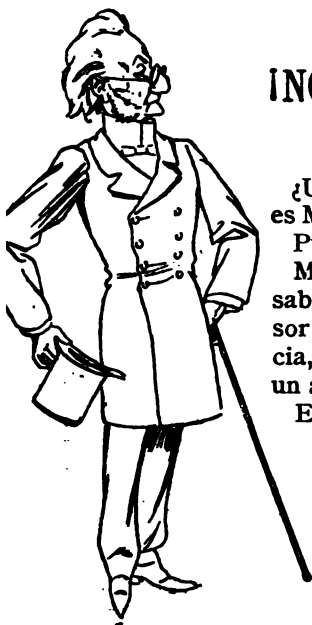
A lo mejor surge algún redentor que intenta expulsar el horrendo parásito; y, con efecto, si no le prohíben la consulta, le ahorcan... ó le crucifican.



La ténia, puesta ahora de moda por todo el que es verdaderamente *chic* y rigurosamente *pschutt*, es el símbolo de lo tradicional, de lo correcto, de lo formal, de lo admitido y de lo consagrado.

Y para no ponerse fuera de la ley, hay que sufrirlo y llevarlo en las entrañas.

Junio de 1889.



¡NO MAS VIEJOS!

¿Ustedes no saben quién es M. Brown Séquard?

Pues yo se lo diré.

M. Brown-Séquard es un sabio parisiense, un profesor del Colegio de Francia, una persona formal, un anciano venerable.

Es decir, tanto como venerable...

¿Venerarían ustedes á un anciano que, habiendo cumplido con exceso los sesenta, saliese por

ahí en busca de aventuras amorosas y emprendiese toda clase de conquistas, y, lo que es más grave, las llevase á feliz término y remate con toda la bravura y pujanza de un toro de seis años?

Esto causaría admiración ó envidia, pero no veneración.

Admiren ustedes, pues, y envidien á M. Brown-Séquard, sin perjuicio de banderilear á sus órdenes; porque si el hombre "torea," con tanto vigor á su avanzada edad, no quiere torear solo, sino que, por el contrario, su mayor anhelo se cifra en poner al alcance de todas las decrepitudes

il segreto per esser felice,

como cantan en *Lucrezia Borgia*.

M. Brown-Séquard ha comunicado solemnemente su descubrimiento á la Sociedad de Biología de París. Se trata de un elixir de larga vida. Compuesto, en virtud de una maceración en agua destilada de determinados órganos arrancados *sur le vif* á animales jóvenes, el milagroso licor—que podríamos llamar *consommé de criadillas*—se administra en forma de inyecciones subcutáneas, y unas cuantas de éstas, si no miente el sabio biólogo, bastan para rejuvenecer al viejo más cascado, devolviéndole, nén del sueño y el apetito, la plenitud de

sus fuerzas, de sus facultades y de sus... deseos.

En sí mismo ha experimenta-
do M. Brown-Sé-
quard todos es-



tos maravillosos
efectos; y como
sus dignos y res-
petables colegas han podido apreciarlo
así—y aquí me entrego yo á las más auda-

ces hipótesis, pensando cómo habrán podido apreciar positivamente aquellos sabios el "rejuvenecimiento", de su camarada—claro es que las felicitaciones llueven sobre el afortunado experimentador, y, á par de las felicitaciones, las demandas de nuevos y completos detalles acerca del portentoso elixir.

El animal á cuya costa—¿y á qué costa, *madame la lectrice!*—ha compuesto el biólogo parisiense su caldo regenerador, es el que paga siempre el pato en las experiencias científicas: el conejito de Indias.

¡Bendigámosle con fervorosa efusión!

Y eso que el descubrimiento de M. Brown-Séquard tiene mucho de satánico.

Además de que trastorna las leyes de la Naturaleza y enmienda la plana á Dios, echa abajo aquella invocación que hasta ahora dirigíamos al místico Cordero por haber redimido nuestras culpas con su preciosa sangre:

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi...*

Desde ahora diremos:

—Conejito de Indias, que aumentas los pecados del mundo...

¡Ah, conejo de todos los demonios! ¡Y qué bien dijo el que dijo que el diablo tiene cara de conejo!

• Este culto—metamorfosis moderna del de

Baal—va á tomar proporciones formidables; y si no fuera porque el día de mañana tendremos necesidad de apelar al elixir martínez-campista (restaurador quiero decir), sería cosa de que le declarásemos cruda guerra los que todavía no estamos, hoy por hoy, en el caso de buscar remedio á cierto género de necesidades.

Si entran las clases septuagenarias en la liza amorosa con los bríos que se atribuyen á M. Brown-Séquard, ¿quién resiste el empuje de semejante competencia?

El género se encarecerá hasta lo increíble, y si no se descubre otro elixir que convierta á las viejas en jóvenes lozanas, acabaremos muchos por maldecir el de monsieur Brown-Séquard.

Por otra parte, ya podemos despedirnos de llegar á ocupar un día los puestos que ahora tienen acaparados los señores mayores.

¡Cualquiera se atreve ya con Cánovas y Sagasta, ni con *Lagartijo* y *Frascuelo*, ni con ninguna otra de las diversas parejas de notabilidades de cada especie que aquí lo dominan todo, y que no ha muchos días señalaba en un artículo *Fray Candill*!

Volverá D. José Zorrilla á darse á conocer...

brotando como hierba corrompida
al borde de la tumba de un malvado,

y tendremos á D. Andrés Borrego capitaneando el elemento joven, y saludaremos á D. Alejandro Llorente con un *¡hola, pollo!*, y veremos á D. José Valero vuelto á la flor de su edad, y Gonzalo Mora tomará



nuevamente la alternativa... ¡y hasta volverá á cantar Dalmau!

En fin, que el portentoso descubrimiento

tiene muchos inconvenientes... para los que no lo necesitamos.

Por lo que toca á los que han menester de remozarse con el prodigioso *consommé de criadillas*, bueno será que no se hagan demasiadas ilusiones; porque aunque nadie niega que el sorprendente rejuvenecimiento de M. Brown-Séquard sea un hecho de toda evidencia, nadie puede, en cambio, asegurar que ese fenómeno se deba exclusivamente á las vísceras de los conejitos de Indias y á las inyecciones del consabido caldo.

Y el que lo asegure, con su pan se lo coma.

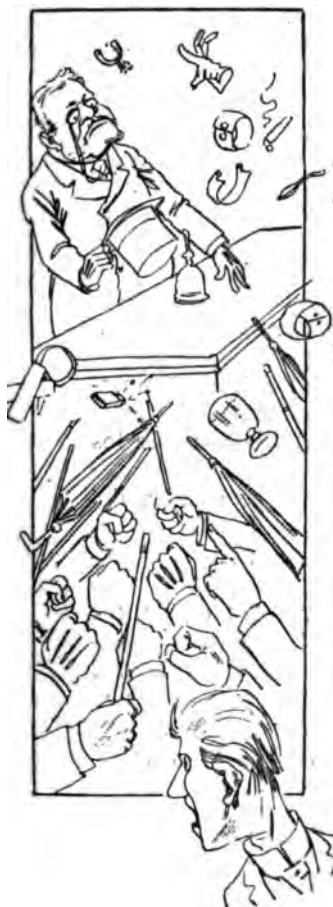
Es decir, se lo beba.

O se lo inyecte.

El descubrimiento de M. Brown, ¿será un *brownmaso*?

Junio de 1889.





La gran mojiganga.

No hay que reírse de la de París, ni hay que indignarse contra el *Gordo*, el *Gallo* y *La gartija* por haberse prestado á "estoquear" con un plumero toros embolados.

— ¿Qué idea — dicen los puritanos del arte — formarán los parisienses de nuestras corridas de toros viendo esas mojigangas?

La misma — se les puede responder — que formarían de la política

española asistiendo á los actuales debates del Congreso.

Con la diferencia, á favor de los toros, de que la impresión producida por el toreo cauto y casto de París puede modificarse con el espectáculo de una buena corrida de verdad, mientras en el otro redondel no hay más cera que la que arde (aparte de la que se llevan los sacristanes del poder).

Ante la gran mojiganga parlamentaria de Madrid, pierde todo su jocoso interés la gran mojiganga taurina de París; y es de notar que siendo la primera un remedo de la segunda, el plagio supera al original... en fuerza cómica.

Por de pronto, ¿no son los liberales embolados á quien se lidia en nuestro Parlamento bastante más entretenidos que los embolados de París?

Los de la Plaza de Toros se retiran del redondel apenas se lo mandan los cabestros. Esta docilidad engendra cierta monotonía.

Aquí ejercen de cabestros los disidentes conjurados (liberales que han perdido á manos de los conservadores los atributos más importantes de su virilidad política), y es de ver con qué terquedad y obstinación se niegan los embolados del Gobierno á dejar la arena.

—¡Al corral! ¡Al corral!—les dicen los cabestros, agitando el cencerro de la crisis.

Pero ellos se empeñan en continuar luchando, y ¡con qué éxito lucharían si en vez de estar embolados, y por añadidura resentidos de atrás, conservaran íntegras sus facultades y trajeran el sufragio universal á asta limpia!

¿Qué papel hace Cánovas en esta mojiganga?

El del *Gordo*.

Como el *Gordo*, trae aparejada "la gorda", siempre que torea.

Como al *Gordo*, le ha gritado España entera ¡*que se vaya!*, y, en efecto, ha hecho como que se iba, pero ha vuelto.

Como el *Gordo*, en fin, ha practicado en la mojiganga parlamentaria la suerte de dar el quiebro en silla.

Para ello, ha utilizado el sillón presidencial, puesto á su disposición por D. Cristino; ha clavado el par, hurtando el cuerpo al dar la fiera el derrote, y... ha quedado hecho trizas el sillón.

¿Y Martos?

Pues Martos, con toda su categoría de primer espada y todas sus pretensiones de maestro, no hace en esta función al estilo de París más que imitar al *Corito*, dando el salto de la garrocha.

Y como darlo, no lo da mal; porque su especialidad son los saltos, y ha ejecutado muchos y muy famosos, si no con gran limpieza, al menos con seguridad, pues siempre cae de pie.

Romero Robledo cifra toda su ambición en que se diga de él:

—¡Qué peón tan duro!

Capotazos por aquí, capotazos por allá; recortes y carreras; idas y venidas; cháchara y conversación...

No es precisamente un Juan Molina, pero se le parece bastante; sobre todo en lo de estar condenado á no formar nunca cuadrilla por cuenta propia.

López Domínguez y Cassola son las espadas... del plumero.

¿Qué es lo que hacen, en resumidas cuentas, sino "marcar," estocadas de mentirijillas?

En el trasteo (que tampoco es de los magistrales, porque estos diestros ignoran dónde tienen su mano derecha, ni menos su mano izquierda) parece que se van á tragar la tierra, y aun la luna para postre, y luego... todo queda reducido á un plumero.

¡Y si al menos quedara el plumero en el morrillo del embolado!

Pero no; eso, aunque de morondanga y bululú, tendría algún mérito, y en donde

“generalmente,, ponen aquellos generales el símbolo grato al general Bum Bum, es en la paletilla ó en el rabo.

¿Habrá, después de esto, quien murmure del *Gallo* ó del *Lagartija*?

Para que el parecido entre una y otra mojiganga sea completo, hasta picadores de pura apariencia tenemos acá.

Los honorables individuos de las minorías republicanas, hombres fornidos, de recia musculatura, expertos en la pelea, buenos jinetes y armados de temibles garrochas, hacen lucidamente el paseo, ganan pal-

mas, y después... se quedan entre barreras.

¡Lo mismito que en París de Francia!

Y como allí, hay aquí damas de uno y otro bando que se pelean en los tendidos, digo, en las tribunas; y como por allá, resulta también la fiesta demasiado cara por acá, y lo mismo que á aquélla, también asiste á ésta Ruiz Zorrilla desde un palco.



Con lo cual quedaría concluído el paralelo, si no fuera porque tengo que contestar á esta pregunta, que ya estoy oyendo á muchos de mis lectores:

—Y á Castelar, ¿qué papel le da usted en la fiesta?

El gran tribuno, como las barbianas de los pañuelos de Manila, contribuye con su espléndida oratoria de flores, pájaros y chinos, bordado todo ricamente de mil colores, al lucimiento, brillantez, variedad y pintoresco carácter de la gran mojiganga.

Julio de 1889.





EL PAPA EN VALENCIA

Voto á diez (y no digo voto á Dios, por no echarlo tan redondo al comienzo de un artículo cuyo asunto anda estrechamente emparentado con la Iglesia) que me pasma el proyecto atribuido á la Santidad de León XIII, y que me espanta su grandeza

y que diera un doblón por describilla,

ó al menos por llamarme Rafael María Liern y componer un sainete bilingüe con el título que llevan las presentes líneas, ó

con el de *El Papa Lleó en Rusafa*, si se le quería dar más carácter.

Y no es que el presunto y posible traslado de la Santa Sede á Valencia no merezca salvas más nobles y honras más altas que las del sainete.

Si la ciudad del Turia tuviera hoy otro Jerónimo Sampere como el autor de la *Calorea*, podría alborozarse con la esperanza de una *Leoneida* ó *Leoniada*; pero los tiempos de la epopeya han pasado, la augusta trompeta de Caliope sólo sirve para las señales de la Plaza de Toros, y el altivo coturno ha cedido definitivamente su puesto al humilde zueco, ó, si se quiere, alpargata, ya que tratamos de Valencia.

Por eso, el asunto no puede usurparse al neto y legítimo dominio de los populares autores de *El que fuig de Deu*, *Matasiete Espantavuit*, *El tonto del Panerot*, *Un fransés en Almasera*, etc., etc., á alguno de los cuales ya estoy viendo componer, con gran regocijo del "ilustre senado," *Un Concili en l'Albufera*, *Cacahuets para el Pontífice* y *El Grao, sucursal del cel*.

¡Qué tres títulos!

Se los regalo á aquellos ingeniosos saine-
teros para que vayan "preparando la opi-
nión," de sus paisanos, mientras yo, reco-
giendo mi espíritu, me entrego á hondas

meditaciones acerca del hecho trascendentalísimo que tan nuevos horizontes abre á nuestro amor propio nacional.

Teníamos ya la Iglesia Católica Apostólica Española, fundada por el Sr. Menéndez Orra en Santander, perseguida allí por algunas autoridades de cortos alcances, y autorizada al fin por sentencia firme del Tribunal Supremo —*jexcusez du peul*;—pero esto más era para asustarnos que para envanecernos.

Dicha la misa en castellano por el Sr. Menéndez Orra, las aficiones regionalistas, y aun particularistas, estaban á punto de asomar la cabeza, y dentro de poco hubiéramos tenido el ritual en gallego, en catalán, en vascuence, en valenciano, en tagalo, y hasta en *bable*; sin contar con que también hubiera salido algún compatriota y colega del Padre Gago diciendo misa en caló, con arreglo al Evangelio de *Bajaró* Lucas.

Gracias á Dios (*Deu*, en Palafrugell, y *Jaungoicoa*, en Zumárraga) esa anarquía que nos amenazaba se ha impedido y remediado á tiempo, con solo el anuncio de la probable mudanza del domicilio pontifical.

Tendremos para contentamiento de todo el mundo, la Iglesia Católica Apostólica Valenciana, y nadie alzaré el gallo (*nemo*

levabit gallum, que dijo el Idiota); porque si á los católicos no españoles lo mismo se les da de Roma que de Valencia, no creo que haya en España región ni lugar que se atreva á querer para sí con mejores títulos el favor dispensado por el Padre Santo á la ciudad de las flores y las palmas, ó como dirá ahora algún volteriano, de los naranjos y los melones.

Ni siquiera Illueca, en la provincia de Zaragoza, podrá disputar ese honor á Valencia; pues si bien es patria de Benedicto XIII, este Papa fué depuesto al cabo por sus alardes de testarudez aragonesa, mientras que Calixto III y Alejandro VI, valencianos los dos, murieron en Roma tan beatísimos y santísimos "legalmente," como el mismo San Pedro y el propio San Lino.

¡A ver quién quita esa gloria al país de los *roders*!

Y digo de los *roders*, porque, desgraciadamente, la vida de aquellos dos distinguidos Borjas se acerca á la conducta de estos modernos *struggle-for-lifeurs* (como diría Alfonso Daudet) muchísimo más que á la de los mártires y confesores, vírgenes y patriarcas.

¿Se habrá atendido León XIII á estos antecedentes históricos para fijar sus miradas en Valencia? ¿Querrá, con su augusta presen-

cia, borrar aquellos timbres de ignominia y baldón?

En todo caso, agradezcamos sus designios.

Ahora ya no tendría pretexto el impío Enrique Heine para decir, como dijo al pisar el fresco recinto de una catedral en un riguroso día de calor:

—¡Gran religión... para verano!

Instalada en Valencia la Santa Sede, la religión católica será excelente para todo tiempo.

Para invierno, por la incomparable suavidad del clima; para primavera, por las flores de Mayo; para verano, por la horchata de chufas, y para otoño, por las sandías, que son verdaderamente *boccato di cardinale*, y que por una sabia previsión de la Naturaleza, llevan ya en sus carnes los colores de la púrpura cardenalicia.

Pues ¿y las mujeres?

Famosas son las de Roma; pero la mejor de las trastiberinas no sirve para descalzar á la más modesta valenciana.

Ya habrá habido en la corte papal alguien (seglar, por supuesto) que haya cantado con ó sin música de *La gallina ciega*:

Las mujeres que hay allí
en otra parte no hallarás;



mucho valen las de aquí,
pero aquéllas valen más.

Claro es que nada de esto reza con quien lleve hábito negro, morado, rojo ó blanco. Lo consigno solamente, porque es bien figurarse á tan excelsa representación como la del Sumo Pontífice rodeado de todas las excelencias y perfecciones de las obras de Dios.

Yo soy un vil pecador, y me edifico con sólo pensar en tal espectáculo. Desde que corren estos vientos, hago todos los días mis devociones ante una horchatera... Y la llamo yo *la Vaticana*.

Tampoco tardaremos mucho en tomar el agua de cebada como quien toma agua bendita; y en decir *el arrozal*

CHATERIA Y ALPARGATERIA
OVEEDORA DE S. S.



del Señor, en vez de la viña del Señor; y en no hablar de la nave de San Pedro, sino



de su tartana; y en sustituir el incienso con la pólvora.

En vez del *ite, missa est*, se disparará una traca; en lugar de *maitines*, se canta-

rán *albaes*, que vienen á ser lo mismo exactamente; y el *Te Deum* será reemplazado por la jota.

Por la jota valenciana, se entiende; pues según cantaban hace poco, con asombro y estupefacción del público, en no recuerdo qué revista de no sé cuál teatro:

En Aragón
la jota sale del corazón;
pero en Valencia
sale la jota de la conciencia.

Véase por dónde el autor de esas peregrinas averiguaciones había presentado que la suprema dirección de las conciencias iba á trasladarse á orillas del Turia, y que, por ende, la jota valenciana iba á tomar carácter ascético y devoto.

En su próxima revista dirá el autor de la copla citada que para comer *paella* y *butifarrons*, hay que confesarse previamente.

Concluyamos.

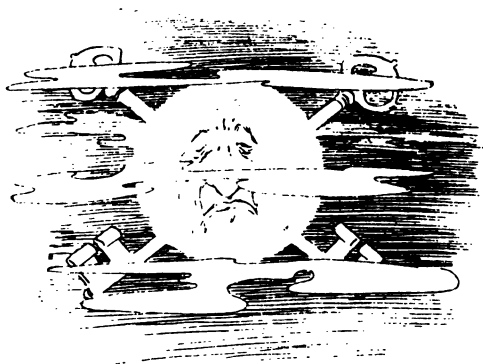
Víctor Hugo, en su poema *El Papa*, presentaba al Vicario de Cristo abandonando la Roma de los Césares y dirigiendo sus pasos hacia la cuna del Cristianismo, hacia la vieja y sagrada Sión, en cuyos umbrales le hacía exclamar (si no recuerdo mal el texto):

Je prends Jerusalem et je vous laisse Rome.

Pero el actual Pontífice, más práctico que el gran lírico francés, ha entendido las cosas de otro modo, y ha comprendido que la manera más gráfica, expresiva, punzante é irrefutable de mostrar al orbe cristiano su situación, consistiría en decirle desde la hermosa ciudad ganada á los moros por el glorioso rey D. Jaime:

—¡Hijos míos, me he quedado á la luna de Valencia!

Julio de 1889.





EL ANTÍFONO

SEPA ante todo el Sr. Mansi que el antifono no es el macho de la antifona.

—Y ¿qué es antifona?— preguntará probablemente el Sr. Mansi.

Antífona “es el versículo que se canta en el Oficio divino antes y después de cada salmo.”

—¿Y antífono?

Antífono es el nombre que se ha dado á un *artefacto*—como dijo Rojo Arias del corsé—inventado para producir la sordera artificial, transitoria y voluntaria.

He leído esta noticia en un periódico parisiense, dada así, en seco—como si no se tratara de una invención de honda trascendencia,—y he lamentado muy de veras que el diario francés no consigne el nombre del inventor, para alabarle, y ensalzarle, y bendecirle, cual merece tan alto bienhechor de la humanidad.

¡Y cuenta que en el escalafón de la sordera tengo derecho al empleo de teniente, debiendo, por consecuencia, reservar mis alabanzas y bendiciones para el inventor de un medio seguro y eficaz que devolviese á los sordos el uso del oído!

Hasta *de* ahora (ya ve el Sr. Mansi que sigo teniéndole presente) todos los esfuerzos de los inventores se encaminaban al hallazgo del precioso instrumento acústico; pero al fin ha surgido un hombre de genio que ha vuelto la oración por pasiva, inspirándose quizá en el dramático problema de *La trompa de Eustaquio*:

—¿Qué es peor? ¿No ir nada, ú oír demasiado bien?

El dejar de oír es en mil y mil ocasio-

nes mucho más consolador, satisfactorio, halagüeño y necesario que el sentir crecer la hierba, según la locución con que vulgarmente significamos la suprema finura auditiva.



No hay peor sordo—dice el refrán—que el que no quiere oír (y por cierto que más lógico y racional sería llamarle el mejor sordo, y no el peor); pero ¿basta, por ventura, la voluntad en ciertos momentos?

Dígalos el que se sienta ante su bufete, dispuesto á despachar un trabajo de urgencia y de interés, y le acomete el horrisono

tutti de un organillo callejero, una riña de canes, una gresca de chicuelos, el golpear del hojalatero de la esquina y el repicar de las campanas de la parroquia.



Se puede dejar de ver, con sólo cerrar los ojos; dejar de oler, con sólo taparse las narices, y así de los demás sentidos; pero el del oído es tan tiránico, que no bastan contra sus fueros los dedos llevados á las orejas, ni las bolitas de algodón en rama.

Esta deficiencia, ó, si se quiere, superabundancia del oído, no se padece en

otros planetas, donde los hombres oyen y dejan de oír á voluntad, según nos cuenta Camilo Flammarión con mucha formalidad en su entretenido libro *Lumen*.

Aquí abajo, en nuestra modesta naranja achatada por los polos, estábamos todavía

como en los tiempos de la *Odisea*, cuando el sagaz Ulises tapaba los oídos con cera á sus compañeros para librarles de encantamientos peligrosos.

¿Necesitaré enumerar los servicios inmensos que viene á prestar el antifono?

En el gabinete de estudio, para el que quiera aislarse de todo ruido; en el seno del hogar, para el que quiera ahorrarse repri-mendas y reconvenciones; en la calle, para evitar los ruidos molestos; en el teatro, para dejar pasar las escenas desagradables; en la Plaza de Toros, para librar á los lidiadores de las silbas y las injurias; en el Parlamento...

¡Oh! En el Parlamento, sobre todo, el uso del antifono se impone.

No es la mayoría del actual Congreso quien más necesita del antifono; porque ha probado y prueba que sabe oír las invectivas de los conjurados y los conservadores com o quien oye llover.

Para estos otros es más bien el feliz invento del anti-acústico.

¡Ah! ¡Si el Sr. Cánovas hubiera ido á Zaragoza y á Sevilla, y hubiera regresado á Madrid provisto de su buen par de antifonos!

¡Ah! ¡Si el Sr. Martos hubiera dispuesto de tan útiles chismecillos el día del gran desacato!

Otros rumbos y giros habría tomado la política de la Restauración; porque ¿qué vale el espectáculo de brazos que se agitan y bastones que se enarbolan, junto al cruel silbido y al injurioso apóstrofe, que hacen hervir la sangre y la envenenan?

El antífono llega tarde para Cánovas y Martos; pero viene á tiempo para nosotros.

Ahora... ¡que hablen ellos cuanto quieran!

Julio de 1889.





Al paso que llevan las cosas—ó por mejor decir, las personas,— el día menos pensado va á haber

que sacar á pública subasta este antiguo caserón que se extiende desde Machichaco hasta Gata y desde Creus á Finisterre, y que tiene por pared medianera los Pirineos.

¿Habrá quien quiera cargar con él, después del tenaz empeño que ponemos los españoles por declararlo inhabitable?

Aquí, donde todas las razas han venido á pasar sus temporaditas, como en un *hotel garni*, puede temerse todo, menos quedarnos sin sucesores en el dominio de la finca; pero, francamente, hace falta mucho y desordenado afán por ser casero, para quedarse con esta vieja mansión solariega que un

tiempo defendíamos al grito de *¡Santiago, y cierra España!* y que hoy no nos hace decir más que *¡Ahí queda eso, y sálvese el que pueda!*

La emigración, que siempre fué habitual en los españoles—como compensación sin duda de haber sido favorecidos con las inmigraciones de toda la humanidad—va cobrando de día en día tal auge y crecimiento, que así como el clásico no hallaba á Roma en Roma, dentro de poco será más difícil encontrar en España un español, que un eslavo en Eslava.

Esto se va, y no por la posta, como se decía antiguamente (porque semejante género de fugas no prevalece ya más que en los dominios de Mansi), sino por los vapores-correos de todas las compañías transatlánticas nacionales y extranjeras.

El que quiera estudiar nuestro país tiene que estudiarlo á bordo.

¡Con qué razón se aseguraba que debíamos ser, ante todo y sobre todo, una potencia esencialmente marítima!

Somos, en efecto, un pueblo al agua.

Entretanto, la nave del Estado se queda en seco, y la monarquía española está gravemente amenazada de convertirse en una monarquía de secano.

¿Será ésta otra compensación (y van dos)

de lo mucho que nos ha "mareado," antes de ahora, y de su tenacidad por traernos agua al cuello?

No pasará mucho tiempo sin que los enemigos del trono vean realizado su ideal por



un procedimiento más semejante al evolucionista que al revolucionario. Este procedimiento, que dejará al rey de las Españas sin un solo súbdito

que pueda decir que es suyo,

es el procedimiento de la "evolución eliminativa."

Yéndonos unos á buscar en extranjero

suelo la comprobación del adagio romano *ubi jus, ibi patria*, y muriéndose otros de hambre por no atenerse al refrán que dice: *No con quien naces, sino con quien paces*, habrán dejado á la monarquía ibera en disposición de que le canten los salmistas el *Quomodo sedet sola*.

Verdad es que por este camino sucumbe la nación antes que el régimen vigente; pero la misión del cronista consiste en registrar hechos, y no en señalar remedios.— ¡Libreme Dios de meterme á terapeuta político! ¡Lo hacen tan mal todos ellos!

Además, en las dolencias que aquejan á España, es completamente inútil el arte de recetar... El de operar es el que se impone.

Mientras en las masas emigrantes de estos últimos años no han figurado más que pobres diablos, *va-nu-pieds*, gente de fila, carne de cañón, toda la alarma se ha reducido á algunas estériles declamaciones de la prensa, siempre las mismas y con sujeción á la misma pauta; á algunas "medidas gubernativas," tan eficaces y prácticas como la de pedir unas memorias (¡devuélvanselas ustedes de mi parte!) á los gobernadores de provincia, y por fin de cuenta, á tal cual página literaria de D. José María de Pereda, para provecho del espíritu, ya que no del cuerpo maltrecho y desfallecido de la patria.



Pero ahora que trasciende á clases más elevadas la manía de emigrar—y hago mal en llamarla así, porque la verdadera manía consiste en obstinarse en vivir donde la vida no es posible;—ahora que dentro del inmenso rebaño de bisontes empiezan á destacarse figuras conocidas, y se sabe de gran muchedumbre de comerciantes, abogados, ingenieros, arquitectos, médicos y periodistas que dejan “esto,” y se van “allá,” la cosa varía de aspecto y hasta los más irreflexivos preguntan como el abate Gaume, aquél de los folletos ultramontanos:

—¿Adónde vamos á parar?

Vamos á parar—ó, mejor dicho, hemos parado—en que ya no es sólo el proletario sin pan quien va á buscarlo en las tierras de América, sino también el hombre de carrera y de regular iniciativa; en que ya no son el hidalguillo perdulario ni el aventurero audaz los que se despiden de usted en el café ó en el Casino para Buenos Aires y Montevideo, sino amigos formales y camaradas distinguidos que en la lucha por la existencia habían logrado señaladas victorias, despertando manifiestas envidias; y, finalmente, en que se nos cae la casa á cuestras.

¡Se ha lucido el casero!



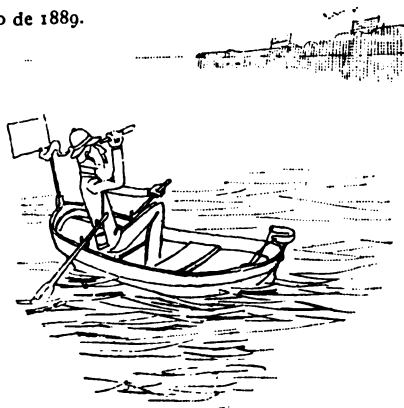
Esta es la moraleja, y lo siento por las venerandas instituciones que nos tienen por inquilinos; pero no hay otra enseñanza que deducir de la situación que nos atraviesa de parte á parte, porque lo que es nosotros, maldito si somos los que la atravesamos.

La desertión ha contaminado ya desde la clase media hasta la aristocrática, y todavía sería posible, si llegara el caso de abandono y soledad que he indicado en mi teoría de la "evolución eliminativa", que hubiera quien siguiese el augusto ejemplo de don Carlos de Borbón, cuando fué á Méjico en busca de una contrata por el estilo de las de Machío, el *Gallo y Cuatro-Dedos*.

Lo dicho. Todo es de temer al paso que llevan los sucesos, y lo menos extraordinario que puede ocurrir es que un *beau matin* aparezcan nuestras costas y fronteras llenas de cartelones que digan al viandante europeo:

Esta península se alquila.

Julio de 1889.





PROGRESOS DE LA VILLA Y CORTE

- ¡Adiós, amigo Soleta!
- ¡Adiós, amigo Bonetel!
- Está usted hecho un mozalbete.
- Gozo de salud completa.
- ¿Qué tal la de usted?
- Así, así.

—¿Y el humor?

—Aún tengo gana
de echar al aire una cana,
corriéndola por ahí.

—En efecto, la otra noche
creí verle en la verbena...

—¿En la de la Magdalena?

—Y con una moza en coche.

—¿Moza? De eso no hubo nada.

—No lo niegue usted, amigo;
fui testigo.

—Cuando digo
que no hay tal moza... Es casada.

—¡Qué pirata! ¡Vaya un flete!

—¡Nada de piraterías!

Son tan solo cosas más...

—Ya, ya. Cosas de Bonete.

Lo que extraño es cómo usted,
que no es ya ningún muchacho,
se exhibiera sin empacho
ni recelo...

—¿Y á mí qué?

¿No era verbena?

—Y flamante.

—Pues nada más procedente
que estrenarla alegremente.

¡No me "achiqué," ni un instante!

Mi cochero, un pendenciero,
riñó con otro simón;
fueron á la prevención,

y me quedé sin cochero.

Estaba allí la mitad
de Madrid. ¡Qué de empujones,
y gritos, y pisotones!
¡Y qué olor á humanidad!

En la calle de Pelayo
alterné con unos "curdas",...
—(¡Diversiones más absurdas!)
—...Y casi hubo un Dos de Mayo.

Porque uno metió la pata,
y mi niña se "abroncó",
y hubo un belén de "mistó",...
En fin, Soleta, una "lata",
Pero yo me divertí.

¡Los buñuelos que tragué!...
¡El "mollate", que "pimplé"!...
¡La "cogorza", que cogí!...

Para eso son las verbenas,
uso antiguo y venerando
de un pueblo en que van quedando
tan pocas costumbres buenas.

Esto es lo tradicional,
lo castizo...

—Lo vetusto,
lo grosero y de mal gusto.

—No, señor: ¡lo nacional!

—El oírle á usted me irrita...

—¿No aplaude usted á los ediles
que han dotado á los Madriles
de una nueva verbenita?

—Yo reservo mi corona
para más cultos inventos.
—¿Para los Ayuntamientos
al uso de Barcelona?
A aquél no bastan caudales,
y en su *megalomania*,
tragarse á España querría,
y al mundo y sus arrabales.
—Pues aplaudo su ambición;
y lo mismo hace el país.
—¿Barcelona es un París?
—¿Madrid es un Alcorcón?
—La idea ha sido acertada,
cual no habido otra quizás.
—Sí; para los que hacen las
rosquillas de Fuenlabrada.
—¿Por qué no, si las venera
toda la gente castiza,
cuya honda fe simboliza
la clásica tía Javiera?
—Esa imagen es muy fiel.
Así estamos de atrasados...
Lo que es comiendo "torrados",
no se hace la torre Eiffel.
—Pues, ¿y el "churro"? Lo confieso,
y el decirlo no me arredra;
diz que el del carbón de piedra
es el olor del progreso,
pero lo que es yo, maldito
si lo aguanto. Otro es mejor...

¡Viva España! ¡No hay olor
como el del aceite frito!

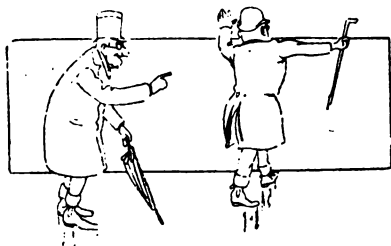
—Bonete, me da usted pena.

—Soleta, si hace lo que hago,
le irá bien. Hoy es Santiago.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Pues que hay verbena!

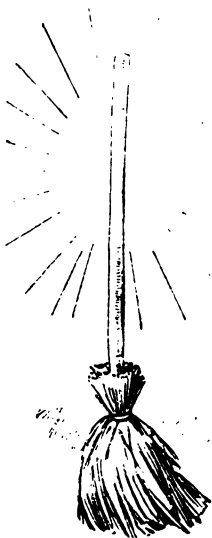
Julio de 1889.







IN HOC SIGNO VINCES



¡Pobre *Jota-Jota*, como llamábamos al simpático Juan José Jiménez Delgado todos sus amigos y conocidos, es decir, Madrid entero!

Fué un Precursor (así, con P mayúscula), y lo mismo que su tocayo el Bautista, anunció los tiempos de la Cruz; él preludió y preparó los de la Escoba (con mayúsculas todo ello), dando la gran fórmula de la época moderna en aquel su inconsciente dístico

Hay que barrer mucho,
y hay que barrer bien,

por el cual será más famoso ante la posteridad, que por todos cuantos versos compuso á sabiendas.

Esa frase ha de ser para la ciencia sociológica y sus aplicaciones lo que fué para Colón su famoso huevo; lo que fué para Newton su célebre pera.

Voz profética fué la de Jiménez Delgado, y llegó al fin el cumplimiento de la elocuente profecía. El Ayuntamiento de Madrid va á ser barrido... La escoba empieza á cumplir su regeneradora misión. Cuando los nuevos ediles tomen posesión de los edificios municipales—previas las precauciones aconsejadas por la higiene—deben ver inscrita en letras de oro, á la entrada del salón, la frase de Jiménez Delgado, así como en la casa consistorial de Toledo se lee aquello de

Pues habéis de ser pilares
de estos riquísimos techos,
estad firmes y derechos;

ó lo que dijere el rótulo, que no lo recuerdo á punto fijo.

¡Oh redentora y sacrosanta Escoba (siempre con E mayúscula)! ¡Adoro en ti como adoraba el jacobino en la Guillotina, y casi casi como adora el cristiano en la Cruz!

Ducazcal habló un día en el Congreso de

un maestro de escuela á quien encontró en la calle de Alcalá empuñando la escoba y vistiendo el uniforme de los franco-tiradores de Zozaya.

—¡Qué escándalo!—gritaron las gentes cortas de vista y alcances.

¿Por qué?

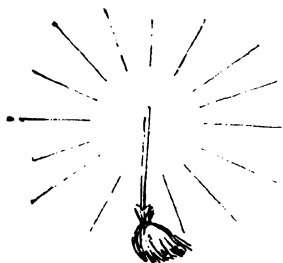
En vez de absurdo y abominable, hallé el caso tan lógico y ejemplar, y me pareció que semejante acto (aun realizado por necesidad, y no por vocación ó convicción) respondía á un conocimiento tan perfecto de la sociedad actual y de sus necesidades, que escribí un artículo en *Los Madriles* para ensalzar al maestro convertido en barrero y declararlo más grande, al tirar palmeta y coger la escoba, que lord

Byron en el poema de Núñez de Arce, al arrojar la lira y empuñar la espada.

La espada—decía entonces—no sirve ya más que para matar toros, y la palmeta no la usan sino D. Manuel Cañete en sus críticas y D. Antonio Cánovas en sus discursos.



He ahí, con *Lagartijo* y *Frascuelo*, los únicos "maestros," que nos quedan.



Ante un pueblo que no lucha y una sociedad que no aprende, la espada y la palmeta tienen que ceder el puesto á otros símbolos (ahora que lo simbólico está de moda); y para expresar la necesidad de quitar de en medio los restos de tantas cosas como caen, deshechas y putrefactas, no hay como la bendita escoba.



Por fin, la vemos "funcionar," y al contemplarla, vengadora y saludable á la par, surgir y erguirse enfrente del Ayuntamiento de Madrid, me inclino ante ella con el respeto del emperador romano al aparecersele en los aires el símbolo cristiano rodeado del mágico letrado:

In hoc signo vinces.

Si hay algún español á quien se le señale en sueños su misión providencial y se le signifique su victoria con algún símbolo como

el de Constantino, tengo por cierto que ese ha de ser el que ahora se alza ante la Casa de la Villa.

¿Se detendrá ahí la regeneradora acción de la escoba?

De su eficacia "en todos los terrenos," responden ciertos versos célebres de Manuel del Palacio, en donde se ve que la escoba da en ocasiones mucho mejor resultado que el cañón.

Y de su "honorabilidad," da fe la historia antigua, haciéndonos saber que en el templo de Apolo, en Delfos, el acto de barrer constituía nada menos que una ceremonia sagrada, efectuada por los mismos sacerdotes con unas ramas de cedro.

Hemos vuelto, pues, á los tiempos clásicos, y el barrendero puede exclamar, sin temor de que le desmientan los hechos ni los hombres:

—Hacemos más que cumplir una misión... Ejercitamos un sacerdocio.

Pero ¡ay, que lo sacerdotal se presta á sobrados abusos, y ni aun la escoba, con ser principio y origen de toda pulcritud, está libre de ser mal empleada!

¿Acontecerá con ella lo que con la "piqueta demoledora," de que tanto han abusado los demagogos en estado de lactancia y los reaccionarios en estado de chochez, y en la

cual hemos dejado de creer desde que hemos visto á los grandes demoleedores convertidos en simples *fournisseurs* de ripio y cascote para uso de retóricos parlanchines?

Rechacemos los asaltos de la duda y entreguémonos á las dulzuras de la fe.

Creemos en la escoba, y bendigamos su aparición en el presente instante; que tiempo quedará para averiguar si los que la empuñan ahora con tan saludable energía, intentan sencillamente... barrer hacia adentro.

Agosto de 1889.



LO QUE TOCAN SS. MM. Y AA.



Leyendo hace pocos días un periódico parisiense (y perdone el obispo de Madrid que prefiera la lectura de *L'Événement* á la de *El Movimiento Católico*) encontré una noticia de soberano interés.

¡Y tan soberano!

Se refiere á los méritos que en el cultivo de la música poseen los individuos más conspicuos (adjetivo de moda) de las casas reinantes en las naciones que todavía disfrutan el incomparable, aunque costoso,

privilegio de vivir bajo el régimen monárquico.

Hay por esos mundos de Dios cada rey, y cada reina, y cada príncipe, y cada princesa, que si se "echaran al redondel," á demostrar en público sus habilidades, dejarían á más de cuatro famosos profesores—incluyendo á Escríu — en disposición de decir:

—Puesto que se nos deja sin instrumentos que tocar, ¡vengan cetros que empuñar!

La reina Victoria (*Her Gracious Majesty*, como la llamamos los íntimos) es, según cuentan, una habilísima organista. Su hija la princesa Luisa no está á menor altura en este ramo del "saber musical."

¡Y véase lo que son las cosas, es decir, los instrumentos!

Mientras la reina Victoria y la princesa Luisa se dedican al más místico y religioso de ellos, ¿cuál dirán ustedes que toca el príncipe de Gales?

El *banjo* de los negros, y con tal destreza, que no hay en los circos clown que le iguale, excéntrico que le emule, ni *minstrel* que le supere.

(*Cant* inglés y seriedad británica, á cinco libras esterlinas el metro.)

La princesa de Gales se dedica al piano.

El duque de Edimburgo, al violín; sin olvidar el

dulce meneo de las cantimploras,

como dijo el clásico.



Y el duque de Connaugh, á la flauta; ese barquillo relleno de la repostería musical, como dijo también otro clásico... en su clase.

Con estos suaves y pacíficos gustos de la familia real inglesa, contrastan los estrepi-



tosos y violentos del Zar, ó *Tsar*, que decimos los rusófilos.

Alejandro III hace las delicias de su corte

con el cornetín de pistón. Quizá proceden de ahí sus simpatías por Francia... Sabido es que no ha habido maestro en ese género como Mr. Arban.

Afortunadamente para los *virtuosi* del *Ramillete*, el *Ellseo Madrileño* y el *Liceo Rtus*, Rusia cae lejos. De otro modo, nuestros héroes del cornetín de pistón corrían grave peligro de verse suplantados cualquier día por el gran autócrata.

La emperatriz de Austria es una de las pocas mujeres que tocan la *sither*.

—Y ¿qué es la *sither*?—dirá el curioso lector.

Yo no lo sé á punto fijo, porque así me he encontrado esa palabreja, y así la dejo; pero digo yo que será algo así como una bandurria.

¿Y si, en vez de bandurria, es un violón?

Se lo preguntaré á Romero Robledo, tocador de lo mismo, que se dedica ahora á poner en solfa á las augustas "parientas," de la referida Emperatriz.

El rey Jorge de Grecia tiene aficiones análogas á las de su cuñado el príncipe de Gales. Al descendiente de Agamenón le da el naípe (y esto del naípe no lo digo porque el "interesado," sea griego y se llame Jorge) por las campanas, las copas, y otras *martingalas* musicales de igual género.

La reina Isabel de Rumania es una gran harpista; así, con *h*, para que no se figuren nuestros académicos que se trata de una vulgaridad.

Y ya que hablamos de Isabeles, no debemos olvidar los filarmónicos españoles que Isabel II recibió en otro tiempo con mucho aprovechamiento las lecciones de piano del ilustre maestro Arrieta, y que la infanta Isabel, competentísima en materias musicales y verdadera profesora, dirigió hace poco en la Granja la banda de música del regimiento de Saboya.

La más peregrina de todas las habilidades musicales que voy enumerando es la del príncipe Enrique de Battenberg, que hace maravillas pasándose por los dientes un pedazo de marfil cubierto con un pedazo de tela finísima.

¿No es esto, como si dijéramos, *roer un hueso* aristocráticamente?

Al fin y al cabo, es lo que hacen casi todos los reyezuelos y principillos de Europa.

Como se ve, podría formarse una sociedad de concertistas regios, ungidos del Señor, que harían seguramente las delicias de los pueblos de un modo harto más eficaz que representando oficialmente á Dios en la tierra.

Ni siquiera faltaría en este concierto de

majestades el indispensable y simpático *niño del tambor*.

El ejemplo bíblico del rey David, el clásico del emperador Nerón y el más moderno de Federico de Prusia, que se encogía de hombros cuando le hablaban de la bata'la de Rosbach y deliraba por que le aplaudiesen como flautista, son tradiciones y ejemplos que no echan en saco roto los reyes y príncipes de la época presente.

Ya no son aficionados platónicos, como el emperador Carlos V, que increpaba en plena iglesia al fraile que desafinaba en el coro; ni como Fernando VI, fanatizado por el famoso Farinelli; ni como Carlos IV, que hizo á Godoy cuanto hay que hacer por los méritos de su preciosísima guitarra; ni como el rey Luis de Baviera, que se echó en brazos de Wagner, presa de la melomanía, y acabó por tirarse á un estanque de cabeza.

Los de ahora son aficionados prácticos y ejercientes; y á fe que si perdieran sus coronas—y sobre todo sus ahorros—se encontrarían ciertamente en mejor situación que el Lorenzo XXIV de *La Mascota*, reducido



en el último acto á ir tocando el organillo de puerta en puerta.

Conste, por lo demás, que no es en clase de pianistas, ni organistas, violinistas, flautistas, campanólogos, etc., etc., como se distinguen los soberanos europeos.

Lo que tocan más soberanamente es:

- 1.º El violón;
- 2.º Las consecuencias;
- 3.º El cielo con las manos.

¡Lástima que, antes de llegar á esta última perfección en su arte, cuesten tan caros al auditorio!

Septiembre de 1889.





EQUIPOS DE INVIERNO

TODA persona conocida—es decir, toda persona cuyo nombre figura en el *Anuario* de Bailly-Baillièrè, en los libros del censo electoral y en los registros parroquiales—recibe á entradas de invierno y de verano un Catálogo del *Printemps*, *Bon Marché* ó de otros establecimientos análogos, en donde se anuncian las “altas novedades,” propias de la estación, que la casa pone á disposición del respetable público.

Este sistema de anuncios con que el comercio moderno hace retroceder hasta los tiempos del Zend-Avesta la rancia sentencia *El buen paño en el arca se vende, va*

desarrollándose hasta el extremo de que el primer Catálogo anunciando géneros de invierno que ha llegado ahora á mis manos, no ha sido el del inevitable *Printemps*, del *Bon Marché*, etc., sino el de otra casa de París dedicada únicamente á vestir... perros.

Como yo no los uso más que en forma de calderilla—y aun de éstos, pocos—estuve á dos dedos de enfadarme, por si el envío á mi nombre de semejante Catálogo era un procedimiento “delicado,” é “ingenioso,” para darme la alternativa de can, ahora que la ley y usanza general en las polémicas lite-



rarias consiste en un amenísimo cambio de nombres zoológicos, como los de *podenco*, *avestruz*, *puerco*, *cernicalo*, *sapo*, *víbora*, *gallina*, *penco*, *buey*...

Pero en vez de enfado, lo que sentí fué un cierto halago en mi vanidad, pues se me supone capaz de gastar un dineral en ataviar un danés ó un *king Charles*; y á par de esa aura halagüeña, experimenté también una cierta melancólica envidia—como la de Escriú, cuando decía en *Los Madriles*: “¡Quién fuera caballo!”—por no estar en condiciones de disfrutar, *yo mismo*, de las maravillas de elegancia y comodidad que se anuncian en el tal Catálogo.



No citaré el nombre de la casa, por no hacerle un reclamo; pero de sobra sabrán cuál es los favoritos de la fortuna, los que, después de satisfacer todos sus caprichos, pueden permitirse el de comprar á su galguita, á su lebel ó á su *bulldog*, el traje de visita llamado *Gentleman*, el *waterproof* denominado *Princesa de Gales*, ó el collar á lo D. Francisco de Asís.

Ya llegaremos á este collar, que es en su género el "acabóse."

Antes de hablar de él, quiero hacer rabiarse un poco al proletario y al pobre de levita — porque ya me guarda-

ré bien de plagiar á estas fechas las declamaciones de *El trapero de Madrid* y de las novelas de Ayguals de Izco—haciendo saber al trabajador que empieza á sentir el frío y no sabe cómo desempeñar su triste capa, que la última moda en trajes "de visita," para perros, consiste en un precioso gabán de paño rojo con vueltas de terciopelo negro, y que durante el próximo in-



vierno "no se llevará," para paseo más que el *Demidoff*, de auténtico astrakán con guarniciones de *petit gris*.

Ambos "trajes," son, según el Catálogo, *des créations délicieuses*.

Deléitense, pues, con esas noticias (sin perjuicio de renegar de la creación, ya que no de las *créations*) las infelices madres, que están sin saber qué poner á sus hijos para combatir las inclemencias del tiempo, y consuélense pensando en que no andará el mundo tan mal arreglado cuando hasta los perros tienen ya á su disposición cómodos y abrigados batines para ir por casa, de estilo Poole, y excelentes impermeables ingleses... ¡con capucha y todo!

Esto de la capucha es una nota altamente cómica; y sin embargo, se me antoja que no impedirá á muchos "rabiarse de celos aparte," y entrar en ganas de hacer con el primer *dandy* canino que hubieren á la mano lo que hace el protagonista de *El Calvario*, de Octavio Mirbeau, con el perro de su querida, al cual halla durmiendo en su camita de verdad, con sus sábanas de batista, y su cubierta de raso azul, y su edredón... Cogérlo y estrellarlo contra la pared.

Si viviera Alberto de Glatigny, ó quien sea el autor de *La levrette en paletot*, ¡qué sangrienta y sarcástica segunda parte po-

dría poner á aquellos versos, á cuyo lado
la decantada invectiva *Al murciélago ale-*



voso de nuestro fray Diego González, no
pasa de ser un caprichoso desahogo de
fraile bien comido y bien bebido!



Famoso tema tendría el malhumorado y cruel bohemio, no con los abrigos para los perros, que de esos ya dijo cuanto hay que decir en su diatriba, sino con el collar que el ex rey de España D. Francisco de Asís ha comprado á una galguita de su particular afecto y predilección.

De manifiesto ha estado—y quizás continúa allí—en uno de los escaparates de la Exposición Universal, y los que han visto ese collar, *de oro cincelado con colgantes de turquesas*, dicen que es una maravilla de riqueza y buen gusto.

¿Qué les parece á los contribuyentes españoles? Cualquiera que sea su opinión, la mía es que bien empleado está el dinero cuando se sabe gastar bien.

¡Y cuidado con murmurar del augusto Príncipe, ni de la regía al par que perruna alhaja!

¿Quién sabe si algún día veremos ese collar, en clase de piadosa ofrenda, figurando en el sagrado tesoro de un santuario?

Octubre de 1889.



KALLOSH
AND
KARAKOLESS



No hay que tomarlo á
broma, por más que, al
decir del poeta,

la sociedad toma á risa
todo lo que llega al alma.

Al alma, sí, debe llegar á
todos los españoles netos y
castizos la angloparlomanía
que se ha apoderado de nues-
tros comerciantes é indus-
triales.

Nos dan en los rótulos de
sus establecimientos cada ración
de lengua salteada, que divide.

Las muestras más típicas de esa
clase de división (que á la par de
división es confusión, y á ver quién
me compra un lío), son dos que se
leen en sitios bien céntricos de
Madrid.

Dice la una:

"*John, sastre.*,"

Y la otra:

"*Garcta, taylor.*,"

¿En qué quedamos?

Yo, francamente, no me asombro de nada, ni nadie me aventaja en lo de obedecer ciegamente el *nihil mirari*, desde que se inauguró en la calle de Carretas una confitería—muy buena, según los golosos—con el rótulo anglo-latino de *The Criterium*, como si se tratara del famoso libro de don Jaime Balmes traducido al idioma de Billy-Hayden y Tony Grice.

Por otra parte, cada cual es muy dueño de hacer de su capa un sayo (*of her capy an sayi*, con arreglo al gusto de nuestros modernistas con tienda abierta), y no hay para qué impedir que en semejante terreno haga cuanto se le antoje *the proper cosechery*.

No será tampoco el nieto de mi abuelo quien emprenda campañas contra "el rótulo libre en la fachada," novísima enseña de los revolucionarios del comercio y la industria.

¡Nada de eso! Ya lo dije así en un semanario satírico, escribiendo un artículo titulado *The Guilladury* para "celebrar," la apertura de un establecimiento que se titulaba *The Funerary*.

—¡*Caspity* con *the letrery*!—me permitía decir, por toda broma.

Y añadía después:

—¡Adelante con los faroles! ¡*English fashion for ever*! Después de comprar dulces en *The Criterium* y de encargár una corona fúnebre en *The Funerary*, nos mandaremos hacer un par de botas en *The Psychological Zapaterý*, un chaleco en *The Infundium* y unas cuantas camisas de dormir en *The Delirium*.

La realidad, que siempre va más allá que la imaginación, ha excedido mis previsiones.

Sé de muy buena tinta (como que es tinta de calamares, *la reina de las tintas* para un cocinero) que dentro de muy pocos días va á inaugurarse en las Ventas del Espíritu Santo, ó en sus cercanías, una casa titulada *The Mcrenderum*.

De atreverse á tanto, podía el dueño añadir también:



Of the Zebedeo and daughter.

Esto es, *del Zebedeo é hijas*, para que nadie se figure que he dicho alguna cosa mala.

Y completará el dueño la fisonomía inglesa de su establecimiento anunciando los clásicos "callos y caracoles," en la forma indicada al frente de estas líneas, y despreciando por cursi y atrasado al *restaurateur* que en sitio no muy lejano de la calle del Príncipe los anuncia así:

Grasdoubles et Escargots.

Eso está ya mandado recoger, y al afán que había antes por afrancesar los rótulos de las tiendas, ha sucedido la manía de hacerse el inglés.

—¿Por qué? pregunto yo.

Que todos los tenderos son más ó menos ingleses, harto lo sé yo ¡ay de mí! y harto lo sabrán también muchos de mis lectores, dicho sea sin ánimo de ofenderles.

Por eso mismo no veo la necesidad de acusarse públicamente de semejante defecto... Todo el que lea esos rótulos al uso, exclamará:

—¡Hola! ¿Conque aquí son muy ingleses?

Y cualquiera que sea su pensamiento, será desfavorable al mercader.

Porque si el consumidor es hombre lleno de ingleses, dirá para su capote:

—¡Bah! En esta casa deben de estar muy acostumbrados al oficio... Un inglés más para mí, y un deudor más para ellos. La cosa no tiene importancia.

Y entrará, y encargará cosas, y no las pagará.

Si, por el contrario, el transeunte es varón educado en el santo temor de Dios y de las trampas, apretará el paso y dirá para su santiguada, como el loco del cuento de Cervantes:

—¡Guarda, que es podenco!

Pero, en fin, más sabe el comerciante en su casa que el comprador en la ajena; y cuando la moda cunde, su cuenta les tendrá á los que la siguen.

Así—como queda escrito más arriba—ni me maravillo ni me enfado. Me limito tan solo á llorar la lenta, pero continua desaparición de los letreros á la culta española.

Y no digo á la antigua, porque no eran precisamente rótulos los que se usaban antaño, sino objetos como los que dieron nombre en la villa y corte á las calles del Candil, de la Espada, de la Sartén, etc., por las visibles y llamativas muestras que tenían á las puertas de sus casas un velonero, un maestro de esgrima y un sartenero.

Esto ha pasado á la historia. Hasta en las guanterías y sombrererías se ha renunciado al enorme sombrero ó á la gigantesca mano de la muestra. Los mismos barberos de los barrios bajos se desdennan ya de colgar á la puerta el clásico yelmo de Mambrino.



Los rótulos á la culta española, más modernos, pero amenazados también de desaparición, son aquellos en que el industrial rinde culto al ingenio, al simbolismo ó á la actualidad.

¡Con qué delicia leo y releo en mis "fla-neos," por la coronada villa los de ese género que se ven acá y acullá!

La Pasionaria, tienda de gorras; *El Automedonte*, tienda de vinos; *El Ramo de Azahar*, zapatería; *La Himnovadora*, pe-

luquería y barbería, donde ya en la muestra se afeita y toma el pelo á la ortografía; *El submarino Peral*, almacén de ropas hechas; *La torre Eiffel*, tienda de ultramarinos que descubrí con asombro en el paseo de la Florida, y otros muchos que omito, son establecimientos cuyas muestras tienen para mí muchos más encantos que las de gusto extranjero y esas otras, como *El Bazar Z*, *El Sótano H* y *La Viña Q*, que al parecer no tienen más objeto—cual si fueran rótulos Frœbel—que el de ir soltando á los chicos de la calle en la faena de deletrear.

Cuando quiero elevar esos encantos á la altura de las delicias celestiales, me voy á la calle del Río y contemplo una vez más aquella famosa muestra de un almacén de frutos coloniales:

“El progreso ante nada retrocede (aquí la esquina de la casa) y demostrado así lo tiene.”

Y estos placeres superan ya los de los mismos dioses si, para remate y coronamiento de mi excursión, descubro en algún escaparate un reclamo poético por el estilo de aquel célebre que hubo en la calle de la Cruz:

Arroz, almidón, ¡caray!
yo los tengo sin afeite:
¿quiere el parroquiano aceite,
garbanzos? ¡También les hay!

Desengáñense los de la angloparlomanía. Por mucho que expriman el caletre, nunca llegarán á la altura—y este es el consuelo de los españoles netos y castizos—á que llegó el inventor de este rótulo:

Géneros nacionales y del Reino.

—Pero, hombre, ¡esa es una ridícula redundancia!—dijeron al dueño de la tienda.

—No tal; mi padre lo puso hace cincuenta y tantos años, y supo lo que se hacía...

—¿Cuál era su objeto?

—Tener contento á todo el mundo... Los géneros nacionales eran para la clientela liberal, y los del Reino para los parroquianos realistas.

Octubre de 1889.





NO ME SAQUES SIN RAZÓN...

Ni *me envaines sin honor*, añadía la inscripción que llevaban muchas antiguas espadas de Toledo; y en verdad que si antaño era sentenciosa y elocuente, hogaño es más cómica que otra cosa.

Tan cómica—por culpa de lo picardeado

y prosaico de los tiempos—que de seguro la habrían puesto en solfa los autores de *La gran duquesa de Gerolstein*, si hubieran nacido en España, aprovechándola para el estribillo coreado de los famosos *couplets* del sable.

Coro de señoras:

No lo saques,
no lo saques,
no lo saques sin razón...

Coro de hombres:

Ni lo envaines,
ni lo envaines,
ni lo envaines sin honor...

Regalo la idea á cualquier autor de revistas alegóricas al uso, por si se le antoja presentarnos un *coro de espadas* en algún eserpento titulado *Armería Nacional*, que es lo que priva; y extraño mucho que no le haya ocurrido á D. Carlos de Borbón—ya que á Meilhac y Halévy no había de ocurrírseles, por ser franceses—el alto pensamiento de poner *ad perpetuum* el sello bufo al clásico letrado de las hojas toledanas.

Con todo, como el estilo es el hombre, y D. Carlos, en esta lastimosa y entretenida tragicomedia de la vida española, es todo

un Léotard en eso de saltar desde lo más sangriento á lo más risible, no ha podido prescindir de poner la nota cómica en la espada que ha regalado á su yerno, decorando la hoja con esta inscripción:

Carlos de Borbón me mandó fabricar en Toledo en 1889 para su amadísimo hijo Leopoldo Salvador de Habsburgo-Lorena.

No falta, para que la inscripción quede completa, más que el clásico *Biba mi dueño*; así, con sendas *bb*, á fin de hacer llegar también á la ortografía el sistema absolutista y despótico.

Lo cómico no resulta esta vez de lo ampuloso y ronfiante, que tanto agrada á las reales personas, sino de lo ramplón y vulgarote; porque es el hecho (y llórelo Carulla, á quien ya podía haber pedido D. Carlos su buen par, digo, su mal par de endecasílabos) que el letrado de la tal espada recuerda aquello de los cañamazos:

Me hizo Josefa García, en Soria, para su querido papá en el día de su santo. Año de 1840.

Vamos, que el rotulillo de la espada del archiduque es más propio de un acerico que de un acero.

¡Oh sencillez democrática y candor burgués, cómo penetráis en el espíritu de los

más hinchados y empingorotados personajes!

¡Cuán lejos está esa inscripción de los lemas que llevaban las antiguas espadas!

Ni aun el que se llama defensor por ex-

celencia de la Iglesia usa ya el *Ave Maria, gratia plena* que mandó poner el Cid en la *Tizona*.

Tampoco le ocurre exhumar el lema de otra espada del Cid, la *Colada*, que por un lado decía *Sí sí*, y por otro *No no*; y á fe que nada puede cuadrar mejor á estos príncipes modernos, condenados á

fluctuar entre concesiones y negativas.

Se acabó aquello de *In te, Domine, speravi*, que llevaban las espadas de los cruzados; terminó el *Ni Dios me engaña*, que se leía en las espadas de los aventureros castellanos, y concluyó el *¡Fotli, fotli!* sublime en medio de su obscena brutalidad, que,



según Pompeyo Gener, llevaban ciertas espadas de guerreros catalanes.

Todo eso pasó á la historia.

¿Y cómo no, si las mismas espadas han pasado también?

Comentando el regalo de D. Carlos á su yerno, ha recordado un periódico que en el museo de Postdam hay una espada que usó cierto caballero que vivió al amparo de Otón I, y el cual dió tan poco que hacer á la crónica con sus proezas, que un ingenio maligno grabó en la hoja:

“Si hubiese sido de papel, hubiera servido para espantar las moscas. De hierro para nada sirvo.”

- El comentario y el recuerdo terminaban así:

“Traslado á los artífices que hacen espadas por encargo de D. Carlos.”

¡Poco á poco! ¿Por qué ha de darse esa patente de inutilidad, de espada *embolada*, por decirlo así, á la del archiduque?

Un aficionado al estilo declamatorio diría con esta ocasión:

—¿Quién sabe si esa espada, fabricada en Toledo y regalada á un príncipe extranjero, está destinada á verter sangre española?

Pero sobre que estas declamaciones han pasado de moda, la exactitud también las

condena; porque los príncipes de hogaño— así los archiduques austriacos como los infantes españoles—dejan sus espadas como el cortesano de Otón I dejó la suya.

Para mantenerse unos y otros en el goce de la lista civil y defenderse contra los enemigos de dentro y fuera—sobre todo contra los de dentro,—tienen á su disposición excelentes cañones y famosos fusiles, que cuidan de disparar los soldados de la lealtad,

Cuando éstos dejan de ser leales á un símbolo para serlo á otro, las espadas de los príncipes se convierten en espadas de Bernardo.

¡No hay *magico poter*, como canta Lohengrín, que ampare y valga á esos aceros refulgentes!

Fueron un tiempo signo exterior de la caballería. Con un cintarazo de ellos se ennoblecía al guerrero, y cuando el noble moría, se le enterraba con su espada sobre el cuerpo.

Hasta el diablo, para mostrarse en clase de caballero al doctor Faust, se le presenta

al fianco l'acciar,
la piuma al capel,
la scarcella piena...

Hoy basta esta última condición, que ya

en tiempo de Quevedo constituía la mejor y más poderosa prueba de caballerosidad.

El magnate contemporáneo conserva, al lado de las espadas que esgrimieron sus antepasados contra los alfanjes moros, la navaja que privó de un noble vástago al árbol secular

al salir el señorito
de una juerga en La Taurina,

como dice, sobre poco más ó menos, un romance de Fernández Bremón.

Ni en el ejército se gasta ya la espada... La última que registran los anales patrios es el espadón de D. Ramón María Narváez; pero ¡ay! que no se inspirará en él ningún Wagner del porvenir para componer una página musical por el estilo de la fundición de la espada de Sigfrido en *La Valkyria*.

Nuestros militares no ciñen ya más que el sable, descendiente de la cimitarra musulmana.

La espada recta y con puño en forma de cruz, que sostuvo la ley de Cristo, ¿en qué ha venido á parar?

¡En el espadín de los académicos!

Como los linajes de que hablaba Cervantes, la espada ha concluido... en punta.

Y en punta roma, dirá aquí *Miguel de Escalada*.

Ese final sería horrible, en medio de su ridiculez, si no viniera á atenuarlo y suavizarlo otro destino que también se da hoy á la espada... Dejo la palabra á los entusiastas de *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Cuando estuvo en Madrid el desventurado emperador Federico de Alemania—en tonces príncipe heredero—no se llevó más arma que una espada de *Lagartijo*.

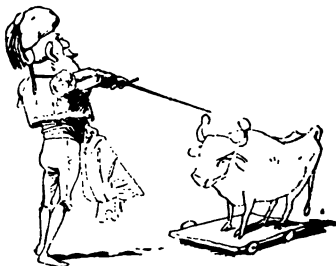
Allá estará en Berlín, y ¡quién sabe si, andando los siglos, supondrá algún arqueólogo que fué ésa la que venció en Sedán!

Rafael conserva otra espada histórica: la que manejaba el *Tato* cuando sufrió la cogida que le obligó á retirarse del toreo.

Al regalársela el diestro sevillano al corrobés, mandó grabar en la hoja una inscripción llena de sentimiento y elocuencia.

Ya lo sabe D. Carlos de Borbón... Si quiere adquirir elocuencia y sentimiento, ¡vaya á la cabeza del toro, y déjese coger!

Noviembre de 1889.





LOS FONOGRAMAS

Ya han empezado á circular, y no pasará mucho tiempo sin que entren en el uso corriente y el dominio público.

Los primeros se los ha enviado Eiffel á Edison (dos poetas en acción, hartos más poetas que muchos rimadores ilustres), después de hablar *á, en y con* el fonógrafo perfeccionado que el gran inventor norteamericano ha remitido desde Nueva York al gran ingeniero francés.

En vez de la vulgar carta "acusando el recibo", Eiffel ha confiado al vapor correo la placa fonográfica que ha recogido sus palabras, para que, aplicándola Edison á su fonógrafo y dando un par de vueltas al manubrio, reciba la respuesta de "viva voz", á través del tiempo y del espacio.

Che invenzione!
Che invenzione!
Che invenziooone!

como diría el Sr. Mansi, si conociera la letra y música de *Il barbiere*.

El servicio postal está de enhorabuena, y en España doblemente.

Gracias á Mansi, tenía la *cruz*. Ahora, gracias á Edison, tendrá también la *placa*.

Entretanto, ¿qué influencia tendrán los fonogramas en el destino de las cartas?

¿Se perderán del todo?

Esto, ¿matará aquéllo?

Claretie, en el prólogo que acaba de poner á cierto libro de un señor Vivier, muy popular en el *boulevard*, pero desconocido fuera de aquellas latitudes, da por averiguado que antes de muy poco tiempo las declaraciones amorosas no se harán por cartas, sino por fonogramas.

Possible, como decía á todo el Gobseck de Balzac.

Pero aunque se ponga de moda el fonograma para declararse, crea Claretie que



en las correspondencias amorosas seguirán imperando las cartas.

Podrá servir de tema para cualquier dis-

cusión del Ateneo esta pregunta, acomodada al estilo de las que allí gastamos:

“La forma epistolar, ¿está llamada á desaparecer de la literatura moderna?”

Lo que tengo por indudable, y por indiscutible, es que no está llamada á desaparecer de la literatura amorosa.

Mientras haya mujeres, habrá poesía, según Becquer; y mientras haya amores habrá cartas.

Ah! N'écrivez jamais! ha dicho un psicólogo del amor; pero este consejo, por lo mismo que es el de la prudencia, no lo sigue nadie que esté enamorado de verdad.

Estoy con una duquesa (en el buen sentido de la palabra *estar*), que decía gráfica y graciosamente:

—El amor sin cartas es como el amor sin besos.

Recoged, lectoras mías, la sentencia de la duquesa y la advertencia del filósofo; meditalas, y cuando vuestros amantes—por lo fino, ó por lo... superfino—os nieguen sus autógrafos, decidles con toda firmeza:

—Tú no me quieres.

Verdad es que ahora, con la invención de Edison, podréis consolaros, diciéndoles con acento mimoso y zalamero:

—¡Anda! ¡Pónme siquiera un fonograma!

Y podréis contentaros, después de colocar la placa en vuestro aparato, dando al ma-



nubrio vueltas y más vueltas, y oyendo una y mil veces, con las inflexiones gangosas del fonógrafo, aquello de "*Rosarito, yote quiero; Rosarito, yo te amo; Rosarito, yo te adoro.*"

¡El *aristón* del amor, como si dijéramos!

Pero... ¿qué vale eso junto al verdadero dúo?

La música de ese dúo—¡y tan música como es!—está en la conversación. La letra en las cartas.

Las cartas son el premio, y los fonogramas no pasarán nunca de ser el *accessit*.

Claro es que los fonogramas vienen á desmentir—porque en todo se progresa—el rancio adagio: *Verba volant, scripta manent*; pero no echarán abajo la constante supremacía de la palabra escrita sobre la palabra hablada, y tómelo Romero Robledo por donde quiera.

Además, así como el exceso de civilización puede conducir á la barbarie—según no sé qué escritor reaccionario,—así también el exceso de adelantos materiales obliga á veces á echar de menos las usanzas primitivas; y harto hemos visto comprobada esta verdad con ocasión de la Exposición Universal de París, adonde han ido innumerables caprichosos, desdeñando los actuales medios de locomoción, rápidos, cómodos y relativamente baratos.

Unos han ido á caballo desde el Cáucaso; otros en biciclo desde Nápoles; éstos en tartana desde Madrid; aquéllos en un carretón tirado por un perro, desde Amsterdam; muchos á pie, y no sé si también habrá habido algún individuo (sér intermedio entre los monos catarrinos y nuestros primates) que haya hecho el viaje á gatas.

De igual suerte, las facilidades que ofrecen á la conversación el teléfono y el fonógrafo servirán para hacer más preciosa y apetecible la correspondencia epistolar.

Cultivadla como flor predilecta, mis queridas lectoras; y vosotros, lectores de la parte contraria, no os privéis de aspirar su delicado perfume.

¿Sabéis cuál es uno de sus mayores encantos, pareciendo á primera vista uno de sus defectos?

¡Las faltas de ortografía!

No hablo de aquellas, atroces y brutales, que "tiran de espaldas", sino de aquellas otras, que se escapan á la imprevisión y ligereza de la mujer, graciosas como esos lunares que tan bien parecen en una cara de tez transparente, en un cuello ebúrneo, ó en una nuca sonrosada.

Yo he leído en alguna parte:

"Desconfiad de la mujer que os escribe

con perfecta ortografía... Esa mujer no os ama.,,

Quizás sea esto una paradoja; pero sabido es que las paradojas son las verdades con antifaz.

Casi todas las mujeres hablan poco más ó menos lo mismo en sus respectivas grados de educación, y el mayor encanto del coloquio amoroso está en la contemplación del objeto amado, ó en su proximidad, si se habla á oscuras.

Ese encanto se desvanece con el fonograma, y con el fonograma desaparece asimismo la verdad que se contiene en estas cuatro palabras:

El estilo es la mujer.

La lengua, con ser órgano tan suelto, y desatado, y poco aprensivo, tiene á lo mejor pudores, escrúpulos y reservas, que se vencen más fácilmente con la pluma.

¡Cuántas madamas Sevignés habría,

ha dicho Campoamor,

si salieran á luz los borradores

de infinidad de cartas en donde la ternura femenil ha ido reflejando matices y delicadezas que de otra suerte sería imposible expresar!

La pluma responde muy bien á lo que dicta la sinceridad.

Y también, con la pluma en la mano, se miente mejor.

Por eso subsistirán siempre las cartas, á despecho del fin que les pronostica Claretie.

Los fonogramas podrán ser la pimienta de la correspondencia amorosa; pero la sal, la divina sal, estará siempre en las cartas.

Noviembre de 1889.







Ite, missa est... in Mexico.

Ya no es solamente en los sitios frecuentados por cómicos y toreros donde se oirá de hoy en adelante la pregunta del bolero de *Artistas para la Habana*:

—¿Es aquí ande contratan pa er gómito?

También en las sacristías va á iniciarse el *dengue* de la emigración (ahora que el *dengue* es la epidemia de moda), y va á causar estragos sin cuento la comezón de “pasar el charco.”

Reproduzcamos, para los que no se hubieren fijado en la noticia, el siguiente telegrama publicado por *El Liberal*:

"LONDRES 28 (10,15 n.).

El arzobispo de México, descontento de los clérigos de su diócesis, ha resuelto invitar á 500 sacerdotes españoles para que se trasladen á aquella República.—R.,

La invitación del arzobispo de México está llamada á producir más efecto que la mismísima *Invitación al wals*, de Weber.

No trato de instrumentarla, ni siquiera de ponerla en solfa... Quédese tal empresa para los periodistas anticlericales y propagadores de la impiedad.

¡Quieta la pluma de Voltaire!

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,

más que de *El Motín*, *Las Dominicales* y aun de *La Epoca*, si hemos de atenernos á lo que dijo el obispo de Salamanca en el Senado.

Adornen ellos el tema con todos los *gorgheggi* y *fioriture* del *bel canto*, mientras yo me limito á deplorar que el telégrafo, "con su terrible laconismo," no nos comunique los necesarios detalles acerca de las

causas que motivan el descontento del prelado mexicano.

Sin conocer las condiciones negativas de aquellos presbíteros, ¿cómo hemos de apreciar las condiciones positivas que deben reunir los que vayan á reemplazarlos?

¿De qué clase los desea el arzobispo de México?

¿Los quiere hechos, ó á la medida?

¿Usados, ó por estrenar?

Afortunadamente para Su Ilustrísima y para el renombre de nuestra producción nacional, los tenemos de todas clases, y cualesquiera que sean las necesidades y gustos del reverendo pastor, puede estar seguro de que irá bien servido.

Aunque ésta es la tierra clásica del toreo de á pie, y aquélla la castiza del toreo á caballo, tenemos señores sacerdotes (y ahí está el cura de Alcabón para no quedar yo por embustero) que en el *jarripeo y manga-neo* dan quince y raya al propio Ponciano Díaz... y hasta tienen más bigotes que él.

Un Fernando Fabre como el que se dedica en Francia á estudiar y retratar con magistral pluma los tipos de la Iglesia, no sabría aquí por dónde empezar, detenido ante lo que llaman allá *l'embaras du choix*.

Desde el "aguerrido clérigo y virtuoso brigadier," que á lo mejor nos presentan los

diarios carlistas en la sección necrológica, hasta el que lleva denuncias profesionales á *El Motín* y canta en las *juergas*, como el de *El Diablo Mundo*, el consabido



Tienes una boquirris
tan chiquitirris,
que me la comeriba
con tomatirris;

desde el cura Merino hasta el cura Galeote; desde el mosén Antón Trijueque, de Galdós, hasta el angelical *pae* Apolinar, de Pereda; desde el sucesor de Don Basilio, aferrado al *¡vengan denari!*, hasta el cura del Pilar de la Horadada, que

como todo lo da no tiene nada;

desde el fanático que pintó Jacinto Octavio Picón en *El Enemigo*, hasta el architolerante que hace la tertulia, y cuanto hay que hacer, á Sagasta, Martos y Ruiz Zorrilla; desde el que talla en el Casino hasta el que perora en el Ateneo; desde el que escribe *El Liberalismo es pecado*, hasta el que publica odas á Mazzantini; desde el santo varón que Alas puso en *La Regenta* al frente

de la diócesis de Vetusta, hasta el obispo "modernista," que hace jugadas de Bolsa y pone almacenes de vino por su cuenta; desde los capellanes castrenses de Narciso Serra, hasta los prebendados de Pedro Antonio de Alarcón; desde el curita amadado de los salones y *boudoirs*, sucesor del antiguo abate, hasta el aficionado á la vida de entre bastidores, descendiente del antiguo padre Polaco de los bandosteatrales, ¡cuán numerosas y pintorescas son las especies, géneros y variedades de la España Sagrada (y no aludo á la del padre Flórez)!

¿Hay donde elegir, eh?

La ocasión es de perlas para los prelados españoles que, al modo del de México, se quejan del clero de sus respectivas diócesis.



En unas, estorban los curas belicosos ó adictos á Noo~~o~~dal; en otras, los de ideas excesivamente transigentes. En éstas, hacen falta los de genio bravo y aptitud bastante para bregar con indómitos feligreses; en aquéllas, los pacíficos y mansos de condición. En tales, los verdaderamente austeros; en cuales, los de manga ancha... Y así sucesivamente.

Ahora se les presenta á los obispos propicia coyuntura para dar salida á muchos de sus súbditos, haciendo al propio tiempo un favor á su colega de allende los mares.

Y no se me diga que eso equivaldría á encajarle *maulas*—y perdone el piadoso lector esta irrespetuosa frase mercantil;—porque está averiguado que á los eclesiásticos les ocurre lo mismo que al vino de Jerez.

Embarcándose, mejoran.

¿Saben ustedes de algún sacerdote que, habiéndose ido á Ultramar, no resulte allí un modelo de apóstoles y de evangelizadores, y poco menos que un San Francisco Javier ó un fray Bartolomé de las Casas?

¡Ánimo, pues, y á Nueva España, como se decía antaño!

Ite, missa est... in Mexico. ¡Id á México, que allí está la misa!

“quien dice la misa, dice la olla.



Mejor aún: no la dice, la come.

A falta de garbanzos, buenos son frijoles: yes de advertir que muchos autores—entre ellos el que esto escribe—prefieren los frijoles á los garbanzos.

El vino de acá es, en cambio, muy superior al *pulque* de allá, que, á pesar de su nombre, dista mucho de ser una bebida pulquérrima.

Bueno es advertir todo esto á los que se sintieren tentados por el demonio de la emigración, que en el caso presente no sería demonio, sino ángel, dado el sagrado origen de la invitación á nuestros clérigos.

Y mejor advertencia será todavía para los que hayan de embarcarse, la de ir suficientemente prevenidos contra los fieles mexicanos en general y contra el clero indígena en particular, á quien, naturalmente, no ha de entusiasmar la inesperada competencia que se le suscita.

Tampoco estará demás tomar antes algunos informes en el café Imperial y en la calle de Sevilla.

Machío dará razón.

Quizá poniéndose él al frente de ésta que la historia conocerá, si llega á realizarse, con el nombre de "Expedición de los Quienientos," logren nuestros compatriotas quedar, en lo piadoso y lo profano, á la altura

de Hernán Cortés y sus guerreros, alcanzando señalada victoria en la lucha que bien podemos llamar, aprovechando la frase darwiniana tan en moda, *the struggle for curate*.

—¿Españoles no son?—se puede preguntar con el poeta.

¡Pues son valientes!

¿Quién sabe si encontrarán un Solís que transmita sus hechos á la posteridad?

Por de pronto, ahí tienen uno en Trujillo, que es cura, y es Solís, y es ganadero.

Diciembre de 1889.





MODA NUEVA Y DIVERTIDA

6

EL BRÍNDIS DE SIR ISAACS

No se dirá que ando retrasado, así en elegir títulos al uso como en escoger asuntos de novedad palpitante.

Los lectores de hogar padecen hambre y sed de modernismo, y ¡desgraciado del periodista que no se atenga á las pragmáticas de la opinión general!

Obediente á esta ley, única que respeto medianamente—mientras las demás no se

fabriquen á mi gusto—recojo la siguiente noticia que viene de Londres (*warranted*, y con la más perfecta autenticidad):

“El lord corregidor tiene una voz magnífica. Ayer le obsequió con un banquete la policía de la City, y sir Isaacs, en lugar del *speech* de ordenanza, prefirió cantar dos piezas de *Il Trovatore*. Esta innovación fué admirablemente recibida.”

Y aquí también, tan pronto como se decida á plantearla un espíritu valiente, será recibida con entusiasmo la innovación del alcalde de Londres.

Sobre todo, por venir de Inglaterra.—De allí vinieron el *toast* de sobremesa y el *speech* político, y de allí vendrá, indiscutible y victoriosa, esa innovación saludable y eminentemente práctica; tan práctica, que procede de un hombre en quien se juntan la raza judía, la nacionalidad británica... y la descendencia española.

Esto es, el arte de hacerse sitio, el arte de hacerse cargo, y el arte de hacer uno su santa voluntad; todo ello en una pieza.

O si se quiere, en dos piezas, puesto que fueron dos las que cantó Su Honor (tratamiento inglés).

Castro y Serrano ha escrito:

“Así como de las mujeres se dice que escriben una carta para añadirle después una

posdata, de la Mesa moderna puede decirse que da de comer para que le dejen echar un brindis.,,

Así es la verdad; pero gracias á Dios (no al Dios de Abraham, sino al de Isaacs), esa perniciosa costumbre está destinada, ya que no á desaparecer, por lo menos á experimentar una transformación beneficosa.

Sir Isaacs no ha querido ser sacrificado por el rigorista y ordenancista Abraham de la oratoria, que tantos estragos causa en los banquetes públicos, sin que baje á evitarlos ningún ángel de parte del Dios Jahvé, antes Jehová.

—¿Queréis oír mi voz?—diría el alcalde londonense;—pues oidla en toda su extensión y en toda su potencia, y en toda su...
(*Pausa.*)

...Deserto sulla terra,
col mio destin in guerra
é sola speme un cor,
al trovator.

Cualquier comentario puede ponerse á este rasgo de desenfado lírico-municipal menos el del popular terceto:

¡Vaya un alcalde que Dios nos ha dau
tan diplomáticu y tan estirau!

No; lo que es de *estirau* no peca el alcalde de Londres.

Este nuevo aspecto del *toast* y del *speech* en que el "orador," prefiere lucir sus habilidades predilectas á pasar un mal rato, haciéndoselo pasar igualmente malo á sus oyentes, con unas cuantas vulgaridades torpemente dichas, ya había sido sentido por una ilustre mondonguera zaragozana en un *meeting* contra las quintas que hubo en la heroica ciudad allá por el año de 1869.

La insigne matrona formaba parte de la comisión organizadora del *meeting*, y las intrépidas descendientes de Agustina Aragón, Casta Alvarez y María Agustín, se empeñaron en oír la voz de la mondonguera.

—¡Que hable la señá Segunda!—gritaban.

Y la señá Segunda, subiendo á la tribuna y con los brazos en jarra, dijo así:

—Ciudadanas, yo hablar no sé; pero que me traigan carne de monárquico, y la *capolaré*.

Ya ve sir Isaacs que en la nación de donde fueron expulsados sus antepasados no faltan precedentes de la moda nueva y divertida que él pretende inaugurar, y á la cual puede augu-



rarse entre nosotros una acogida tan favorable como la que ha obtenido en el banquete de Londres.

¿No viene á ser música, y nada más que música, cuanto suele decirse en los brindis?

Pues sea música real y efectiva; y si hay quien la cante bien, eso saldremos ganando.

Hay raras habilidades perdidas en el mundo—como decía uno de los dos alcaldes de la aventura del rebuzno,—y es lástima que pudiendo algunas de nuestras autoridades hacerse admirar y lograr la palma “por lo alto del sonido, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, y los dejos muchos y apresurados,” á la manera del regidor de Cervantes, desaprovechen la ocasión de hacérsenos agradables con uno de estos dones peregrinos de la Naturaleza, por el maldito empeño de querer hablar en virtud de falsos artificios.

Por supuesto que el empeño es inútil...

Bajo el disfraz de la mala oratoria asoma muchas veces la punta de la oreja, y se dejan adivinar las facultades verdaderas del individuo.

Así, al escuchar los brindis de que tanto se abusa en nuestros banquetes contemporáneos, se escuchan también comentarios por este estilo:

—¡Qué modo de tocar el violón!

—¡Valiente plancha!

—El orador está con el agua al cuello.

—Mire usted cómo cabecea y desparrama la vista.

—Éste, por robar, hasta el tiempo nos está robando.

Por donde se ve que el orador, en vez de molestar al público, podría agraderle y complacerle en el verdadero terreno donde se está dejando adivinar, es decir, emulando la destreza de Bottesini, si es que toca el violón; rivalizando con Léotard, si es que hace planchas; renovando las habilidades del capitán Boyton, cuando es hombre á quien le gusta estar con el agua al cuello; dejándose trastear por *Lagartijo*, si ha menester que le compongan la cabeza; ó escamoteando, en fin, unos cuantos cubiertos de la mesa y unos cuantos relojes de los bolsillos de los comensales, si se trata de un Hermann... de los fondos públicos.

Por algo dijo el preceptista:

Chassez le naturel; il revient au galop.

Así lo ha entendido el lord corregidor de Londres, y por eso sin duda se ha apresurado á cantar de verdad y en toda regla, antes de que los chuscos, sacando partido de esas aficiones filarmónicas, dijesen á propósito de un brindis vulgar y ramplón:

—¡Que nos devuelvan el dinerol ¡Que rescinda el alcalde la contrata!

El método de sir Isaacs merece, pues, toda suerte de elogios, y nuestra gente oficial debe empezar á practicarlo.

Desgraciadamente, no será por su maestría en el *bel canto*, ni siquiera en el *cante jondo*, por lo que logren sincero aplauso nuestros oradores de sobremesa. ¡Cómo desafinarían, si entrasen en la moda nueva!

En lo coreográfico sobresaldrían más que en lo lírico. Están en mejores relaciones con Terpsícore que con Euterpe. Vamos, que hay entre ellos muchísimos danzantes.

He ahí una nueva razón para desear la adopción del procedimiento de sir Isaacs, acomodándolo á esas circunstancias; porque así, sin ofender al orador, antes bien halagándole en su amor propio, podríamos decirle, llegada la hora de los brindis:

—¡Que baile!

Aquí vendría como pedrada en ojo de boticario una enumeración de los brindis á la nueva usanza con que amenizarían los banquetes nuestros personajes políticos, luciendo cada cual sus respectivas habilidades; pero aparte del brindis coreográfico, ya citado, ¿qué se les puede pedir á los conservadores y liberales del régimen vigente después de haber comido, si su mejor habilidad

consiste precisamente en eso, en comer, engullir y devorar?

¡Como no se les pidiera que se tirasen los platos á la cabeza!...

Es el único *dilettantismo* que cultivan; y resultaría para nosotros más divertido que el del lord corregidor de Londres, si no fuera porque, tras de pagarles la comida, tendríamos que pagarles también los vidrios rotos.

Diciembre de 1889.





EL CRIADO DEL AUTOR

El Leopoldo Cano.

I

—Sí, voy á verme en la precisión de despedir á Mateo.

—Pero, hombre, ¡un criado tan antiguo, tan leal, tan inteligente!

—Mateo es todo eso, y algo más, lo reconozco; pero...

—¿Le has descubierto algún vicio oculto, alguna maña secreta?

—Le he descubierto una enfermedad.

—¿*El dengue*?

—Quizá, porque se está poniendo muy dengoso.

—Mala condición para un criado.

—Para el criado, no. Para el amo. Sobre todo, cuando á lo de ser dengoso se junta el ser lunático.

—¡Lunático!

—Sí, lunático; y no á lo Fernández Flórez, por desgracia.

—¿Y por dónde le da la manía á tu criado?

—O por servirme demasiado bien, ó por servirme demasiado mal. Te aseguro que en ambos casos me resulta igualmente inaguantable. Hasta hace poco tiempo era un modelo de corrección y de sobriedad oficiosa, digámoslo así. Me tenía contentísimo por eso; porque nunca pecaba por carta de más ni por carta de menos. Ahora hay días en que exagera su oficiosidad hasta el extremo más empalagoso... “Señorito, hoy le he despertado á usted media hora más tarde, porque anoche debió usted escribir demasiado.” “Señorito, este año no pediré á usted permiso para ir á las fiestas de mi pueblo; encuentro á usted algo delicado, y no me apartaré de usted un solo instante.”

“Señorito, estos días va usted á almorzar mejor que un cardenal; como los amos de mi cuñada Ramona están fuera de Madrid, la he dicho que estos días se dé una vuelta por aquí, y usted será quien disfrute los servicios de la cocinera del duque de los Ciclones.” “Señorito, mi antiguo amo el conde de las Tres Berzas me ha hecho proposiciones para volver á su servicio; pero yo le he dicho que prefiero estar al lado de un autor dramático de tanto talento como usted, mejor que ser mayordomo mayor de Palacio.” “Señorito, parece mentira que sin componerse ni nada, esté usted cada día más guapo, y más fresco, y más...”

—Efectivamente, tanta oficiosidad empalaga.

—Otro día, en cambio, me irrita y enfurece con su aspereza y sus contestaciones désabridas. No puedes figurarte cuánta violencia he de hacerme para no darle un puntapié... Me despierta por las mañanas una hora antes de la que tengo señalada; me sirve tarde y mal; me hace repetir las órdenes dos y tres veces; se olvida de dar lustre á las botas; deja pasar á todos los importunos que vienen á verme; al almorzar, me pone los platos delante, golpeando con ellos en la mesa; va y viene, entra y sale, con un hocico de á cuarta; y si le doy

algún encargo relacionado con mi profesión de autor, lleva su osadía hasta el extremo de decirme con desdeñosa sonrisita: —“Más le valiera á usted dejarse de dramas y comedias, y hacer lo que el vecino del segundo, que en ocho días ha ganado doce mil duros en la Bolsa, sin calentarse los cascos pensando en lo que la dama contestará al galán, cuando el galán diga á la dama...”

—¿Y no le sueltas un mojicón cuando se te insolenta de ese modo?

—No; porque comprendo que es irresponsable. Pero ya te lo he dicho: voy á ponerlo de patitas en la calle. No quiero criados lunáticos. Mateo es un gran muchacho; pero un día le da el acceso por suministrar un anestésico á mi *bull-dog*, soltarme á mí un volapié hasta la mano, rociar con petróleo mi cadáver, incendiarlo juntamente con mis manuscritos, y... ¡el extraordinario de *El Liberal*, con el nuevo crimen que acaba de salir ahora!

II

—¡Adiós, autor famoso!

—¡Hola, maese cronista!

—¿Aún no has atrapado el *dengue*?

—No. ¿Y tú tampoco?

—Tampoco.

—¡Y nos tenemos por personas medio distinguidas!

—Estamos humillados.

—Sí; pero ¿qué hemos de hacer sino achicarnos, cuando los que están por debajo de nosotros se crecen y se nos suben á las barbas? ¿Recuerdas lo que te dije de mi criado Mateo el otro día?

—Lo recuerdo.

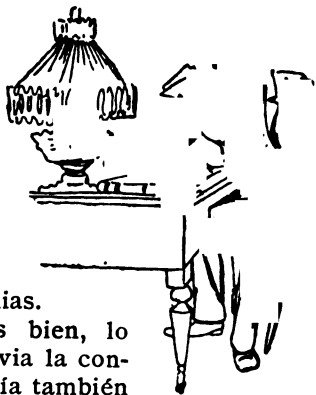
—Pues ahora resulta que no es un lunático, ni un *guillado*... Es un Revilla de plumero y delantal; un Balart de escalera abajo; un Sainte-Beuve doméstico.

—Explicate.

—Ya recordarás que Molière tenía una criada...

—Sí; la famosa Laforest, á quien él leía y consultaba sus comedias.

—Exactamente. Pues bien, lo que aquélla hacía, previa la consulta de su amo, lo hacía también Mateo sin mi consentimiento y á mis espaldas. Figúrate que el hombre, al arreglar mi despacho todas las mañanas, sacaba del



pupitre lo que yo había escrito el día anterior, y según le parecía aquello bien ó mal, me trataba durante el día con cariño ó con despego.

—¿Habrás visto cosa de más gracia?

—Maldita la que me hace á mí tener un crítico para andar por casa, que á lo mejor se prosterna delante de ti creyéndote un Shakspeare, y á lo mejor te trata á zapatazos tomándote por un Comella.

—Tu criado es más original que el famoso Pipí de Moratín.

—Sí; pero como yo no quiero en mi casa más originales que los míos...

—¿Has puesto en la calle á Mateo?

—Le he buscado otra colocación más adecuada á sus gustos. Gracias á mis recomendaciones va á entrar en la redacción de *El Altar y el Trono*, como crítico de teatros.

—¡Ave María Purísima!

—No te asombres, porque *El Altar y el Trono* ha hecho una buena adquisición. El director de ese periódico me ha dicho: "Después de todo, el recomendado de usted no puede ser inferior al que tenemos ahora."

—¿Y quién es?

—El aguador.

—¡Agua va!

—Ese es precisamente el título de una re-

vista, alegórica y todo, que ha escrito ese sujeto, previendo el momento de pasar desde la crítica al teatro. Mi criado se mete á crítico: el aguador, á autor... ¡Eso es espantoso! Quiera el cielo que uno y otro no paren...

—¿En dónde?

—En la Academia.

Diciembre de 1889.





MI GOZO EN UN POZO

Ó como dirá el Sr. León y Castillo, si ha aprendido ya el francés que usan los diplomáticos fusionistas:

—Ma joie dans un puits!

¿Se acuerdan ustedes de aquel D. Raimundo Menéndez Orta, que fundó en Santander la Iglesia Católica Apostólica Española, sufriendo violen-

ta persecución, de la cual salió libre y triunfante, merced á una sentencia del Tribunal Supremo?

Pues entre las varias felicitaciones de Pascuas que he tenido el gusto de recibir en estos días, ha venido una de dicho señor Menéndez Orra, obispo espontáneo y autónomo.

Mucho he agradecido el recuerdo; pero

¡oh dulces prendas por mi mal halladas!

valiera más que no hubiese llegado á mis manos la tarjeta, y demás, en que me saluda el prelado rojo y gualda.

Su Ilustrísima (ó Su Fresquísima, ó como sea el tratamiento que se deba dar á los obispos nacionales) ha dado al traste con mis más gratas ilusiones y mis más risueñas esperanzas.

Risueñas, sobre todo.

Yo había soñado—por puro amor al arte y á las cosas de mi tierra—con que el señor Menéndez Orra nos obsequiaría con una Iglesia cuya liturgia se acomodara á nuestros usos más castizos y á las prácticas exclusivamente españolas.

Oiremos—me decía yo—la misa en romance, y en vez del *jalleluia*, *alleluia!* escucharemos el Sábado de Gloria un *jole, ole!* que regocijará á los más austeros.

Desaparecerán los órganos, y serán sustituidos por orquestas de guitarras y bandurrias.

La campanilla con que se ayuda á misa será reemplazada por un buen par de castañuelas.

El incienso, producto extranjero, se trocará por uno nacional; y en los incensarios actuales se echarán... puñados de tabaco.

Hasta las especies del pan y el vino, si el Sr. Menéndez Orra llevaba la reforma hasta sus últimas y lógicas consecuencias, se hubieran cambiado por otras en forma de buñuelos y aguardiente.

¡Qué hubiera sido oír los himnos de la Iglesia puestos en castellano al alcance de todas las inteligencias, no por un Carulla heterodoxo, sino por poetas de casta y raza, tales como Ricardo de la Vega, Javier de Burgos y Eduardo de Palaciol

Para la versión del *Dies iræ*, del salmo *Miserere*, y demás cantos funerales, el poeta indicado sería D. Antonio Cánovas, cuyos versículos partirían indudablemente todos los corazones y harían llorar á las mismas piedras.

¿Y la música religiosa?

¡Qué fértil y extenso campo para el Lute-ro santanderino!

Si Estrañi fuera su Melanchton, le conven-

cería mejor que yo del éxito portentoso y rápido que hubiera alcanzado planteando su reforma por seguidillas, ora manchegas, ora gitanas, ora... *pro nobis*.

Agua, y agua de rosas, se le hará la boca á mi ilustre amigo el maestro Barbieri, pensando en que él, y sólo él, hubiera sido el Palestrina de este movimiento religioso y musical. ¡Qué nuevo *Pange lingua* en competencia con la marcha de *Pan y Toros*, y qué nuevo *Tantum ergo* á la altura del pasacalle de *La familia del tío Maroma*!

Eran tales los horizontes y perspectivas que descubría á mi patriótica imaginación la reforma iniciada por D. Raimundo Menéndez Orra,

que aún no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Alarmábame tan sólo, como conocedor y nada enemigo de los gustos regionalistas, y aun particularistas, que dominan de Irún á Tarifa y desde Vigo á Puigcerdá, las divisiones y subdivisiones que no hubieran tardado en surgir, apareciendo aquí la Iglesia Católica Manchega y allí la Iglesia Católica Catalana, y allá la Iglesia Católica Extremeña, y acullá la Iglesia Católica... á la Vizcaína.

¡Sin contar con la Maragata, y la Charra,
y la Alcarreña!

Bossuet y su *Historia de las variaciones*



de las iglesias protestantes se
quedarían reducidos al tamaño y valor de
un ochavo moruno, ante lo que tendría que
contar un historiador de las variaciones de
la Iglesia Católica Andaluza.

Figúrense ustedes solamente lo que daría que decir y que hacer la Iglesia Católica Sevillana (Evangelio según el *Espartero*), enfrente de la Iglesia Católica Cordobesa (Evangelio según *Guerrita*).

Estas contingencias me hacían temer por la empresa del Sr. Menéndez Orra; pero ¿quién sabe si esa misma variedad, sin dañar la unidad del pensamiento, no hubiera sido eficaz y segura prenda de armonía?

De todas suertes, mi sueño se ha desvanecido y mi gozo ha caído en un pozo, al recibir la tarjeta, y demás, del Sr. Menéndez Orra.

La tarjeta trae un *God Bless you this Christmas* que me ha partido por el eje, amén de unos versitos de Stanford y un *cachito* de salmo en inglés, que me han doblado por la mitad; y lo demás á que he aludido anteriormente es nada menos que una hojita de propaganda protestante, venida directamente de Escocia.

¡Si al menos fuera legítimo bacalao!...

Y para que veamos—¡vaya un consuelo!—que en todas las Iglesias cuecen Carullas, la hojita contiene versos por este estilo:

«Tal como soy, Jesús, recibirásme
Con perdón, con gracia, alivio y consuelo,
Y porque en tu promesa he confiado,
¡Oh Cordero de Dios! acudo, vengo.»

¡Ah, Sr. Menéndez Orra! ¡Para este viaje á la Sociedad Bíblica de Londres no se necesitaban alforjas españolas!

No es usted el reformador soñado... Tenemos que retirarle nuestra confianza para concedérsela á Luis Aceituno.

Inclínese usted ante la superioridad práctica y la popularidad indiscutible del *Santo de Valdepeñas*.

Diciembre de 1889.





EL CEMENTERIO

à domicilio.



AUNQUE, según el poeta,

los inventos del siglo diecinueve
no son para tratados por la plebe,

quiero tratar hoy de uno de los más nota-

bles con que se despide de la humanidad

el siglo del vapor y del buen tono,

como lo llamó Bretón de los Herreros, cuando aún no se había convertido en el siglo de la electricidad y de las polémicas entre los neos.

Debemos este invento (es decir, lo deberá el que no pague las cuentas al inventor), á un doctor Cooper, de Pittsburg, en los Estados Unidos; *cuyo* país es en nuestros tiempos la tierra de promisión de los inventores y los audaces.

¡No más entierros! ¡No más embalsamamientos! ¡No más cremaciones!

He ahí la parte negativa del programa del doctor Cooper.

La positiva consiste en traer el cementerio á domicilio, proporcionando á las familias el medio de conservar los restos de las personas queridas en forma de "cadáveres para andar por casa."

El doctor Cooper somete los cuerpos á una presión hidráulica—á gran temperatura—que los condensa "en una masa compacta, inalterable y sin olor, con la apariencia del mármol."

Así dice en sus prospectos el apreciable *condensador de difuntos*; y no sólo lo di-

ce, sino que empieza por predicar con el ejemplo.

Encima de la mesa de su despacho tiene un sujetapapeles de elegante forma.

—¡Hombre! ¡Bonito chirimbolo!—dice un amigo que lo ve.

—No es un chirimbolo—responde el doctor, dando un cariñoso beso al sujetapapeles;—es mi hijo Fulanito, que murió hace cinco años.

El amigo se cree obligado á dar otro besito al *bibelot* (que un aficionado á retruécanos llamaría en este caso *bebelot*, por tratarse de un *bebé*), y á pocas dotes de Gedeón ó Calino que le haya concedido la Naturaleza, se apresura á decir con más ó menos turbación:

—Es muy monín... ¡Se le parece á usted mucho!

El extraordinario descubrimiento del doctor norteamericano solamente podrán apreciarlo las inconsolables Artemisas, para cuyo dolor no es bastante alivio ir á llorar ante el mármol *della tomba freda*.

Cooper dice á la desconsolada viuda:

—¡Nada de mármoles que te oculten los restos del ser amado! Desde ahora podrás llorar ante el verdadero marmolillo de tu esposo.

Para los viudos ofrece algunos inconve-

nientes la invención del doctor de Pittsburg.

Supongamos ¡oh lector! que el viudo eres tú, y que tienes encima de un velador el cuerpo de tu difunta, convertida (ó conver-



tido, según te refieras al cuerpo ó al alma) en un objeto de forma más ó menos caprichosa.

Llega un íntimo tuyo, te coge el chisme (y perdona la irreverencia), y distraído, empieza á jugar con él.

Tú sufres, y apenas te atreves á decir al indiscreto:

— ¡Pero, hombre!...

Cae tu íntimo en la cuenta; deja el sagrado objeto encima del velador; y toda la excusa que te da viene á ser esta nueva puñalada:

—Dispensa, Manolo. No volveré á hacerlo más. Me había olvidado de que estaba enredando con tu mujer.

Y agradece ¡oh viudo! que tu íntimo no diga todavía para sus adentros:

—¡La costumbre!...

A cambio de estas desventajas, el curioso invento contribuirá á amenizar mucho la vida de familia.

Cuando se turbe la paz conyugal y se rompan las hostilidades, será un gran desahogo para marido y mujer arrojarle mutuamente sus suegros respectivos.

Y dirán los niños de la casa:

—Papá y mamá se han tirado los abuelitos á la cabeza.

Así, "parientes y trastos viejos,, que ya eran, según el adagio, cosas análogas, vendrán á ser cosas idénticas.

Y así también, el Rastro se convertirá en la verdadera Necrópolis de Madrid.

No se podrá ir por allí sin hacer á cada paso lo que D. Francisco de Quevedo cuando le servían algún pastel de carne: que rezaba devotamente un Padrenuestro por el alma del difunto.

Irá uno (no un difunto, sino un vivo) á buscar una palmatoria de lance, y al escoger entre dos de ellas, reconocerá en una á un tío, y en otra... á un acreedor.

Muchas emociones son éstas para que las resista gente tan quebrantada por la neurosis como la de fines del siglo XIX.

No por eso es menos admirable el invento de Cooper, ni dejará de tener interesantísimas aplicaciones prácticas.

Las estatuas de los hombres ilustres se harán con sus propios restos; y como el tamaño de las efigies será el del octavo menor, en un solo escaparate (*vitrina*, que dicen los *galicursis*) cabrán ochenta ó cien celebridades, dos de cada especie.

Para los personajes políticos habrá una forma que dar, invariablemente, á la consabida "pequeña masa compacta, inalterable á sin olor, con la apariencia del mármol;," y esa forma habrá de ser la de las bolas de billar.

¿Por qué?

Pues por tres razones:

1.^a Porque siendo, como son, tan embusteros, la forma de "bola," perpetuará su condición personal.

2.^a Porque esa misma forma recordará también la estúpida redondez de sus cabezas y el poco pelo que con ellos echa el país.

Y 3.^a Porque así, después de lo que esos personajes juegan en vida con nosotros, tomándonos por mingo, podremos desquitarnos haciendo carambola y palos con sus sagrados restos, ó metiéndolos de un tacazo en la tronera, á falta de mejor tumba.

Enero de 1890.



1890

1891

1892

1893

1894



DE NUESTRO CORRESPONSAL

EN LA CORTE CELESTIAL

15 de Enero de 1890.

EL último suceso importante ocurrido en esta divina Sión ha sido la llegada á sus afueras del insigne artista español Julián Gayerre.

Y digo á sus afueras, porque el



gran tenor, sin haber sido condenado á las penas que pedían para él algunos intransigentes é integristas (pues también por aquí tiene secuaces *El Siglo Futuro*), no ha hecho todavía su entrada triunfal en el empuje, y su situación es la de los antiguos catécúmenos.

Tan pronto como dieron la noticia de su partida de ese pícaro mundo *La Ciudad de Dios* (diario que dirige San Agustín) y *La Correspondencia Celestial* (de cuya redacción, dicho sea de paso, acaba de separarse la venerable sor María de Ágreda), hubo extraordinario *embullo*—como dice Santa Rosa de Lima—y al punto se dispusieron á recibirle espléndidamente todos nuestros *dilettanti*.

Para organizar la recepción nombróse una comisión, compuesta de la bienaventurada Santa Cecilia, el santo rey David, á quien algunos irreverentes suelen llamar el *gachó del arpa*, y el caballo blanco de Santiago Apóstol; este último (el caballo blanco) en representación de la clase de empresarios teatrales.

Todo iba viento en popa; pero, por desgracia, nos han aguado la fiesta los ángeles y serafines.

Ambas corporaciones pusieron el grito en la tierra (al revés del grito en el cielo, que

dicen ustedes ahí abajo), y en un *meeting* de los más solemnes á que he asistido en mi larga carrera periodística, tomaron varios acuerdos, que pueden compendiarse en esta gravísima intimación:



Si Julián Gayarre entra en el cielo, nosotros presentamos nuestra dimisión en masa y dejamos de cantar.

Ante esta cuestión de etiqueta y el conflicto que traía aparejado (porque, además de su importancia artística, ángeles y sere-

finen tienen extraordinaria influencia electoral), hubo de reunirse el Consejo de arcángeles—de ministros, como si dijéramos,—y el debate, según mis noticias, fué muy acalorado y un sí es no es contrario á la alta serenidad de estas regiones.

—Ese célebre tenor—diz que decía el arcángel Rafael—debe ir al infierno, porque con sus maravillosos cantos de amores y venganza ha hecho caer millares de almas en profanas tentaciones.

—También—diz que replicaba el arcángel Gabriel—ha elevado millares de espíritus hasta nuestras celestiales alturas... Acuérdate, además, de que, estando enfermo en Nápoles, hizo voto de no volver á cantar hasta poder hacerlo ante la Virgen del Pilar, y Julián cumplió su voto.

—Sí; pero acuérdate tú también de que por su causa concluyó el Congreso católico de Madrid como el rosario de la Aurora. Se anunció que cantaría él en la última sesión y hubo un tumulto que...

—Lo recuerdo, y no veo qué culpa puede tener Gayarre de que la gente prefiriese oír á un tenor mejor que á veinte obispos.

—Fué á lo menos piedra de escándalo, y al purgatorio sí que ha de ir.

—El purgatorio es un lugar de penas, y Julián lo convertirá en un lugar de deli-

cias... Las ánimas benditas no querrán moverse de allí.

—¡Hombre! Es verdad.

Según noticias de autorizado origen, el que lo ha arreglado todo ha sido el arcángel Miguel, gran amigo de los españoles, como lo prueba—si hemos de dar crédito á un soneto de Estébanez Calderón, tío de Cánovas—el hecho de haber regalado su fulmínea espada á Francisco Montes, cuando subió al cielo este famoso matador de toros.

El arreglo consiste en un expediente que se ha "incoado," ante los Tronos y Potestades, como se llama aquí al cuerpo que hace las veces del Consejo de Estado.

Mientras el caso se resuelve, el célebre artista aguardará... en la portería del cielo.

Y como todo expediente es el cuento de nunca acabar, así en la tierra como en el cielo, pueden ustedes estar ciertos de que Julián Gayarre, si no en la gloria, está como en la gloria.

Ni podía ser de otra manera. La mitad de ella la ganó en ese mundo sublunar.

San Pedro, de puro contento con el huésped que le han deparado los consejeros responsables de Su Divina Majestad, está echando un pelo lucidísimo. Obsequia cuanto puede al temible rival de ángeles y sera-

finés, y da en su honor unas *soirées* y algún que otro *five o'clocktea*, á que asiste lo más *copurchic* de los santos y santas de esta corte.



Se está preparando también en la celestial portería un concierto de beneficencia, y la demanda de papeletas es tal, que San Pedro ha tenido que sacar el cartelillo de *No hay billetes*, ni más ni menos que ocu-

rría en los teatros de la tierra cuando cantaba el inclito navarro.

Por supuesto, que también por acá hay



revendedores, y sé de buena tinta que San Dimas, (a) *El Buen Ladrón*, anda en el ajo y está poniéndose las botas.

La cola que hay en la portería es tal, que pueden verla los madrileños desde el Cam-

pillo de las Vistillas, sitio destinado á esta clase de visiones sobrenaturales.

Y con esto concluyo, señor Director. De política, nada hay de nuevo, aparte del regreso de los Santos Reyes Magos de su expedición anual á ese planeta. Hogaño han vuelto SS. MM. Melchor, Gaspar y Baltasar muy disgustados. Ustedes sabrán por qué. Yo quise *interviewiarles*; pero no se dejaron. Solamente Baltasar, el Rey negro, me recibió, cantando con música de *El último mono*:

Aguanta *interview*, y calla,
si te dan otra será peor;

pero como el apreciable Monarca es tan oscuro... me quedé á oscuras.

Suyo afectísimo, *Querubín García*.





NUESTROS KAVANAGH

No hay para qué confundir el apellido de Kavanagh, diputado inglés, con el de Cavanna, domador de fieras, ni con el de Cavanna, acreditado comerciante de la calle Mayor.

Algo, y aun algo, tienen nuestros Kavanagh de comerciantes y de domadores; porque, como comerciar, comercian cuanto pueden—si bien con menos legalidad de la que exigiría el propio dios Mercurio;—y como domar, también doman, aunque no es gran

proeza ejercitar el arte de Bernabó y Bidel á costa del león español, que es hoy por hoy el león de menos garras, menos dientes, y hasta menos melenas, que ruge bajo la capa del sol (suponiendo que pueda confundirse el roncar con el rugir.)

Pero no son estas analogías y semejanzas las que me propongo señalar en nuestros Kavanagh.

¿Qué significa, ante todo, ese nombre de Kavanagh?

Kavanagh, diputado inglés que ha muerto no hace muchos días, había venido á este "valle de lágrimas," sin brazos y sin piernas; deficiencia física que parecía inutilizarle para un sinnúmero de funciones públicas y privadas, pero á la cual se sobrepuso mediante inextinguible y envidiable fuerza de voluntad.

"Arturo Kavanagh—escribe un periódico inglés—supo crearse una de las situaciones más importantes en su país; llegó á ser diputado, cazador de zorros, notable jinete, y uno de los *causeurs* á quien más se escuchaba en los salones."

En rigor—y perdone el diario británico—no hacen gran falta los brazos y piernas para ser persona de amena y grata conversación; pero ¿cómo se las componía Kavanagh para montar, cazar zorros de ambos

sexos, y tomar asiento en la Cámara de los Comunes?

Para montar á caballo, se hizo construir una silla de su invención, desde la cual mandaba al caballo, manejando la brida con los dientes.

Para escribir, hacía lo mismo con la pluma; y en verdad que de cualquiera menos de él podría decirse:

—Ese hombre escribe con los pies.

Para que se sentara entre los diputados, hubo necesidad de modificar el reglamento, porque estando terminantemente prohibida la entrada en el salón de sesiones á toda persona que no sea diputado, y no pudiendo míster Kavanagh llegar hasta su asiento sino en un sillón con ruedas, ó en brazos de su criado, el Parlamento decidió que se le permitiera á éste atravesar el salón para conducir á su amo hasta el escaño y para volver á llevárselo hasta el coche.

Como puede observar el discreto lector, si míster Kavanagh fué en el Parlamento inglés un verdadero fenómeno—propio para asombrar á las niñeras y militares sin graduación,—en el Parlamento español no hubiera pasado de ser uno de tantos diputados corrientes y molientes... Molientes sobre todo.

¿Qué son nuestros diputados, en su mayoría, sino otros Kavanagh, salvo el mérito que el inglés tuvo venciendo crueles obstáculos de la Naturaleza?



Nuestros Kavanagh tienen piernas; pero como si no las tuviesen. El pueblo les pide que andén, que marchen, que se muevan... Y ellos, ni andan, ni marchan, ni se mueven.

Nuestros Kavanagh tienen brazos; pero ¿de qué les sirven? Acción, acción y acción les pide el país, y ellos no le dan sino palabras, palabras y palabras. Son mancos por compromiso.

Nuestros Kavanagh no podrían llegar hasta sus asientos si no encontraran domésticos complacientes (léase electores) que les llevasen en brazos hasta el escaño, retirándose en seguida humildemente; con la diferencia—á favor de los Kavanagh españoles—de que el inglés pagaba á quien le servía, mientras que aquí... el que paga es el mismo que sirve.

¿Creen nuestros Kavanagh poseer verdaderamente la representación del que les ha llevado allí?

El que los deja en aquel sitio, y luego se retira, y tiene brazos y piernas de verdad, es el pobre Juan Español (ó Juan Ibérico, para que no se ofendan los portugueses, y para que entren también en esta romana del diablo); y puesto que los mete lo mismo que los saca, él es *il vero pulcinella*, como decía el fraile de Nápoles.

Nuestros Kavanagh, en fin, se las componen y arreglan, á falta de piernas y de brazos, lo mismo que el de la Gran Bretaña.

¿Para qué tienen dientes?

Con ellos gobiernan; con ellos discuten; con ellos pretenden representarnos.

Y á fe que no lo consigno sino en pro de nuestro amor propio nacional; porque si los ingleses han tenido un Kavanagh, nosotros disfrutamos de ellos por docenas, y aun por centenares... ¡En algo había de sobrepujar el Parlamento español al Parlamento inglés!

Enero de 1890.





A sí los malla

Fracassa, perió

no, y así los llamo yo, sin atreverme á llamarles en gali-hispani-parla *fantoques artisticos*, para no promover iras ni provocar furores.

El Capitán

dico roma-

Se trata de un tenor, y ante personalidad tan sagrada, toda precaución es poca.

Se nos permite hacer mangas y capirotes del Altar y del Trono, de la Justicia y de la Propiedad; pero ¡cuidado con causar la más leve molestia á Su Majestad el Tenor, á Su Santidad el Pintor, y á Su Divinidad el Matador!

Matadores, pintores y tenores, forman hoy—como ya he dicho antes de ahora—la *Trimurti* (y no me atrevo á llamarla *Trinidad*, porque algún chusco no la deje en *Trini*) que impera y reina de tejas abajo donde quiera que haya españoles sobre quien reinar é imperar.

Por supuesto, que para ceñir semejante diadema se necesita, como condición indispensable, la de *estar en juego*, y perdónese-me lo vulgar de la frase.

Si no fuera de mal gusto citar nombres propios, daría pruebas suficientes en apoyo de mi opinión. Me contentaré tan solo, en esto de las «Majestades caídas,» con preguntar sin el menor asomo de malicia:

—¿Qué nombre les suena á ustedes más á epitafio? ¿El de Roberto Stagno ó el de Julián Gayarre?

Gayarre, muerto, parece que todavía canta. Y todavía, en esos momentos en que “el alma, se separa de “la bestia,,—como

decía el autor del *Viaje alrededor de mi cuarto*,—imaginamos oír aquella voz que era juntamente angelical y masculina.

Stagno, vivo, parece que no nos trae sino ecos lúgubres *della tomba fredda*. Y así lo comprende sin duda el famoso cantante, cuando—á juzgar por lo que nos cuenta el ya citado diario de Roma—trata de asistir en vida á sus propios funerales, ni más ni menos que Carlos V en Yuste.

Con la diferencia de que nuestro César no cobró,

es decir, me lo figuro yo,

ni un solo maravedí por exhibirse en clase de cadáver, mientras que Stagno algo va ganando con la singular exposición que ha ideado un Barnum de afición; y digo de afición, porque pertenece á la clase de príncipes y no le guía en su empresa sino el entusiasmo por el célebre cantante.

Es, pues, el caso que, del propio modo que puede

en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón,

puede repercutir en Italia un pensamiento concebido en España; y con efecto, allí ha repercutido la idea del "Museo Gayarre", acerca de cuya realización ya dije á Ka-

sabal, á estilo de la gente de los barrios bajos:

—¡Que te se quite eso de la cabeza!

Lo que Gayarre no logrará, ni aun después de muerto, por culpa de quien la tenga, va á lograrlo Stagno por iniciativa propia; porque como él dirá:

—Si dejo ese cuidado á mis supervivientes... estoy fresco.

Y dándose á sí mismo la alternativa de hombre "entrado en la posteridad,, ha dispuesto colocar en una gran sala de la *villa* que posee en Nápoles, la famosa y tan admirada armadura de *Lohengrin* y los principales trajes que ha vestido durante su gloriosa carrera; pensamiento que ya habíamos expresado aquí, casi casi con estas mismas palabras de *El Capitán Fracassa*:

"Un piccolo museo artistico, al quale certamente accorreranno i posterì in devoto pellegrinaggio, consolande di non poter più udire la dolce voce del *cigno gentile*, con l'ammirarne le vesti, come lui, ai trionfi avvezze.,

Claro está que Stagno es muy dueño de procurarse en vida (y hace muy bien) lo que no logró nuestro Gayarre, muerto en plena gloria, sin haber conocido las tristezas de la decadencia, á pesar del *tutto ei*

provò que le ha aplicado el ilustre Arrieta en un artículo magistral.

Pero un clavo saca otro clavo, y el pensamiento de Stagno desaparece y se eclipsa ante el de D. Baldassarre Odescalchi, príncipe romano y Barnum *per l'onore*.

Este respetable prócer, que en compañía de otros personajes de la gran ciudad, trabaja sin tregua ni descanso para dar lustre y atractivo á las fiestas de Mayo en Roma, ha propuesto á Stagno que esa exposición de trajes y armas se verifique con tal motivo, y así se verificará—si la respuesta del tenor es favorable—exhibiéndose en una sala del palacio de Bellas Artes todos esos pintorescos arreos, que no pudiendo vestirlos el *divo*, los vestirán varios *fantocci artistici*, en los cuales como que revivirá el artista.

Así, irán desfilando ante el público Lohengrín, Eleazar, Almaviva, Roberto el Diablo, Raul, el duque de Mantua, etc., etc.; y para que la ilusión sea completa (¡a cualquier cosa llaman los romanos ilusión!) una reducida, pero selecta orquesta, oculta á las miradas del público, irá tocando, á medida



que desfilen los artísticos muñecos, aquellas melodías cuya interpretación ha dado tanta fama á este cantante.

No faltará—dice *El Capitán Fracassa*—algún malevolo que llame á esa exposición de trajes viejos *il Ghetto* (el Rastro, como si dijéramos); pero será el Rastro de la gloria, el Rastro del arte.

Con todo, Roberto Stagno puede asustarse ante esa idea, por muy sediento que esté de reclamo y de notoriedad, y oponerse á ella rotundamente, pensando en que quizás haya gentes que prefieran ver los *fantocci artistici* á escucharle á él en estos últimos tiempos de su brillante carrera.

Pido, en tal caso, que la peregrina ocurrencia de D. Baldassarre Odescalchi se trasplante á Madrid, y se aplique á algunos personajes vivos, que no tendrán inconveniente en servir de modelo para las colecciones de esta especie.

¿Qué sería ver al egregio tribuno don Fulano, en todas sus transformaciones sucesivas, empezando por las predicaciones federales, y acabando por cantar misa, desfilando en efigie, al compás de las diversas sonatas que ha cantado durante su gloriosa carrera?

¿Qué sería ver al colosal estadista don Mengano en todas las manifestaciones de

su múltiple personalidad, ora vestido de ministro, ora de académico, bien de artillero, bien de poeta con su lira y su corona de laurel, ya surgiendo de una sopera, ya metiéndose en un charco?

¿Qué sería ver al celeberrimo torero *don* Zutano (porque hay toreros con tratamiento), luciendo todos sus trajes, suertes y posturas? Sería todo ello muy curioso, muy interesante, y muy "fin de siglo".

¡A ver quién nos sirve esos *fantocci artistici!*

Febrero de 1890.

ARTICLE 1

Section 1. The purpose of this organization is to

Section 2. The members of this organization shall be

Section 3. The officers of this organization shall be

Section 4. The members of this organization shall be

Section 5. The members of this organization shall be

Section 6. The members of this organization shall be

Section 7. The members of this organization shall be

Section 8. The members of this organization shall be

Section 9. The members of this organization shall be

Section 10. The members of this organization shall be

Section 11. The members of this organization shall be

Section 12. The members of this organization shall be

Section 13. The members of this organization shall be

Section 14. The members of this organization shall be

Section 15. The members of this organization shall be

Section 16. The members of this organization shall be

Section 17. The members of this organization shall be

Section 18. The members of this organization shall be

Section 19. The members of this organization shall be

Section 20. The members of this organization shall be

Section 21. The members of this organization shall be

Section 22. The members of this organization shall be

Section 23. The members of this organization shall be

Section 24. The members of this organization shall be

Section 25. The members of this organization shall be

Section 26. The members of this organization shall be

Section 27. The members of this organization shall be

Section 28. The members of this organization shall be

Section 29. The members of this organization shall be

Section 30. The members of this organization shall be

Section 31. The members of this organization shall be

Section 32. The members of this organization shall be

Section 33. The members of this organization shall be

Section 34. The members of this organization shall be

Section 35. The members of this organization shall be

Section 36. The members of this organization shall be

Section 37. The members of this organization shall be

Section 38. The members of this organization shall be

Section 39. The members of this organization shall be

Section 40. The members of this organization shall be



PIÑATA LITERARIA



Se ha publicado en pleno Carnaval un libro curiosísimo, del cual quiero hablar hoy, domingo de Piñata, antes de que nos encontremos en plena Cuaresma y ya no sea ocasión de sacar á relucir caretas y disfraces.

En ese libro se nos presenta vestido de máscara y diciendo el tra-

dicional ¿me conoces? nada menos que el ingenioso hidalgo D. Quitoje de la Mancha, personaje mucho más zarandeado después de muerto que antes de "dar su espíritu".

Tras de haber puesto Carulla la *Biblia* en verso, no nos puede sorprender nada; pero, vamos, convengan ustedes en que tampoco es una friolera poner en verso el *Quijote*.

¿Que la forma poética está llamada á desaparecer?

Pues antes de que desaparezca, versifiquémoslo todo, y deje mi querido amigo el Sr. Ruiz Martínez (á cuya ingeniosa carta del otro día me complazco en poner el V.º B.º, aunque ciertamente no lo necesite), que digan cuanto quieran los que hablan por no callar.

Cervantes, en la nueva transformación de su héroe y su libro, ha tenido más fortuna que los autores de la *Biblia* (Moisés y Compañía en comandita).

El Espíritu Santo, á quien los modernos exégetas y hebraístas ya han discutido mucho como inspirador de los setenta intérpretes griegos y de los traductores de la *Vulgata*, no ha querido, por lo visto, que se le discutiera más, y no ha inspirado poco ni mucho al versificador español de los Sagrados Libros.

El espíritu de Cervantes se ha mostrado

algo más bondadoso con el autor del *Romancero del Quijote*. No es mal *medium* el Sr. D. Maximino Carrillo de Albornoz, y en verdad que ha salido de su empresa bastante más airoso que Carulla de la *sulla* (como quizás "poetizará," el propio versificador de la Biblia).

Los doscientos noventa y dos romances de que consta obra de tanta dificultad y paciencia, están hechos muy discretamente; pero ¡ay! ¿qué es la discreción al lado del genio?

Lo que la honrada olla de algo más vaca que carnero, junto á la ambrosía y el néctar de los dioses.

El Sr. Carrillo de Albornoz dice:

Nosotros al edificio
que un gran genio levantó
añadimos el adorno
de la versificación.
Si al hacerlo no llenamos
los deseos del lector,
téngase al menos presente
que fué la sana intención.

Sí se tiene, sí se tiene; y en la parte que me alcanza como lector (¡como lector nada más!), tengo mucho gusto en poner al margen de esa solicitud un cariñoso *Como se pide*.

Pero —¡odiosa conjunción!— aun recono

ciendo que la intención del Sr. Carrillo es excelente, y que en eso de

el adorno
de la versificación

está á varios Cánovas de altura sobre el nivel de Carulla, quisiera yo que me dijese qué idea formaría de un pintor que fuera al Museo y sacara una honesta y correcta copia del "Cuadro de las Lanzas", sin más diferencia, respecto del original, que poner unas borlas muy bonitas en las picas de los soldados, y unos riquísimos jubones en lugar de los coletos llevados y traídos, y unas caras de efebo ateniense ó pajecillo florentino, en vez de los recios y toscos semblantes de los tudescos, y unas melenas muy lustrosas y rizadas á los españoles,

todo muy bonito,
muy arregladito,
muy apañadito.

La intención sería excelente. La ejecución, irreprochable. Del efecto... juzgue el Sr. Carrillo de Albornoz.

¡Y lo que habrá sudado el poeta para ir sacando un romance tras otro romance de un capítulo tras otro capítulo!

¡Si hay parajes en donde se atascaría el carro del mismísimo Apolo!

Versifique usted, por ejemplo, el escrutinio de los libros que hacen el cura y el barbero.

Carulla se habría atrevido, de seguro; pero Carrillo de Albornoz (quien, como ya digo, es persona razonable y discretísima, fuera de su empeño) se rinde ante tamaña imposibilidad, y confesándola, se contenta con decir:

—¿Jayanes? pregunta el cura;
¿jayanes hay de por medio?
Está visto; esos librotos
le han sorbido todo el seso.
Es preciso hacer mañana
un auto de fe con ellos.
En efecto, al otro día
entre el cura y el barbero
se hizo de ellos escrutinio,
y, á excepción de algunos buenos
que se hallaron, casi todos
pasto de las llamas fueron.

El Sr. Carrillo de Albornoz manifiesta más temor á los críticos y censores que Sancho en la jamás vista ni oída aventura del capítulo XX, y hace mal, porque todo el ruido de censores y críticos no es sino ruido de batanes.

Con lo que no contaba el autor del *Romancero* quijotil es con que el censor más

severo y crítico más duro que ha de encontrar, es el que escribió estas líneas:

“Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si



ien cortada
ó mal tajada,
péñola mía,
adonde vivirás
luengos siglos,
si presuntuos
y malandrines
historiadores
no te descuelgan
para profanarte.
Pero antes que
á ti lleguen les
puedes adver-

tir, y decirles en el mejor modo que pudieses:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir.”

Amparados de ese texto inmortal, los integristas del cervantismo (porque también

esta religión tiene sus fanáticos é intransigentes) acogerán la publicación del *Romancero*, gritando:

—¡Escándalo! ¡Abominación! ¡Profanación!

No; yo no me escandalizo.

Ni tampoco me escandalizaré, viviendo como vivo en el país de los colmos, si sale por ahí cualquier sujeto poniendo en prosa el *Romancero* del Sr. Carrillo de Albornoz.

¡Todo, todo se andará!

Así como ahora nos da por versificarlo todo (*interin* desaparece la forma poética), la moda subsiguiente consistirá en “verter, á la prosa obras de los grandes poetas.

Así veremos *La Araucana* de Ercilla puesta en estilo de expediente administrativo, y *El Bernardo* de Valbuena al modo de las novelas de Ortega y Frías, ó á la manera de las informaciones profesionales.

No quiero que nadie me gane por la mano, y antes de que otro lo haga, allá va la famosa cuarteta

Tus labios son un rubí,
partido por gala en dos,
arrancado para ti
de la corona de Dios,

puesta en prosa corriente y moliente, con

todo el aparato que requiere su interesante argumento:

Las membranas mucosas que cubren cada uno de los velos carnosos y movibles que cierran y abren la entrada de tu boca, son una sola piedra transparente, coloreada por el ácido crómico, cristalizada en romboedros agudos, dividida para mayor "chic," en dos fragmentos, y eliminada, para tu uso particular, del "remontoir," del Gran Arquitecto del Universo.

Febrero de 1890.



EUROPA BAILA

*Chacun prend son bien
où il le trouve; y yo, en-
contrando en *La Época* lo que me hace
falta, lo tomo de sus columnas, dejándole
el mismo título que *La Época* le ha puesto.*

Europa baila, según el diario conservador; y al decir Europa, no hay que entender por tal la masa de pueblos y naciones que han tomado por nombre común el de aquella *Fragosa* mitológica á quien no pudo vencer Júpiter sino disfrazándose de toro.

Para un buen monárquico no hay más Europa que la del *Almanaque de Gotha*, ni más europeos dignos de este nombre que los que rigen á los pueblos por la gracia de Dios y los que, con más ó menos bordados, más ó menos galones y más ó menos llaves, están al lado de los monarcas.

Por eso, cuando *La Época* dice que "Europa baila," se sobrentiende que los que bailan son los emperadores, reyes, príncipes y demás gente... extraordinaria.

Por mí... ¡que bailen!

Y no se me diga que éste es un grito subversivo, como lo fué en pasados tiempos de turbulencia y desorden; porque ahora resulta que la consigna de bailar parte de las mismas testas coronadas, y que su lema es el estribillo de los célebres *couplets* de *La Vida Parisiense*:

Dansez, dansez,
tournez, tournez...

El rey David, gran cultivador de la co-

reografía monárquica y religiosa, verá con gran agrado desde el otro mundo cuán brillantemente siguen su ejemplo los ungidos del Señor.

El padre Claret sentirá, en cambio, profundo disgusto ante el poco caso que aquí abajo se hace de sus predicaciones; pero consuélense sus manes, que si Europa baila, la corte de Madrid permanece quieta.

¿De qué la sirve ser la corte de los danzantes por excelencia?

La Época no busca explicaciones al contraste que forma la desanimación advertida en Madrid durante el pasado Carnaval con la serie de lucidas fiestas celebradas en las demás cortes de Europa. Se contenta (si puede haber contento en cosa tan desagradable) con registrar el hecho y lamentarlo.

No se crea por eso que las lamentaciones de *La Época* son baldías y estériles.

Antes bien, tienen muy buena punta; tanto, que es toda una punta... de París.

París—dice el diario cortesano—ha seguido el ejemplo de las demás capitales, y no obstante ser la capital de una República, el jefe del Estado, M. Carnot, ha abierto de par en par las puertas de su palacio del Elíseo, organizando en sus salones magníficas fiestas.

Aquí, en punto á Elíseo, hemos de contentarnos con el Elíseo Madrileño, en donde

hay co-
cinera que entra en el salón
llenos los guantes de carbón,

porque la pobre no tiene, para renovarlos, una espléndida y cuantiosa lista civil.

“Hace bien M. Carnot (añade *La Época*). Las fiestas oficiales de gran boato y á las que asiste numerosísima concurrencia, no sólo sirven para que los altos poderes aparezcan á los ojos de la nación rodeados por la brillante aureola que á sus prestigios cumple, sino también, y acaso muy principalmente, para que no se paralice la vida importante de la industria y el comercio de lujo, cuya existencia há menester de tan influente concurso.”



¿Qué tal? ¿Tienen desperdicio las lamentaciones de *La Época*?

Ignoro qué opinará la corte de esos trenos de Jeremías con música de Strauss; pero nadie me negará que es imposible soltarla un *¡que baile!* con mayor delicadeza.

¡La indisciplina cundel

Puesto el diario canovista á manifestar su insubordinación, la acentúa con nuevos ejemplos, y va á buscarlos, no ya á París, sino á Viena.

“En Viena—escribe—hace muchos años que no se conocía Carnaval más alegre que el último. El mismo Emperador, á quien aparta del bullicio mundano la muerte del archiduque Rodolfo, es el primer interesado en que su corte ofrezca el aspecto más animado posible.”

Por lo visto, el lema del emperador Paco Pepe viene á ser:

Los duelos con pan son menos.

He ahí una lección que ninguna corte debe rechazar, y menos que ninguna otra la de España.

Por eso sin duda la recoge en sus columnas el diario que es flor del dinastismo y espejo de la cortesanía, y por eso la traslado yo aquí, deseoso de que no se pierdan tan saludables advertencias y amenas averiguaciones.

No podían presumir De Maistre, Donoso Cortés ni Aparisi y Guijarro que los cetros habían de venir á parar en tal condición, que para rodearse de *la brillante aureola que á sus prestigios cumple*, tendrían que convertirse en batutas.

¡Y en batutas á lo Arche!

Si hubo un tiempo en que se llamó á los reyes conductores de pueblos, ahora se satisfacen con ser conductores de cotillones.

Así es que cuando ni siquiera dirigen un cotillón, ¿para qué sirven?

Hay que evitar á los dinásticos fieles y leales todo pretexto para hacer hincapié en esa pregunta; y si por hallarnos en Cuaresma, no estamos (no están, quiero decir) para organizar *sauteries* oficiales como las de Viena, San Petersburgo, Berlín, París, etcétera, es de esperar que más adelante se baile en Madrid.

Y se bailará de fijo, aunque no puede asegurarse

si será por la Pascua
ó por la Trinidad.

No hay que dar ocasión á los cortesanos de hogaño para que, andando el tiempo,

canten, como la abuelita de la canción de Beranger:

Combien je regrette
mon bras si dodu,
ma jambe bien faite,
et mon temps perdu!

Fuerza es, pues, aprovechar el tiempo, desnudar los brazos bien torneados, y lucir las buenas pantorrillas.

El concierto europeo no ofrece en sus programas, hoy por hoy, más que música de baile, y ¡hasta en esto permanece España fuera del concierto europeo!

Se dirá que la Europa monárquica baila sobre un volcán; pero ¿qué importa?

A esto contestarán los monarcas económicos:

Así nos ahorramos los gastos de calefacción.

Febrero de 1890.



MOROS EN LA COSTA

QUE vienen! ¡Que vienen!

No sé si por las ventas de Alcorcón (¡Alcorcón! ¡nombre moruno!) ó por las ventas de Cárdenas; pero ello es que vienen.

Habíamos quedado en que la Media Luna iba desapareciendo "lenta, pero continuamente", del culto redondel europeo.

Habíamos quedado igualmente en que nuestra política



tradicional nos impelía hacia Marruecos con irresistible fuerza.

Y ahora resulta que es más irresistible todavía la fuerza con que la política tradicional de los moritos impele á éstos hacia España, y que si desapareció la Media Luna, va á venir en su sustitución nada menos que la luna entera, como dicen en *Las preciosas ridículas*.

Los sarracenos tratan de invadirnos *una vez más*, y como sabemos por propia experiencia

que Dios protege á los malos
cuando son más que los buenos,

no estorbará, mis queridos hermanos en Jesucristo, que os vayáis proveyendo de árnic, por si la ley de las mayorías da á los musulimes la divina protección.

El grito de alerta, cuando no de alarma, lo da el publicista francés M. Napoleón Ney, cuyos nombre y apellido no tienen ciertamente nada de asustadizo ni medroso.

Según afirma, en tanto que la discordia fermenta en Europa y las naciones de este continente viven en estado de perpetua hostilidad, se cierne sobre nuestras cabezas un peligro superior al que "entrañaría," la preparación de un tomo de poesías inéditas de D. Antonio Cánovas.

El mundo musulmán, tan perito en el arte del disimulo, se agita en secreto, y más hondamente que nunca, recordando las profecías que anuncian la próxima venida de un Mesías, de un Mahdí, de un Salvador del Islam.

Señal segura de que este Salvador viene, es que el nuestro se marcha.

(A *Frascuelo* aludo.)

M. Ney admite la posibilidad de un movimiento formidable, que estalle inopinadamente en virtud de un acuerdo misterioso entre todos los sectarios del Profeta, y después de aducir datos y razones, pregunta:

—¿No son de temer graves eventualidades?

M. Ney llega á entrever (¡Dios le conserve la vista!) una marcha impulsiva, gigantesca é irresistible, de innumerables legiones, levantadas en África y Asia por el fanatismo: y como M. Ney es persona que pasa por muy bien informada en todo lo que concierne á las cosas de Oriente, y como, por otra parte, es evidente la efervescencia que señala, esos



pronósticos merecen tomarse en serio.

¿Lograrán las asociaciones musulmanas, cuyas consignas se extienden y se obedecen desde los últimos confines de Marrue-



cos hasta las islas de la Sonda, promover algo más que revueltas parciales, y llegar á poner en práctica algún vasto y colosal plan de conjunto?

Averígüelo Vargas (Sidi-Mohamed).

Entretanto, viva prevenido el hombre

prudente y tenga preparados el jaique y el turbante, por si se nos mete en casa de pronto un nuevo moro Muza, y de la noche á la mañana aparecen llenas nuestras costas de encapuchados misteriosos, que ni siquiera tendrán la atención de decir, como los de antaño:

—*Jomoj jrailej japuchinoj que vamoj de japitulo.*

Y advierto eso del turbante y el jaique, sin hacerme ilusiones acerca del éxito de otra nueva batalla del Guadalete; porque si en la primera invasión hubo un conde don Julián y un obispo D. Oppas, ahora los habría por docenas, y á la vuelta de un par de meses, el moro Muza sería hijo adoptivo de todas las ciudades, villas y lugares de España, como cualquier otro moro riojano ó manchego.

Estamos rodeados de sarracenos ocultos; y si la mayor parte de nuestros amigos y relacionados aman el lomo de cerdo y el vino puro, crean ustedes que lo hacen por disimular.

Es lo que decía el Nuncio á mi inseparable amigo *Sobaquillo* en una *interview*:

—¡Oh! ¡La católica España! ¡La católica España!... Note usted que aquí lo que más entusiasmo y arrebató al pueblo son las estocadas en la cruz.

Sume este dato M. Ney con los que expone, cuando después de describir la organización de las sociedades secretas musulmanas y el poderío del misterioso papa musulmán que reside en la *saunya* de los senussitas, en la Tripolitana, pasa á indicar los trabajos que hace el "panislamismo," en las grandes capitales europeas.

Las oficinas centrales están instaladas en Constantinopla; pero los agentes secretos se esparcen por todas las naciones. Los hay hasta en París, y enteran á los jefes del movimiento de cuanto les conviene averiguar. ¿Qué más? Hasta tienen periódicos muy importantes á su devoción. "De la prensa—dice M. Ney—han hecho un activísimo instrumento de propaganda.,,

¿Qué género de propaganda es éste?

M. Ney no nos lo dice; pero esto ya lo pondrá en claro algún periódico neo, como el que nos acusaba pocos meses ha de estar en connivencia con no sabemos qué Tarick, dispuesto á restaurar el califato de Córdoba.

¡Bien sabe Alá que como ese Tarick no sea *Lagartijo!*...

De todas maneras, el creyente cristiano no gana para sustos... ni para circuncisos. ¿Apenas se ha enterado, merced á las reveladoras campañas antisemíticas, de que

Europa entera está entregada á los judíos, viene otro alarmista y le dice que estamos á dos dedos de caer en manos de los moros.

—¿Y para esto—dice el creyente—se dejaron mis abuelos el bigote y la perilla en



señal de ortodoxia capilográfica, y para esto compro yo puntualmente la Bula de la Santa Cruzada?

En fin, vivamos advertidos; confiemos en Carulla, que no vacilaría en irse á Covadonga... á fundar un periódico; y digamos

de la invasión con que nos amenaza M. Ney, lo que el gitano incrédulo decía de la venida de Cristo:

—“¿Crees, hijo, que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?

—“Sí, padre; pero ya verá usted cómo no viene.”

Marzo de 1890.





ÍNDICE

	Págs.
Azotes y ga'eras	1
Historia de un brillante.	5
Chueca.....	15
Armonías (sin h) entre la ciencia y la fe.....	21
Modas.....	27
Lengua silbada.....	33
Adoquines y tarugos.....	39
Puchero de enfermo.....	45
Ovaciones por tarifa.....	53
Carlos I el Hechizado.....	61
Cúbranse ustedes.....	69
¡Aquellos tiempos!.....	75
Sandwich regio.....	83
¡Ni en Chicago!.....	91
La fiesta de la federación.....	99
¿La tiene usted?.....	105
¡No más viejos!.....	113
La gran mojiganga.....	121

	Págs.
El Papa en Valencia.....	127
El antifono.....	137
Esta Península se alquila.....	143
Progresos de la vida y corte.....	149
<i>In hoc signo vinces</i>	155
Lo que tocan SS. MM. y AA.....	161
Equipos de invierno.....	169
Callos y caracoles.....	175
No me saques sin razón.....	183
Los fonogramas.....	191
<i>Ite, misa est... in Mexico</i>	201
Moda nueva y divertida, ó el brindis de sir Isaacs...	209
El criado del autor.....	217
Mi gozo en un pozo.....	225
El cementerio á domicilio.....	233
De nuestro corresponsal en la corte celestial.....	241
Nuestros Kavʹnagh.....	249
<i>Fantocci artistici</i>	255
Piñata literaria.....	263
Europa baila.....	271
Moros en la costa.....	279

DEC 27 1918



